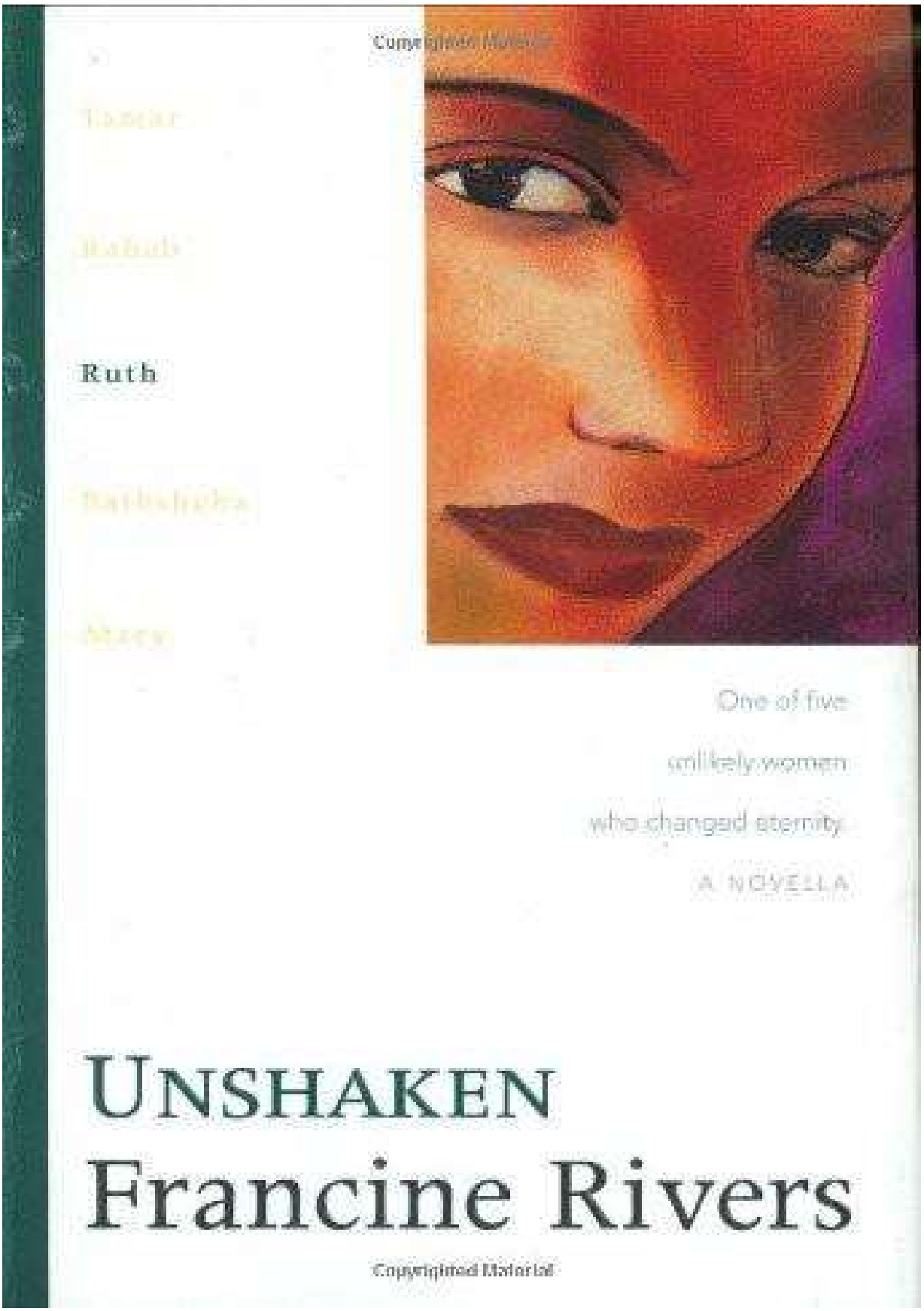

Ruth
One of five
unlikely women
who changed eternity
A NOVELLA
UNSHAKEN
Francine Rivers
Copyrighted Material

UNO

Rut estaba caminando por las calles angostas y atestadas de Kir-hareset con su mente y su corazón agitados. Su amado esposo, Mahlón, agonizaba a causa de una enfermedad prolongada que había contraído hacía meses. Rut luchaba contra una mezcla de tristeza y de miedo en su interior. ¿Cómo haría para vivir sin Mahlón? Había soñado tener una larga vida con el hombre que amaba, criando a sus hijos, envejeciendo con él. Y, ahora, le dolía verlo sufrir. Estaba afligida porque nunca tendría los hijos que perpetuarían su nombre.

Pero era luna nueva, y su madre la esperaba para su visita mensual. Beberían té, comerían las exquisiteces de la mesa de su padre y hablarían de los asuntos familiares. Rut tenía muy pocas ganas de ir a esta visita. No podía dejar de pensar en sus problemas. Y no quería escuchar la opinión de su madre sobre qué los había causado.

¡Pobre Noemí! ¿Cómo podría soportar otra pérdida su suegra? Quince años atrás, había perdido a su esposo, Elimelec, y su hijo menor, Quelión, había muerto la primavera pasada. ¿Seguiría dándole paz la fe que tenía en el Dios de Israel, o finalmente se desmoronaría bajo el dolor aplastante de perder el último hijo que le quedaba?

Ay, Señor Dios de Israel, ¡escucha nuestro clamor!

Desde el momento que Noemí le habló del Dios verdadero, ella creyó, porque vio mucha paz en su suegra. Era una paz que desafiaba las circunstancias. Rut nunca había visto una paz semejante; desde luego, no en la casa de su madre y su padre. Ella y Noemí hablaban de Dios a menudo, especialmente cuando surgían preguntas en el corazón de Rut. Y las respuestas siempre eran, esencialmente, que confiara en Dios, que lo obedeciera, que aceptara Su voluntad, que entendiera que había un propósito para lo que sucedía, aunque no pudieran verlo. Pero a veces el dolor resultaba insoportable.

Y Rut tenía miedo.

¿Estaría inconsolable como su cuñada, Orfa, después de la muerte de Quelión el año anterior, gimiendo y meciéndose y rechazando la comida hasta el punto de que Rut y Noemí temieron por su salud?

Señor Dios, no dejes que yo sea una carga para Noemí. Dame fuerzas para ayudarla.

Cuando llegó a la casa de su padre, respiró hondo, se enderezó y llamó a la puerta. Una criada vino a abrirle y sonrió con alegría.

—¡Rut! Pase —le hizo señas ansiosamente para que entrara—. Adelante.

Era difícil entrar en la lujosa casa de su padre, con sus muebles caros, y no compararla con la vivienda humilde de su esposo. Aquí, cada cosa que mirara era una evidencia palpable de riqueza: los jarrones finos, las alfombras, las cortinas de lino bellamente coloridas, las mesas bajas con incrustaciones de marfil. Había crecido en esta casa y había dado por sentada la riqueza de su padre. Luego conoció, se enamoró y se casó con un joven comerciante hebreo que tenía dificultades para mantener en funcionamiento el negocio familiar y, a veces, para llevar comida a la mesa.

Sus padres se enorgullecían en gran manera por sus bienes, pero tras años de vivir con Noemí, Rut había llegado a identificar la pobreza de espíritu de sus padres. La vida de Noemí poseía una riqueza que no tenía nada que ver con la casa donde vivía ni con los bienes materiales que tenía.

—Ah, mi bella hija. —La madre de Rut entró a la sala y la abrazó. Intercambiaron besos—. Siéntate, querida. —Dio una palmada, dio órdenes rápidas a una criada y se sentó sobre unos mullidos almohadones escarlata y azul—. ¿Notas algo nuevo?

Rut dio un vistazo a su alrededor. ¿Había una mesa nueva, un tapiz o un tapete? Cuando volvió a mirar a su madre, vio que jugaba con un collar de oro.

—¿Qué te parece? Es bonito, ¿verdad? Un regalo de tu padre. Es de Egipto.

—Siempre ha sido generoso —dijo Rut y su mente regresó a Mahlón. Él había insistido para que viniera hoy, insistió que lo dejara un rato. Su madre lo acompañaría. Todo estaba bien. «*Ve. Ve y pásala bien*». Pero ¿cómo podía hacer eso? En lo único que podía pensar era en Mahlón y en lo rápido que podía salir de aquí e irse a casa, al lugar donde pertenecía.

Una sirvienta entró con una fuente cargada con frutas, pan, dos copas y una vasija con vino. Un segundo sirviente puso en la mesa una bandeja de granos cocidos con trozos de cordero asado. Rut sintió un tirón en el estómago por el aroma prometedor de la comida bien condimentada, pero no se sirvió, a pesar de que su madre la presionó. ¿Cómo podía probar bocado cuando Mahlón estaba demasiado enfermo para comer? ¿Cómo podía disfrutar de los manjares que su madre desplegaba sobre la mesa ante ella, cuando su suegra no tenía nada en su casa más que pan, aceite de oliva y vino agrio?

—Debes mantenerte fuerte, Rut —dijo su madre en voz baja—. Estás muy delgada.

—Quizás en un rato, madre.

—Ayer la madre de Orfa habló conmigo en el mercado. ¿Han hecho todo lo posible?

Incapaz de hablar, Rut asintió. Noemí, que insistía en que siempre había esperanzas, seguía orando y suplicándole a Dios. La oración se había convertido en un hábito incesante.

—Ay, querida. Lamento tanto que estés pasando por esto. —Su madre estiró su mano y la apoyó sobre la de Rut. Por un momento, se quedó callada—. ¿Qué harás cuando él muera?

Los ojos de Rut se llenaron de lágrimas al oír la pregunta directa.

—Guardaré luto. Consolaré a Noemí. Más allá de eso, no sé. Ahora no puedo pensar en el tema.

—Pero debes hacerlo.

—Madre —dijo Rut suavemente en señal de protesta; luego, dejó escapar un sollozo y se cubrió el rostro.

Su madre se apresuró.

—No te lo pregunté para causarte más dolor. Sé cuánto amas a Mahlón. Si tu padre no te amara tanto, habría insistido para que te casaras con Kasím y ahora no tendrías que afrontar semejante angustia. Tu padre quiere que sepas que eres bienvenida de vuelta a esta casa. Y sabes cuánto me encantaría tenerte aquí conmigo otra vez, aunque solo sea por un corto tiempo. No necesitas quedarte con Noemí si Mahlón muere. Vuelve con nosotros.

Rut dejó caer las manos sobre su regazo y se quedó mirando a su madre con los ojos empañados por las lágrimas.

—Después de todo lo que ha soportado Noemí, ¿cómo podría dejarla? Mi deber es hacia la familia de mi esposo, madre. Tú lo sabes.

—Noemí será la primera en decirte que vuelvas con nosotros. ¿Crees que tendrá ganas de quedarse aquí cuando muera su último hijo? Volverá a su hogar, a su pueblo, al lugar donde pertenece.

Las palabras lastimaron el corazón de Rut. Su madre hablaba como si Mahlón ya estuviera muerto y fuera mejor olvidarse de Noemí.

—Debo irme, madre. —Empezó a levantarse.

Su madre la agarró de la mano.

—No, por favor, escúchame. El esposo de Noemí deseaba adoptar nuestras costumbres y ser como uno de nosotros, pero tu suegra siempre quiso mantenerse apartada. Todavía se viste como una hebrea. Nunca ha puesto un pie en uno de nuestros templos ni ha entregado una sola ofrenda a alguno de nuestros dioses. Quizás sea por eso que sufre tanto. Nuestros dioses están enojados con ella.

—Tiene su propio Dios.

—Ah, sí, ¿y para qué sirve ese dios? ¿Qué le ha dado, además de pobreza y dolor? —Hizo un movimiento amplio con la mano—. Mira a tu alrededor, hija. Fíjate cómo nos bendicen los dioses de Moab. Mira cuánto tenemos para mostrar por *nuestra* fe.

—Pero nunca estás satisfecha, madre.

Los ojos de su madre se oscurecieron.

—Estoy satisfecha.

—Entonces, ¿por qué siempre quieres más? A Noemí no le interesan los bienes materiales.

Su madre le soltó la mano con enojo.

—Por supuesto que no. ¿Por qué habrían de importarle los bienes materiales a alguien que nunca los tendrá?

—No entiendes, madre.

—Entiendo que te has apartado de los dioses de tu propio pueblo para adorar al suyo. ¿Y de qué te ha servido? Estás recibiendo el castigo por eso. Vuelve a los dioses de nuestro pueblo, Rut. Deja esa casa de dolor y ven a tu hogar.

¿Y a qué regresaría a este hogar? Su padre y su madre nunca se conformaban. Cuanta más riqueza acumulaba su padre, más quería. Sus apetitos siempre ansiaban más. Nada los satisfacía. En unos días, su madre se cansaría del collar de oro que tenía puesto y desearía algo nuevo, algo de lo cual presumir.

Noemí no presumía de nada que no fuera el Dios de Israel. Y encontraba paz aun en medio del caos, cuando recurría a Él en oración.

Dios, oh, Dios, ¡ayúdame! Hay tantas cosas que no entiendo. No tengo respuestas para mi madre. ¿Puedes escuchar la voz de una moabita asustada? No quiero que mi fe muera si decides quitarme a Mahlón. Las palabras de mi madre son como lanzas que se clavan en mi corazón. Protégeme.

Lloró.

—Sabemos que debes quedarte con Mahlón hasta el fin, Rut. Y comprendemos que después quieras quedarte unas semanas más para consolar a Noemí. Cumple

el deber que tienes con ella. Y, luego, ven a casa con nosotros, mi amor. Vuelve a casa, adonde perteneces; aquí, la vida será mucho más fácil para ti. Todos lo entenderán. Noemí te ama. Ella querrá lo mejor para ti, igual que nosotros. No es necesario que vivas en la miseria. Eres joven y hermosa. Tienes toda la vida por delante.

Pero Rut no podía imaginar su vida sin el hombre que amaba ni la suegra que había abierto su corazón para recibirla. ¿Cómo podría cumplir su deber hacia Noemí quedándose solamente unas semanas? El deber no era el único lazo que había entre ellas. También había amor. No solo el amor que tenían la una por la otra, sino el amor por el Dios en el que ambas creían.

—No puedo dejarla, madre.

—Pero ¿y qué de tu propia familia? ¿Qué hay de tu padre? ¿Y de *mí*? Ven a casa, Rut. Por favor, ven a tu hogar con nosotros. ¿Cómo podré verte vivir en una situación de tanta escasez, cuando…?

Rut se sentía dividida entre el amor por su padre y su madre, y el amor por Noemí y Orfa. Si Mahlón moría, ¿podría darles la espalda e irse? ¿Podría volver a vivir como antes, postrándose ante las estatuas que representaban a los dioses de su madre y de su padre, dioses que ya no creía que siquiera existieran? El vínculo que tenía con Noemí era más profundo que el lazo que tenían por matrimonio. Rut había adoptado la creencia de su suegra en el Dios invisible. Les había explicado su nueva fe a su padre y a su madre y los había escuchado reírse y negar con la cabeza. *«¿Cómo puedes creer en semejante tontería? ¿Un dios invisible?»*. Amaba profundamente a sus padres, pero no le daría la espalda a Noemí ni a la verdad que había llegado a comprender gracias a ella.

—Mahlón, Noemí y Orfa son mi familia, madre, así como mi padre se convirtió en la tuya cuando te casaste con él.

Cuando el rostro de su madre se deshizo en lágrimas, Rut la abrazó.

—Sabes que te amo, madre. Siempre te amaré. Pero debo hacer lo correcto.

—¡Esto no es lo correcto! ¡Estás desperdiciando tu vida!

Rut se dio cuenta de que su madre no quería entender. Las cosas nunca volverían a ser como cuando Rut era niña y vivía en la casa de su padre. Ahora era una mujer; tenía un esposo y una suegra, y responsabilidades con ambos. Su vida ya no le pertenecía. E incluso si así fuera, ¿en qué modificaría su decisión?

Oh, Señor, dame fuerzas. Me siento como si fuera una vasija rota que desparrama el aceite.

Tenía que decirle la verdad a su madre. No sería justo dejarla con falsas esperanzas.

—No abandonaré a Noemí, madre. Tú tienes a mi padre. Tienes a mis hermanos, a sus esposas y a sus hijos, y a mis hermanas y sus familias. Si Mahlón muere, ¿quién le quedará a Noemí?

—Tendrá a Orfa —dijo su madre, tercamente—. Que Orfa se quede con ella.

Orfa no creía en el Dios de Israel. Seguía adorando ídolos y quemando incienso ante Astoret.

—Orfa es una nuera buena y cariñosa, pero no comparte la fe de Noemí.

Los ojos de su madre se oscurecieron de furia.

—¿Cómo puedes insistir en creer en ese dios invisible después de todo lo que ha sucedido? ¡No es justo que renuncies a tu vida por esta familia condenada! Si Noemí decide irse, *¡déjala ir!*

Rut no quería dejarse arrastrar a otra discusión sobre cuál dios tenía templos más grandiosos o los cultos más elaborados y placenteros. Se puso de pie.

—Mahlón me necesita. Debo irme.

Su madre se levantó con ella y empezó a llorar nuevamente mientras la seguía hacia la puerta.

—Por favor, piensa muy bien qué vas a hacer, Rut. ¡Te lo ruego! ¡No desperdicies tu vida!

Las emociones de Rut estaban en conflicto dentro de ella. Amor... dolor... impaciencia... confusión. Se dio vuelta y abrazó rápidamente a su madre.

—Te amo —dijo con voz entrecortada—. Dile a padre que a él también lo amo. —La soltó, se dio vuelta y cruzó la puerta dándose prisa.

Mientras corría por las callecitas estrechas de la ciudad, se cubrió el rostro con su chal para que los que pasaban no vieran su angustia.

***

El dolor es más hondo cuando se pone el sol y los recuerdos surgen con la luna y las estrellas. Las calles de Kir-hareset estaban vacías a esta hora; todos dormían en sus casas, pero la mente de Noemí daba vueltas mientras estaba sentada en el extremo de su esterilla, con la espalda apoyada contra el muro de piedras frías de su pequeña casa. Se sentía sola, aunque sus dos nueras dormían a pocos pasos de ella. Estaban agotadas por la tristeza. Cada una había perdido a su esposo; Orfa primero y, luego, Rut. Pero nunca sufrirían la pena más profunda, la de perder a sus hijos, porque no tenían.

¡Mis hijos están muertos! Mis hijos, ay, mis hijos… Noemí deseaba gritar su dolor, pero por el bien de las jóvenes que dormían cerca de ella, se contuvo.

Ahora había oscuridad; tanta era la oscuridad, que la noche hacía presión sobre Noemí y traía miedo y dudas. Trató de orar, pero las palabras que susurraba parecían rebotar en el techo y caer de nuevo sobre su regazo sin ser escuchadas. Empezó a hacerse preguntas. ¿Alguna vez Dios había oído sus oraciones? ¿Acaso alguna vez había escuchado sus súplicas?

El silencio resonaba dentro de su cabeza como langostas que venían a devorar su fe. Se apretó las orejas con las manos y apretó fuerte los dientes. ¿Por qué la noche tenía que ser así? A veces la oscuridad era tan silenciosa que podía escuchar su propia sangre corriendo por sus venas. El sonido era como una lluvia torrencial que abría las puertas de su mente y la llenaba de recuerdos que quería olvidar.

La voz de su esposo muerto retumbó en la habitación:

—¡Iremos a Moab, te guste o no, Noemí! No hay hambruna allá.

—Pero, Elimelec, ¡no debemos irnos de Belén! Aquí está nuestro hogar.

—¡Nuestro hogar se está haciendo polvo!

—Si confiamos en Dios y lo obedecemos, Él proveerá para nosotros.

—¿Estás ciega? Mira alrededor de ti, mujer. ¡Dios nos ha abandonado!

—¡Porque tú y los demás adoran a los baales!

—¡Me postro ante Baal porque es el señor de esta tierra!

—¡Moisés les dijo a nuestros antepasados que el Señor es Dios y que no hay ningún otro!

—¿Y qué bien nos ha hecho Dios últimamente? —argumentó Elimelec—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que llovió por última vez en nuestra tierra? ¿Cuándo fue la última vez que nuestros cultivos produjeron siquiera un poco más de lo indispensable para llenarnos el estómago?

—Pero tú mismo lo estás diciendo, querido mío. El Señor ha provisto lo necesario para sobrevivir.

—¡Estoy harto de oírte decir eso! *Yo* soy el que cuida de nosotros, Noemí. ¡Yo soy el que se rompe la espalda para trabajar esta tierra rocosa y el que ve morir mis cultivos! ¡No me digas que Dios nos cuida! ¡Mira mis manos! Mira los callos y dime que es Dios el que está cuidándote a ti y a nuestros hijos. Dios nos mira desde muy lejos, mientras todo lo que tengo se hace polvo. ¡Él nos abandonó! Eres solo una mujer. ¿Qué entiendes tú de estas cosas? Haré lo que me parezca correcto.

Ese mismo día, Elimelec hipotecó la tierra que había heredado de su padre. Regresó a la casa, empacó las pertenencias que tenían y las puso sobre dos asnos, y se llevó a Noemí y a sus dos hijos, Mahlón y Quelión, lejos de Belén. Noemí apenas tuvo tiempo para despedirse de sus amistades y de los pocos familiares que le quedaban. ¡Elimelec estaba completamente convencido de que había tomado la decisión correcta! ¿Qué hombre querría escuchar el goteo constante de una esposa gruñona? Por lo tanto, hizo lo que sentía que podía hacer: mantuvo sus dudas en silencio y oró.

Oraba por la mañana apenas se despertaba. Oraba durante el día mientras trabajaba. Y oraba cuando se acostaba en su lecho por la noche. Oraba y oraba y oraba... y veía cómo su vida se convertía en cenizas.

Elimelec encontró un trabajo en Moab, en Kir-hareset. Se cortó los bucles de cabello, se afeitó la barba y se vistió como un moabita para facilitar las cosas. Había otros israelitas que residían en Moab y en Kir-hareset. Ellos también habían ido a esperar que se terminara el hambre en la Tierra Prometida, y también habían adoptado rápidamente las costumbres del pueblo que los rodeaba y se habían olvidado de la ley de Moisés y de las promesas de Dios.

Era verano cuando Elimelec murió.

—Solamente necesito descansar. —Había llegado a la casa quejándose de que le dolía el pecho—. En la mañana estaré bien. —Se había sentado en el mismo lugar donde ella estaba sentada ahora, frotándose el brazo de arriba abajo, haciendo muecas—. ¿Noemí? —El sonido raro de su voz entrecortada la hizo ponerse de rodillas ante él.

—¿Qué, mi amor? —Le tomó la mano y la cubrió con la suya.

—Noemí —dijo él nuevamente, y en su frente aparecieron gotitas de sudor. Se veía aterrado—. Solo hice lo que pensé que era lo correcto. —Sus labios estaban azules. Noemí quería consolarlo. Lo abrazó y trató de tranquilizarlo. Pero nada logró aliviar su tormento.

Hasta el día de hoy, después de quince años, el dolor renacía en su interior, renovado por la prematura muerte de Mahlón, así como su aflicción había renacido y se había profundizado el año anterior, cuando murió Quelión. No había escapatoria para el dolor, no había dónde esconderse; ya no podía seguir manteniéndolo apretado en su corazón. Recordaba todo con mucha intensidad, especialmente las oraciones sin respuesta. Había orado con mucha fuerza pidiendo que Dios no le quitara a su esposo; le había pedido a Dios que tuviera piedad de él y siguió orando, a pesar de ver que la luz menguaba en los ojos de Elimelec. Entonces oró pidiendo misericordia y vio que la muerte se lo llevaba.

Sus hijos habían sepultado a su padre entre los moabitas. Al principio, Noemí casi no podía creer que Elimelec se hubiera ido. Seguía pensando que se despertaría de su pesadilla y que él estaría ahí, quejándose como siempre. Cuando realmente cayó en la cuenta de que nunca más lo vería, se enojó con él. Pero eso

también pasó. Se mantuvo muy ocupada ayudando a sus hijos para llevar comida a la mesa.

Habían pasado quince años desde la muerte de Elimelec, pero el dolor aún aparecía inesperadamente. Nunca volvió a ser tan intenso como en aquellas primeras semanas, pero tampoco se apagó del todo. Había pensado que el dolor de haber perdido a su esposo era el más grande que existía, pero eso había sido antes de perder a sus hijos. Ahora se ahogaba en un mar de tristeza.

Ya ni siquiera podía orar. Siempre había tenido un destello de esperanza y la sensación de la presencia de Dios. Ahora, sentía que Dios estaba fuera de todo alcance, que Su misericordia no era para ella. Todas sus oraciones eran como el humo que un viento furioso se llevaba. Cada una de ellas. Quizás, al fin y al cabo, Elimelec tenía razón. Dios se mantenía distante y la miraba sufrir.

Dios, ¿dónde estás? ¿Cómo puedo encontrarte?

Quería defenderse ante el juicio de Dios. ¿Acaso no le había suplicado a su esposo que se quedaran en Belén? ¿No le había rogado que confiara en Dios? ¿No le había pedido a Dios que cambiara la manera de pensar de Elimelec y volvieran a casa? ¿No había deseado regresar a Belén cuando Elimelec murió? Cuando Dios se llevó a Elimelec, ¿no intentó desesperadamente convencer a sus hijos de que debían volver a la tierra que Dios les había prometido? Pero Mahlón y Quelión ya eran lo suficientemente grandes para decidir por sí mismos.

«*¿Qué hay allí para nosotros, madre?* Este *es nuestro hogar*».

Hacía años que el corazón de sus hijos se había alejado de Dios y de la Tierra Prometida. El hogar en Belén solo era un mal recuerdo para ellos, un lugar de adversidades y angustias. Su padre nunca había dicho algo bueno de él. ¿Por qué iban a querer regresar sus hijos? Sabían muy poco de las costumbres y de las leyes hebreas porque Elimelec había desatendido sus deberes. Nunca les había enseñado a sus hijos la historia de los israelitas, la ley de Moisés, el camino de la rectitud. Sus hijos veían cómo vivía Elimelec y hacían lo que veían en su comportamiento. Cuando su padre murió, escucharon a los ancianos de Kir-hareset. Escucharon a los sacerdotes de Quemos. Les prestaron atención a sus propios deseos y a sus ideas, e hicieron lo que quisieron, llegando al punto de casarse con mujeres moabitas. ¡Ay, el dolor que le habían causado sus hijos!

Nada de lo que ella decía les importaba. La querían, pero era solo una mujer. ¿Qué sabía ella? Eso decían. Eso les había enseñado su padre que creyeran.

Noemí miró a sus nueras que dormían cerca de ella. Qué raro le parecía que ellas fueran su único consuelo ahora, estas mujeres por las cuales se había afligido la primera vez que escuchó hablar de ellas. ¡Esposas extranjeras! ¡La deshonra de Israel! Ah, cómo se había desesperado. Sin embargo, se las arregló para sonreír cuando Mahlón trajo a Rut a la casa y cuando Quelión trajo a Orfa. ¿Qué más podía hacer? No podía arriesgarse a perder el amor de sus hijos. Y tenía la esperanza de poder llegar a influir un poco sobre sus jóvenes esposas.

Ahora eran viudas como ella y las amaba tanto como si hubieran salido de su propio vientre. *Nada une más a las personas que el sufrimiento compartido.* Recordaba que, al principio, las había aceptado y había tratado de entablar una relación con cada una de ellas para mantener la paz en su hogar. Y, en secreto, oraba para que el corazón de Rut y el de Orfa se ablandaran hacia el Dios de Israel. Si podía enseñarles acerca del Señor, quizás habría una esperanza para la generación siguiente. Pero ahora se había perdido la última esperanza que le quedaba para tener un futuro.

Una fiebre súbita se había llevado a Quelión la primavera pasada. Luego, una enfermedad prolongada había postrado a Mahlón. Quelión murió en pocos días y sufrió pocos malestares, pero el pobre Mahlón no gozó de la misma misericordia. Cuando cayó enfermo, el padecimiento fue incesante. No pudo hacer nada más que ver cómo su hijo mayor, el primer fruto de Elimelec, era carcomido por la enfermedad. Oró infinidad de veces para que Dios aliviara su sufrimiento, que dejara caer sobre ella todos los pecados de su esposo y de sus hijos, pero los días pasaban lentamente. Pobre Rut, la pobre leal y amorosa Rut. ¿Cuántas noches había procurado la muchacha aliviar el dolor de Mahlón y acabado llorando por su incapacidad de hacerlo? A veces, Noemí deseaba huir de la ciudad hacia el campo y poder gritar y tirarse del cabello y arrojarse tierra encima. Había llorado cuando Mahlón levantó la vista hacia ella con los ojos de un animal herido en agonía, perseguido por el terror.

Durante esos meses largos y terribles, estuvo a punto de ser consumida por su propio sufrimiento; sin embargo, en cada ocasión que tenía le hablaba mansamente a Mahlón sobre la misericordia del Señor. *¡Misericordia!*, clamaba su corazón. *¡Misericordia! ¡Señor Dios, misericordia!* Mientras Rut atendía las necesidades físicas de su esposo, Noemí se sentaba junto a él y le hablaba de las señales y los prodigios que Dios había hecho en Egipto, en el desierto y en la tierra de Canaán. Él ya no podía oponerse a su madre, pero ¿estaba dispuesto a arrepentirse y buscar al Señor? Le contó a Mahlón cómo Dios había liberado de Egipto a los israelitas, no porque ellos lo merecieran, sino porque Él los había escogido para que fueran Su pueblo. Le habló de Moisés, de la ley y de cómo el pueblo fue terco como Elimelec y se rebeló. Le habló de las bendiciones y de las maldiciones. Y le habló de las promesas. Cuando él se dormía, ella agachaba la cabeza y oraba. *Oh, Señor, Señor…* No encontraba las palabras. *Oh, Señor, examina mi corazón…* Oraba y oraba y oraba.

Y, aun así, Mahlón murió.

Rut había estado sentada junto a él, sosteniendo su mano, cuando murió. Ella soltó un largo grito de angustia cuando él dejó de respirar; luego, gimió y se cubrió la cabeza.

¿Había sucedido tan solo veintidós días atrás?

Orfa había tratado de consolarlas a ella y a Rut, diciendo que ahora Mahlón estaba en paz, que su sufrimiento había terminado. Noemí quería creer esas palabras, pero le parecían vacías, sin fundamento. ¿Qué sabía Orfa de Dios?

La tristeza de Noemí era tan honda que se sentía paralizada. Lo único que podía hacer era esperar la salida del sol para seguir sentada en este rincón sucio, frío y húmedo y escuchar el ajetreo de la gente que pasaba por su puerta. ¡Cómo se atrevía la vida a seguir como siempre, cuando sus hijos estaban muertos! Le molestaban las risas de sus vecinos allá afuera. La amargaba la actividad inmutable. ¿Eran sus seres queridos tan insignificantes como simples granos de arena lanzados al mar Muerto, dejando atrás apenas una pequeña ola? Solamente Orfa y Rut compartían su angustia.

Cada día que pasaba, Noemí aborrecía más a Moab y a Kir-hareset. Odiaba a este pueblo extranjero. Y se odiaba a sí misma por odiarlos. No era culpa de ellos que Elimelec, Quelión y Mahlón hubieran tomado caminos que disgustaban a Dios. *Los hombres deciden su propio camino, pero es Dios quien juzga, es Dios quien prevalece.*

Salía el sol y Noemí deseaba poder cerrar los ojos y morirse. En cambio, se daba cuenta de que estaba viva y consciente de lo que sucedía a su alrededor. Escuchaba que Orfa y Rut lloraban juntas y hablaban en voz baja para no molestarla. Comía cuando ellas se lo pedían y se acostaba cuando le suplicaban que descansara. Pero se sentía perdida, enojada, desesperada y asustada.

Se obsesionaba con los recuerdos y recordaba los primeros años de matrimonio con Elimelec. Ah, cómo reían juntos y soñaban con un buen futuro, el fruto de trabajar duro y dedicarse a la tierra. Noemí, su mujer feliz, la llamaba él. Recordó la alegría que tuvo cuando se dio cuenta de que esperaba un hijo, la expectativa, la celebración cuando nació el niño: primero uno y, luego, otro. Los sostuvo con su cuerpo, amamantándolos hasta que aprendieron a caminar. Noemí se había regocijado con la euforia infantil que tenían, se reía de sus travesuras, disfrutaba de su presencia. La vida era plena en ese tiempo. Ella sentía la presencia de Dios en cada bendición.

¿Qué tengo ahora? ¡Nada! Nunca volveré a conocer la alegría.

Las cosas no iban bien en Belén, pero todo empeoró cuando se fueron. Trató, sin lograrlo, de influir sobre Elimelec. Deseaba criar a sus hijos en los caminos del Señor, pero Elimelec sentía que la ley de Moisés era demasiado rígida, demasiado intolerante. «Nuestra manera de hacer las cosas no es el único camino, Noemí. Mira a tu alrededor y fíjate cómo prosperan los moabitas. Los que se quedaron en Belén siguen rebajados a ganarse la vida con lo que cosechan de la tierra». En su corazón, ella sabía que Elimelec estaba rechazando a Dios, pero nunca pudo encontrar las palabras para convencerlo de que debía volver.

¿Por eso estoy siendo castigada? ¿Debería haber sido más resuelta para hacer entrar en razón a Elimelec? ¿Debería haber ido a buscar la ayuda de los ancianos, en lugar de sentir tanta vergüenza como para confesar lo que estaba pasando en mi casa? ¿Debería haber recurrido a sus hermanos? ¡Debería haber buscado a alguien que él respetara para que lo convenciera de no abandonar la tierra que Dios nos dio! Tal vez si no hubiera aceptado irme de Belén, todo habría resultado distinto. Tal vez si nos hubiéramos quedado, mi esposo y mis hijos todavía vivirían.

Cómo se mortificaba a sí misma preguntándose si podría haber hecho las cosas de otra manera, preocupándose por haberles fallado a quienes tanto amaba.

Ay, ¿por qué no les enseñé a Quelión y a Mahlón la importancia de la ley? Debería haber sido mejor como madre. Debería haberlos obligado a sentarse y escuchar. Debería haberme preocupado menos por perder su amor y más porque no se perdieran sus almas. Y ahora los he perdido para siempre. He perdido a mis hijos... ay, mis hijos, mis hijos...

No lo decía en voz alta, pero día tras día y noche tras noche se fustigaba a sí misma con reproches.

Padre, perdóname. Fui débil. Fui ingenua. Elegí el camino fácil y seguí a Elimelec porque quería que hubiera paz en nuestra familia. No quería ser una esposa conflictiva. Quería apoyarlo en sus emprendimientos. Quería ser su compañera. Pero Tú nos advertiste acerca de las maldiciones que vendrían si éramos infieles. Oh, Padre, yo quería ser fiel. Traté de ser fiel. Cada día me sentía dividida: mi esposo por un lado y Tú por el otro. No sabía qué otra cosa hacer, salvo orar en silencio, tener esperanza en secreto y caminar junto a Elimelec y, luego, junto a mis hijos. Todos los días esperaba y oraba para que recapacitaran y volviéramos a casa, a la tierra que nos diste. Ay, Dios, todos estos años oré y oré, y ni una sola oración fue contestada. Mi esposo está muerto. ¡Mis hijos están muertos! ¡Me has despojado! ¡Me has derramado! ¿Quién me queda aparte de Ti, Padre? ¿A qué puedo aferrarme ahora, si no a Ti?

Se mecía hacia adelante y atrás, gimiendo.

Rut se levantó y la abrazó. «Madre, yo te cuidaré». La ternura de la muchacha le rompió el corazón. Lloró en los brazos de su nuera, permitiéndose ser abrazada y acunada como una bebé. Pero no hubo consuelo, porque otros pensamientos ocuparon rápidamente su mente torturada y la hicieron llorar aún más fuerte.

No habría niños que continuaran el nombre de sus hijos. Sería como si nunca hubieran existido. *Sus nombres descenderán al polvo junto con ellos. Ningún hijo... no habrá ningún hijo...*

***

Pasaron setenta días antes de que Noemí cruzara la puerta de su pequeña casa. La luz del sol le lastimaba los ojos. Estaba débil por el luto; había llorado lo suficiente para llenar una cisterna y era hora de parar. El llanto no les devolvería la vida a quienes habían muerto. Tenía que pensar en los vivos. Rut y Orfa eran mujeres jóvenes, demasiado jóvenes para pasarse el resto de la vida llorando por Mahlón y Quelión, o cuidando a una anciana cuya vida estaba acabada.

Se sentó en el banquito que había afuera de su puerta y observó a los hijos de alguien más. Corrieron por la calle y sus risas resonaron cuando doblaron en la esquina. Los niños eran vida, y ella ya no tenía ninguno. Pero aún había una oportunidad para sus nueras, si ella hacía lo que sabía que debía hacer.

Si se quedaba en Kir-hareset, Rut y Orfa seguirían viviendo con ella. Pasarían su juventud cuidando a la madre de sus esposos muertos. ¿Cómo podía permitir que estas dulces muchachas desaprovecharan su vida por ella? Las amaba demasiado para seguir viéndolas mendigando un puñado de trigo a los desconocidos o viviendo de las limosnas de sus amigos y parientes. Pero si se iba de Kir-hareset y de Moab, sus nueras podrían volver a sus familias, que les darían la bienvenida. Noemí no dudaba de que sus padres les encontrarían esposo rápidamente, pues eran jóvenes y hermosas. Entonces, Rut y Orfa conocerían la felicidad de tener hijos. Noemí quería eso para ellas más que cualquier otra cosa.

En cuanto a ella, quería ir a su hogar en Belén. No sabía si alguno de sus parientes o amigos seguían allí o si habían sobrevivido al hambre, pero había escuchado que la escasez de comida finalmente había terminado. Quizás los ataques madianitas también habían cesado. Aun así, ¿qué importaba? Anhelaba irse a casa y estaba dispuesta a aceptar lo que fuera que encontrara cuando llegara a Belén. Si debía limitarse a pasar sus últimos años de vida como una mendiga, que así fuera. Al menos podría volver a sentir la Tierra Prometida bajo sus pies. Al menos estaría en un lugar donde los demás adoraban a Dios como ella.

Oh, Señor, haz que así sea. Llévame sana y salva a casa antes de que muera. Oh, Padre, apiádate de mí, porque estoy sola y sumamente angustiada. Mis problemas van de mal en peor. Y yo quiero hacer lo correcto ante Tus ojos. ¡Ayúdame!

Los vecinos la saludaron al pasar. Ella les sonrió y asintió con la cabeza, mientras su mente iba a toda velocidad. *¿Por qué estoy sentada aquí? ¿Estoy esperando que Dios me hable de forma audible como le habló a Moisés? ¿Quién soy yo para que Dios me hable así? ¿Acaso espero que Él me escriba una carta sobre esa pared, diciéndome qué hacer? ¡Sé lo que debo hacer! Me arrepentiré y regresaré a mi tierra.*

Noemí apoyó las manos sobre sus rodillas y se levantó. Se bajó el chal a los hombros y volvió a entrar a su casa. Rut estaba arrodillada, aplanando la masa para el pan y cocinándola sobre la estufa de metal, mientras que Orfa remendaba una prenda. Ambas jóvenes levantaron la vista y le sonrieron. Noemí se detuvo y miró a una y a otra, tratando de buscar las palabras para explicarles su decisión, sin lograrlo. Se dio vuelta y empezó a juntar sus pocas cosas.

Rut se levantó.

—¿Qué estás haciendo, madre?

—Estoy empacando.

—¿Empacando? —dijo Orfa—. Pero ¿adónde vas?

—Me voy a casa.

***

Noemí sabía que Rut y Orfa insistirían en acompañarla a Belén. La juventud impulsiva. No discutió con ellas; sabía que pronto se darían cuenta de la enorme tarea que implicaba irse de Moab y dejar a sus familias. Estaba segura de que iban a desear volver a su casa para cuando llegaran al río Arnón. Sería mucho más fácil disuadirlas en la frontera de su país, que perder tiempo ahora discutiendo con ellas. Disfrutaría un poco más de su compañía y, entonces, las enviaría a su casa. No quería considerar el hecho de que, cuando la dejaran, nunca volvería a verlas. Jamás las olvidaría y oraría por ellas todos los días de su vida.

Mientras se preparaban para dejar la casa, Noemí incluso dudaba de que pudieran llegar a bajar la colina con todas las cosas que Orfa había decidido llevar. Pobre muchacha. No soportaba la idea de dejar nada. Estaba cargada con todo lo que había acumulado durante su matrimonio con Quelión, incluso un pequeño banquito. Orfa gimió, angustiada.

—Ay, cómo desearía llevarme la mesa y la alfombra...

Rut, por su parte, solo tenía un paquete lleno de fajas multicolores que había hecho, un odre con agua, y suficiente trigo y pasteles de pasas para varios días.

—¿Dónde está el resto de tus cosas, Rut? —le preguntó Noemí.

—Tengo todo lo que necesito. Déjame llevar la cacerola, madre. Es demasiado pesada para ti. Hoy llegaremos más lejos si yo la llevo.

Noemí había hablado con los vecinos de al lado, diciéndoles que Orfa y Rut volverían en un par de días. Quería estar segura de que nadie se apoderara de lo que quedaba en la casa. Cuando las jóvenes regresaran a Kir-hareset, podrían vender todo, incluso la casa, y repartirse lo que obtuvieran. A Noemí no le interesaba ninguno de los bienes materiales que estaba dejando. Prefería las cosas sencillas de su pueblo, antes que los objetos esplendorosos de los moabitas, los filisteos y los egipcios. Era Elimelec quien le había dado tanta importancia a los regalos que le hacía, los cuales quedarían fuera de lugar en Belén.

Tenía la sospecha de que Rut le regalaría todo a Orfa. Amada Rut... tenía un corazón muy generoso, por no mencionar a un padre pudiente, quien la querría de vuelta en su casa. Noemí lo conocía lo suficiente para suponer que él ya tenía otro esposo en mente para Rut; el hijo de algún comerciante rico o un funcionario de la corte del rey. El corazón se le encogió ante la idea de que Rut se casara con algún otro que no fuera su hijo. Qué raro... no le sucedía lo mismo con Orfa.

Quizás fuera porque Rut había correspondido a lo que ella le había enseñado sobre el Dios verdadero. Cuánto se había alegrado Noemí al contemplar la fe incipiente de la muchacha.

—¿Viste a tu padre y a tu madre ayer, Rut?

Rut negó con la cabeza.

—¿Por qué no? Ellos deberían saber que estás yéndote de la ciudad.

—Sabrán que estoy contigo.

—¿Saben que estoy regresando a Belén?

—Mi madre dijo que lo harías y yo le dije que, aun si lo hicieras, me corresponde estar con la familia de mi esposo.

Noemí no dijo más al respecto. Empezó a caminar, cargando solo un pequeño morral con grano tostado, un odre con agua y un bolso de cuero que contenía una caja de madera de sándalo con cristales de incienso. Se los entregaría al sacerdote cuando llegara a Belén como ofrenda para el Señor.

Se sintió aliviada cuando atravesó las puertas de Kir-hareset y vio el camino delante de ella. Más allá de las adversidades que le esperaran, por lo menos estaba regresando a Canaán. No miró atrás. Orfa sí volteó para mirar, llorando suavemente, pero Rut sonrió y miró el Camino Real que iba hacia el mar Muerto.

—Es un buen día para comenzar nuestro viaje, madre.

Pasaron las horas del día y el sol se levantó, ardiente y opresivo. Noemí sentía que la desesperación se colaba sigilosamente en su corazón. Pronto se despediría de estas hijas. *Señor, dame la fortaleza para poner sus necesidades por encima de mi temor a estar sola. Padre, bendícelas por lo bondadosas que han sido conmigo. Llévalas a salvo a sus casas y dame el valor para continuar sola.*

Al mediodía se detuvieron para descansar debajo de un terebinto. Noemí aceptó el pastel de pasas y el vaso con agua que Rut le ofreció, pero Orfa no quiso comer. Estaba callada y con la vista hacia el suelo. Rut se sentó y secó la transpiración de su rostro. Parecía cansada, pero estaba más preocupada por su cuñada que por sí misma.

—¿No te sientes bien, Orfa?

—Estaré bien después de descansar.

Noemí sabía qué le sucedía, pero saberlo no le traía satisfacción. Tenía que mandarlas de vuelta ahora. Todavía había tiempo para que estuvieran de regreso y a salvo dentro de las murallas de la ciudad antes del anochecer. Terminó de comer rápidamente, se levantó y cargó sobre su propia espalda el bulto que Rut había insistido en cargar hasta este punto.

—¿Qué haces? —dijo Rut, y también se levantó.

—Voy a seguir sola.

—¡No, madre!

Orfa se puso de pie y se sumó a la protesta de Rut, llorando profusamente.

—¡No te vayas! Por favor, no te vayas.

A Noemí se le partía el corazón, pero sabía que debía mantenerse firme.

—Vuelvan cada una a la casa de su madre, en lugar de venir conmigo. Y que el Señor las recompense por lo bondadosas que fueron con sus esposos y conmigo. Que el Señor las bendiga con la seguridad de un nuevo matrimonio.

Rut lloró.

—No. —Sacudió la cabeza—. No, *no*... —Dio un paso adelante—. Queremos ir contigo a tu pueblo.

—¿Por qué deberían seguir conmigo? —dijo Noemí, tratando inútilmente de evitar que la voz se le volviera aguda por la emoción contenida—. ¿Acaso puedo tener más hijos para que se conviertan en sus esposos cuando crezcan? No, hijas mías, vuelvan a la casa de sus padres, porque yo soy demasiado vieja para casarme de nuevo. Y, aunque fuera posible, y esta noche me casara y tuviera hijos varones, ¿qué pasaría entonces? ¿Esperarían ustedes a que mis hijos crecieran y rehusarían casarse con otra persona? No, ¡desde luego que no, hijas mías! Las cosas son mucho más amargas para mí que para ustedes, porque el Señor mismo ha causado mi sufrimiento.

Rut y Orfa lloraron más fuerte. Orfa la abrazó.

—Nunca te olvidaré, Noemí. Que tengas un buen viaje a tu tierra.

—Yo tampoco te olvidaré —dijo Noemí y la besó—. ¡Y que tengan un buen viaje ustedes también!

Orfa levantó sus bultos y emprendió el camino de regreso a Kir-hareset. Después de unos

pasos, se detuvo y miró hacia atrás, perpleja.

—¿No vienes, Rut?

—No. —Rut sacudió la cabeza con los ojos inundados de lágrimas—. Iré con madre.

Orfa dejó caer las cosas y corrió a abrazarla.

—¿Estás segura, hermana mía?

—Nunca he estado más segura.

—Por favor...

—No. Regresa sin mí. Me iré con Noemí.

Con una última mirada hacia atrás, Orfa empezó a caminar nuevamente. Noemí contempló a Orfa alejándose rápidamente, y entonces miró a Rut. Extendió la mano y señaló hacia Kir-hareset.

—Mira. Tu cuñada está volviendo a su pueblo y a sus dioses. Tú deberías hacer lo mismo.

Las lágrimas caían por el rostro de Rut, pero no se movió.

—No me pidas que te deje y regrese, porque no lo haré.

—Pero ¿cómo puedo no decirte que te vayas? —Noemí se acercó—. Tú escuchaste lo que dije, Rut. ¿Debería llevarte conmigo a Belén para que tengas la misma existencia amarga que yo? ¿Deberás envejecer sin un esposo y sin hijos? ¡Corre detrás de Orfa! ¡Regresa con tu padre y tu madre!

—No —dijo Rut, llorando—. *No* te dejaré. Hazme una conversa.

El corazón de Noemí se estrujó.

—Ay, dulce mía, piensa en lo que estás diciendo. La vida de mi pueblo no es tan fácil como la que conoces. Nosotros tenemos órdenes de guardar el sabbat y los días festivos consagrados, en los cuales no podemos viajar más de un kilómetro.

—Iré dondequiera que vayas.

Noemí sabía que debía decirle la verdad, aunque hiriera los sentimientos de Rut.

—Tenemos el mandamiento de no pasar la noche con gentiles.

—Viviré dondequiera que tú vivas.

—¡Se nos ha ordenado cumplir alrededor de seiscientos preceptos!

—Cualquier mandamiento que tu pueblo cumpla, yo lo cumpliré, madre, pues tu pueblo será mi pueblo.

Noemí continuó:

—Tenemos prohibido adorar a cualquier dios extranjero. ¡Quemos es una abominación!

—Tu Dios será mi Dios.

Noemí abrió las manos.

—Tenemos cuatro tipos de muerte para los malvados, Rut: lapidación, hoguera, estrangulamiento y la muerte a espada. ¡Reconsidera lo que dices! —

Como Rut no dijo nada, prosiguió, suplicándole que viera de cuántas maneras era diferente su pueblo—. Nuestro pueblo es sepultado en sepulcros.

—Entonces, que así sea para mí también, madre. —Cayendo de rodillas, Rut rodeó con sus brazos la cintura de Noemí—. Donde tú mueras, allí moriré y allí me enterrarán. —Noemí trató de hacerla retroceder, pero Rut se aferró más fuerte—. ¡Que el Señor me castigue severamente si permito que algo nos separe, aparte de la muerte!

Llorando ahora, Noemí colocó sus manos sobre la cabeza de Rut y acarició su cabello. Levantó los ojos a los cielos. Nunca había esperado esto, nunca había esperado que esta joven moabita estuviera dispuesta a renunciar a todo para acompañarla. Miró hacia abajo nuevamente, acariciando distraídamente la cabeza de Rut.

—Nunca volverás a ver a tu padre, a tu madre ni a tus hermanos y hermanas. ¿Te das cuenta de eso, Rut?

—Sí. —Levantó la cabeza. Su rostro estaba surcado por las lágrimas.

—Tu vida será más fácil si regresas.

—Ay, Noemí, ¿cómo puedo volver a mi vieja vida, cuando tú tienes las palabras de verdad? —Sus brazos la apretaron nuevamente cuando comenzó a sollozar—. Por favor, no me pidas que te deje. No me expongas a la tentación. ¡Yo iré contigo!

«Tu Dios será mi Dios».

¿Cómo podía decir que no a semejantes palabras? ¿Acaso no había orado para que el corazón de Rut fuera receptivo al Dios de Israel? Una oración había sido respondida; una oración entre miles.

—Tranquila —dijo dulcemente y aflojó los brazos de Rut, que se aferraban a su cintura. Tomando el rostro de Rut entre sus manos, le sonrió. Borró sus lágrimas con las manos—. Que se haga la voluntad de Dios. Pase lo que pase, lo enfrentaremos juntas.

Los ojos de Rut brillaron cuando sonrió, aliviada.

—Prestaré atención a cada palabra que digas, porque sé que me enseñarás lo que necesito saber.

—Todo lo que aprendí sobre las faldas de mi madre te lo diré. Todo lo que tengo es tuyo. Te lo entregaré con gusto. —Pues Noemí ahora sabía que era algo más que el matrimonio con su hijo lo que había injertado a esta muchacha en su vida y en su corazón. Y ahora oraría para que Rut fuera injertada en su pueblo, también.

No me has olvidado, Señor. Tú sabías que no podría ir sola a mi tierra. No me has abandonado.

—Vamos —dijo Noemí, tomando la mano de Rut y ayudándola a levantarse—. Tendremos un largo viaje antes de llegar a casa.

***

Rut no se preocupaba por las dificultades que ella y Noemí podrían encontrar cuando llegaran a Belén. Cada día de viaje tenía suficientes problemas para sobrellevar como para preocuparse por lo que podría pasar cuando llegaran a su destino. Rut había vivido con miedo durante los meses de la enfermedad de Mahlón, y nada había logrado. Había amado a su esposo, pero no pudo salvarlo. Todos sus esfuerzos para que mejorara habían fallado y, al fin y al cabo, el miedo a perderlo no impidió que la muerte llegara. El miedo tampoco la había ayudado a enfrentar las dificultades de sobrevivir sin un hombre que mantuviera el hogar. Después de la muerte de Mahlón, tomó la decisión de que nunca volvería a dejar que su mente se preocupara por las cosas que no podía controlar. El futuro era una de esas cosas. Enfrentaría lo que viniera y haría lo mejor posible con lo que Dios le diera.

Noemí solía consolarla, aun sin darse cuenta.

«El Señor nos cuidará», había dicho la noche anterior, y Rut se había quedado despierta, acostada sobre el suelo duro, mirando fijo las estrellas y pensando en esas palabras. *El Señor nos cuidará*. Después de todo lo que Noemí había sufrido, todavía se aferraba a su fe. Rut se consolaba con la fortaleza de Noemí. *El Señor nos cuidará*. Decidió creerlo porque su suegra decía que era cierto.

Desde el momento en que entró en la casa de Mahlón, Rut supo que había algo distinto en Noemí. Primero, vio un indicio exterior: su ropa. Incluso después de los años que llevaba viviendo entre los moabitas, su suegra seguía vistiéndose como una hebrea. No lo hacía con altivez, como si fuera mejor que los que vivían a su alrededor. Simplemente era su manera de ser. Rut también había visto la profunda fe que tenía en Dios. Al principio le preocupaba que los largos silencios de Noemí significaran que no le gustaba quién había elegido Mahlón por esposa. Pero Mahlón le dijo que no era así.

—Está orando, nada más —le decía Mahlón, encogiéndose de hombros—. Lo hace desde que tengo memoria. No dejes que eso te incomode. No le hace mal a nadie. Solo ignórala.

Pero Rut no ignoró a su suegra. Se dio cuenta de que la oración era muy importante para Noemí, y Rut quiso entender mejor el asunto. Entonces, a escondidas, observaba a Noemí. A veces su suegra se veía sumamente en paz cuando hablaba con su Dios y, otras veces, angustiada. Todas las mañanas, a menudo a mediodía, y siempre durante las horas de la noche, Noemí se colocaba el chal sobre la cabeza, se sentaba en el rincón de su casa y se quedaba callada y quieta. Una vez, Rut le preguntó por qué oraba; Noemí le sonrió y dijo: «Por todo. —Sus ojos se habían entristecido—. La mayoría de las veces, por mis hijos. —Se había estirado y apoyado una mano sobre la de Rut. Sus ojos se suavizaron—. Y por mis hijas».

Los ojos de Rut se habían llenado de lágrimas al escuchar sus palabras. La buena opinión de Noemí le importaba mucho porque la admiraba en gran manera. Noemí era buena y agradable, repartía los quehaceres equitativamente y siempre trabajaba tan duro como los demás. Amaba profundamente y por igual a sus dos hijos y, a pesar de sus diferencias culturales, había aceptado como sus hijas a Rut y a Orfa. El amor era un don que Noemí tenía en abundancia. Y, aunque a Mahlón parecía no llamarle la atención, Rut percibía un conocimiento y una sabiduría imperecedera en su suegra que ella anhelaba compartir.

No obstante, Rut también sentía su tristeza. Noemí nunca se había asentado del todo en Kir-hareset; nunca había estado muy a gusto con el mundo que la rodeaba. Eso tenía que ver con su Dios. Rut tenía miedo de acercarse a Noemí y hablar con ella al respecto. Entonces, procuró hablarlo con su esposo.

Mahlón nunca tuvo demasiado que decir sobre el Dios de su pueblo. De hecho, parecía saber muy poco acerca de Él.

—¿Por qué estás tan interesada en Dios?

—¿No debería poder enseñarles a tus hijos sobre Él?

—Enséñales sobre Quemos, si te agrada. A mí no me interesa. Estoy seguro de que mi madre les enseñará sobre Jehová. Lo importante es que sean tolerantes con todas las religiones. Esa es la única manera de tener éxito en Kir-hareset.

A los ojos de Mahlón, ningún dios era mejor que otro, pero Noemí no transigía al respecto. Era respetuosa y nunca despreciaba las creencias ajenas, pero se aferraba a su fe en Jehová con una callada tenacidad.

Ahora Rut miraba a su suegra, acurrucada junto a ella con la cabeza apoyada sobre una piedra que le servía de almohada. Se había quedado dormida pocos minutos después de comer el pan que Rut le cocinó. El sol se había ocultado y el aire se enfriaba rápidamente. Rut se levantó y, con cuidado, tapó a Noemí con su propio chal. El viaje era muy difícil para su suegra. Había comido muy poco las semanas posteriores a la muerte de Mahlón. Rut temió que Noemí se consumiera por la tristeza. Por eso preparaba guisos sabrosos intentando despertar el apetito de su suegra. Ahora, el agotamiento físico era lo que apagaba su apetito. Luego de caminar todo el día, estaba tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos para comer algo. Era raro, pero Rut sentía como si hubieran intercambiado roles. Noemí se había convertido en la niña y ella en la madre protectora. «Pero no me importa», susurró, agachándose para besar a Noemí en la mejilla. Acomodó hacia atrás los mechones de cabello oscuro, retirándolos de la frente bronceada de su suegra.

Rut se levantó y se rodeó a sí misma con sus brazos, temblando un poco. El monte Nebo se elevaba a la distancia. Esa mañana, Noemí le había contado que Moisés subió a esa montaña y murió allí, después de dejar a Josué a cargo del pueblo de Dios. Poco después, ellos cruzaron el río Jordán y se apoderaron de Canaán. Le encantaba cuando Noemí le hablaba de lo que Dios había hecho por

los hebreos. Sentía un revuelo extraño en su interior cuando aprendía de Sus hazañas poderosas y de Su amor inagotable.

Cerró los ojos y levantó su rostro al cielo. «Señor, ayúdame a cuidar a Tu sierva Noemí —susurró—. Es por ella que llegué a creer en Ti. Por favor, guía nuestros pasos y llévanos a salvo a su hogar en Belén. Y, Señor, si no es pedir demasiado, que haya viejos amigos para recibir a Noemí a su regreso, personas que la hayan querido en el pasado y que sigan queriéndola en los días difíciles que nos esperan».

DOS

Los días eran largos, calurosos y secos. Rut se levantaba temprano y despertaba a Noemí. «El sol está saliendo, madre —decía—. Deberíamos viajar ahora, mientras el día está fresco». Caminaban en silencio hasta que el sol llegaba a su cénit; entonces buscaban una sombra donde poder descansar. Agotada, Noemí solía dormitar. Rut generalmente se quedaba mirando el camino a lo lejos, preguntándose qué les depararía el futuro.

Llegaron al cauce del río Arnón, que marcaba la frontera sur del territorio rubenito, y siguieron el Camino Real hacia Dibón, Hesbón y Abel Sitim. En cada ciudad por la que pasaban, Rut hacía trueques en el mercado con sus fajas tejidas por comida, mientras hacía preguntas sobre el camino que tenían por delante.

—Ah, no vayan por el camino de Jericó —le dijo una mujer que vendía cebollas y ajos—. Los ladrones se ocultan en lo alto de las montañas y atacan a las caravanas. No estarás a salvo si vas sola.

—No estoy sola. Viajo con mi suegra.

—¿Dos mujeres? Bueno, lo mejor será que vayas al mercado de camellos y veas si puedes encontrar un mercader nómada que les permita viajar con su caravana. Nadie viaja por el camino de Jericó sin protección. Las capturarán y las venderán como esclavas.

Cuando volvió a su pequeño campamento cerca de la muralla de la ciudad, encontró a Noemí cocinando pan sin levadura sobre el recipiente metálico que

había colocado sobre el fuego. Daba vuelta al pan hábilmente, con una vara de dos puntas.

—Estaba preocupada —dijo Noemí, sin levantar la vista.

—Disculpa, madre —dijo Rut, agachándose—. Debería haber vuelto a decirte lo que estaba haciendo. Una mujer en el mercado me dijo que los ladrones atacan a las personas que van por las montañas; por eso, me pareció prudente buscar ayuda. Mañana en la mañana nos uniremos a una caravana y viajaremos con ella por el camino a Jericó. El hombre es benjaminita y tiene guardias armados. Estaremos seguras con él.

El cuerpo de Noemí se relajó. Enganchó el borde del pan, lo levantó del recipiente y lo puso a un costado para que se enfriara.

—Yo debería haber pensado en eso. —Se sentó sobre sus talones y se tapó el rostro.

Rut tomó el pan y lo partió. Le dio la mitad a Noemí.

—Tienes que comer, madre. Necesitas estar fuerte.

Con las manos aún sobre su rostro, Noemí lloró.

—¿Por qué no pensé en los riesgos? Ni siquiera tuve en cuenta lo que podría pasarte a ti. ¿En qué estaba pensando cuando te dejé venir en este viaje? ¡Soy una vieja egoísta!

—Intentaste hacerme volver —dijo Rut, sonriendo—. Pero no sirvió de nada. Trata de no preocuparte. Vamos a estar bien.

Noemí levantó la cabeza.

—Es más peligroso para una mujer joven como tú, que para una viuda anciana como yo.

—Es peligroso para ambas y estamos tomando todas las precauciones. El hombre parece confiable.

—No se puede confiar en nadie en estos tiempos.

Rut levantó el pan y volvió a ofrecérselo. Noemí lo tomó, partió un pedacito y lo comió lentamente, con el ceño fruncido.

Rut le sonrió.

—¿Cuántas veces te oí decir: El Señor cuida de quienes lo aman?

—Y castiga a quienes lo rechazan —dijo Noemí con los ojos llenos de lágrimas.

Rut supo que estaba pensando en Elimelec, Quelión y Mahlón. Su propio dolor se desbordó cuando pensó en su esposo. Había sido tan joven, con tantos años por delante. ¡Cuánto hubiera deseado darle un hijo! Un varón que perpetuara su nombre.

—Estoy muy cansada —dijo Noemí con la voz ahogada por el llanto—. Ni siquiera sé si podré llegar a casa. Esas montañas... ahora las recuerdo bien. ¿Cómo pude olvidar lo difícil que fue el viaje?

—Descansaremos cuando necesitemos hacerlo.

—Y la caravana seguirá adelante sin nosotras —dijo Noemí tristemente.

—Entonces, nos uniremos a otra.

—Si no nos roban y...

—¡No! —dijo Rut sollozando. Se levantó y se acercó a Noemí; se arrodilló junto a su suegra y le agarró la mano—. No pienses en esas cosas, madre. Si lo haces, estamos perdidas. Piensa en lo que hay al otro lado de las montañas: *Belén*. Nuestro hogar. Si nos enfocamos en todo lo que podría salir mal, nos aterrará seguir adelante. *Por favor*. Háblame otra vez del Señor, madre. Cuéntame cómo alimentó a miles de personas en el desierto. Háblame de cómo hizo brotar agua de la roca. Y ora. —Lloró en silencio—. Ora para que Él se apiade de nosotras.

Noemí hizo un gesto de dolor con una expresión llena de remordimiento. Acarició el rostro de Rut.

—A veces lo olvido. —Sus ojos aún estaban llenos de lágrimas—. Pienso en lo que perdí, en lugar de pensar en lo que tengo.

—Nos tenemos una a la otra —dijo Rut—. Y tenemos a Dios. Es más que suficiente para enfrentar cualquier cosa que venga. Tú me enseñaste eso.

—Sigue recordándomelo.

***

A última hora de la tarde siguiente, cruzaron el río Jordán con la caravana. Noemí se desplomó bajo los árboles que estaban al otro lado.

—No puedo seguir adelante.

Rut la ubicó de manera que estuviera cómoda y le trajo un poco de agua.

—Descansa aquí mientras voy a agradecerle a Ashir Ben Hadar. —Los últimos camellos cruzaban el río cuando Rut se acercó al dueño de la caravana y agachó su rostro al suelo—. Gracias por permitirnos viajar con ustedes.

—¿Tan pronto abandonarán la caravana?

—Mi suegra ha recorrido todo lo que le permiten sus fuerzas. Acamparemos aquí, al lado del río, y continuaremos por la mañana.

—Qué lástima. Nosotros pasaremos la noche en el oasis. Estarían más seguras con nosotros.

—Que el Señor lo lleve a salvo a su destino y lo bendiga por lo amable que ha sido con estas dos viudas.

Él frunció el ceño, preocupado.

—Que el Señor las proteja. —Se dio vuelta, montó su camello y golpeó el cuello del animal con una vara. Gritó unas órdenes en egipcio a uno de sus sirvientes. El camello se meció hacia adelante y luego hacia atrás para pararse sobre sus patas. Rut volvió a hacer una reverencia cuando el hombre cabalgó hacia el frente de la caravana. Casi había llegado a los árboles que estaban junto al río cuando uno de los siervos de Ashir Ben Hadar vino corriendo hacia ella y le entregó un costal y un odre de cuero lleno a reventar. «Obsequios del amo», dijo con voz ronca y volvió a marcharse a la carrera.

Sonriendo, Rut se arrodilló al lado de Noemí.

—Prueba y mira cómo el Señor provee para quienes lo aman.

Inclinando el odre con precaución, Noemí tomó un poquito. Abrió los ojos bien grandes.

—¡Leche fresca de cabra!

Rut rio y abrió el cuero, dejando a la vista toda su abundancia.

—Y pasteles de pasas, madre. Lo suficiente para varios días. Con el cereal que nos queda, nos alcanzará hasta que lleguemos a Belén.

Comieron y descansaron mientras el sol se escapaba por las montañas detrás de Jericó.

—No fue lejos de aquí que el Señor contuvo el agua del Jordán para que Josué pudiera hacer cruzar a nuestro pueblo —dijo Noemí, saciada y relajada—. Mi madre me contó que cuando Moisés subió al monte Nebo rumbo al monte Pisga donde murió, el pueblo hizo duelo durante treinta días. Josué fue lleno del Espíritu de Dios y guio al pueblo por allí —dijo y señaló desde Nebo a lo largo del camino por el que habían venido—, hasta Acacias. Esperó allí hasta que el Señor le dijo qué hacer. Josué condujo al pueblo hasta la orilla del Jordán. El Señor hizo retroceder las aguas y el pueblo cruzó caminando sobre tierra seca. Mi madre y mi padre estaban entre las personas que entraron a Canaán ese día. Acamparon en Gilgal y conmemoraron la Pascua.

Rut estaba parada a la sombra y seguía con los ojos la trayectoria que Noemí dijo que había recorrido su pueblo.

—¿Qué son esas piedras de allí?

—¿Las piedras paradas? —Noemí se levantó—. Todo el que pase al lado de ellas recordará lo que el Señor hizo por Su pueblo. Hay doce y cada piedra fue cargada por un miembro de una de las tribus que descendían de nuestro padre, Jacob. ¿Ves ahí, donde el agua ondea? Hay doce piedras más en el sitio donde los sacerdotes se pararon con el arca del pacto, mientras nuestro pueblo cruzaba el río. —Se ubicó al lado de Rut y señaló hacia el camino por donde habían venido—. Allí está el altar que levantaron los hijos de Rubén, Gad y Manasés. Las tribus de este lado estuvieron a punto de entrar en guerra por causa de él.

—¿Por qué?

—Porque las tribus de la orilla occidental pensaron que sería un altar para quemar ofrendas y hacer sacrificios a otros dioses. Pero es un testimonio de que las tribus de Rubén, Gad y Manasés tienen una herencia en el Señor; es un monumento para recordarnos que somos hermanos.

Noemí repitió las historias que le habían contado su padre y su madre hasta que el sol se ocultó y las estrellas brillaron. Rut escuchaba ávidamente todo lo que Noemí decía sobre los años en el desierto y los actos poderosos que el Señor había hecho para salvar y para disciplinar a Su pueblo. Cuando Noemí se durmió, Rut levantó la vista a los cielos y se sintió tranquilizada. Seguramente, si el Señor había cuidado a Su pueblo rebelde en el desierto, ahora cuidaría a Noemí. Rut creía que el Señor las llevaría sanas y salvas a su hogar en Belén.

Al día siguiente caminaron hasta el oasis y pasaron la noche debajo de las palmeras. La silueta recortada de Jericó se destacaba contra el pie de las montañas; la que había sido alguna vez una gran ciudad ahora era escombros carbonizados habitados solamente por lagartijas y serpientes. Sin embargo, no muy lejos había una comunidad pujante que acampaba alrededor del manantial. Se ganaban la vida prósperamente gracias a los viajeros que usaban el camino de Jericó para atravesar las montañas hacia Jerusalén.

Cuando emprendieron el arduo viaje ascendente por el camino de Jericó, Rut oraba continuamente mientras se mantenía vigilante a los peligros del camino. *Dios, protégenos. Cuídanos y guía nuestros pasos.*

Una caravana se aproximó detrás de ellas. Rut habló con el encargado y consiguió el permiso para acampar cerca de ellos la primera noche. A la mañana siguiente, no hizo ningún esfuerzo por apurar a Noemí, sino que mantuvo el ritmo de su suegra, aunque la caravana se les adelantó y desapareció de su vista.

—Señor, por favor, ayúdanos a pasar estas montañas —susurraba cada noche antes de cerrar los ojos.

Cada día, el camino era más escarpado y más difícil; el clima era más caluroso y sus provisiones, más escasas. Noemí se debilitó, por lo que Rut tomó su carga. Cuando su suegra se desanimaba, Rut le preguntaba sobre Belén y sobre su niñez, con la esperanza de reavivar en ella la determinación de llegar a su destino.

—Cada día estamos más cerca, madre.

—¿Y qué nos espera? Quizás ya no estén todos los que conocía.

—Tal vez haya amigos que has olvidado.

—Y que se han olvidado de mí. —Lloró como solía hacerlo cuando estaba al borde del agotamiento total—. Estoy llevándote a un hogar de pobreza. No habrá nadie que nos dé la bienvenida. —Se tapó el rostro y gimió.

—Mira hacia atrás y fíjate cuánto hemos recorrido —dijo Rut, respirando con dificultad bajo la carga que llevaba.

—Mira la distancia que nos falta recorrer todavía. Arriba, arriba; siempre más arriba.

Rut miró a su alrededor. No había dónde acampar en el lugar donde estaban. No les quedaba otra alternativa que seguir adelante. Estaba a punto de llorar como Noemí. Le dolía la espalda por haber llevado toda la carga todo el día; tenía los ojos arenosos y la garganta reseca. Agarró la botellita que llevaba colgada de un cordón alrededor del cuello. Estaba llena con lágrimas que había derramado por Mahlón, un símbolo de su respeto y amor. La soltó y cerró los ojos con fuerzas.

—El Señor ve nuestra angustia, madre. Él sabe cuáles son nuestras necesidades.

—Entonces, ¿dónde está?

Rut apretó los labios para no llorar de frustración y desesperación. No podía permitirse sucumbir ante ellas. Si lo hacía, ¿qué sería de ellas?

—No puedo seguir, Rut. Es demasiado difícil. No puedo más. Solo déjame morir aquí. Ya me da igual. ¡Estoy demasiado cansada para que me importe!

Rut cambió de lugar los bultos y rodeó a Noemí con su brazo para darle apoyo.

—Tienes que seguir. Solo un poquito más. Encontraremos un lugar y descansaremos durante la noche.

—En la mañana estaré igual de cansada. Estoy enferma y cansada.

—Lo lograremos, madre.

—¿Y qué habrá allá si lo logramos? —dijo Noemí con amargura, arrastrando los pies mientras apoyaba todo el peso de su cuerpo sobre Rut—. No tengo tierra. No tengo una casa. No tengo esposo ni hijos. ¿Qué nos espera allí?

Conteniendo las lágrimas, Rut dijo:

—No lo sé; pero, sea lo que sea, Dios nos ayudará.

Después de eso, no pudo decir nada más. Tenía fuerzas solo para mantenerlas en movimiento hasta que encontraran un lugar para descansar. *Oh, por favor, Dios, ¡por favor, ayúdanos!*

Cuando llegaron a una curva del camino, Rut vio una gran grieta en la ladera rocosa de la montaña.

—Solo unos pasos más —dijo, animando a Noemí. La hendidura tenía el tamaño suficiente para darles refugio durante la noche.

Noemí se desplomó, gimiendo, y se recostó sobre un peñasco. Rut hizo un gesto de dolor cuando descargó los bultos y se sentó junto a ella. Movió los hombros en círculos para aflojar los músculos adoloridos.

—Casi llegamos a la cima —dijo, recostando su cabeza contra la roca fría—. Mañana llegaremos a Jerusalén.

Noemí no dijo nada. Respiraba pesadamente con los ojos cerrados y el rostro pálido por el agotamiento.

Rut se levantó otra vez y desenrolló la esterilla. Partió a la mitad el último pastel de pasas.

—Cuando hayas comido algo te sentirás mejor. —Noemí aceptó la comida y masticó lentamente. Rut vio el brillo de las lágrimas en los ojos de Noemí.

—Si Dios quiere, estaremos en Belén mañana temprano —dijo Noemí, cruzando las manos sobre su regazo—. Está a una corta distancia de Jerusalén.

Rut sonrió y apoyó su mano sobre la de Noemí.

—Ya casi estás en tu hogar, madre.

Noemí cerró los ojos, no antes de que unas lágrimas cayeran por sus mejillas polvorientas. Rut se sentó más cerca y la abrazó. Noemí recostó su cabeza sobre el hombro de Rut y, unos instantes después, se quedó dormida.

Señor, Señor... Rut ya no sabía con qué palabras orar. Estaba demasiado agotada para pensar, pero no para temer. *Gracias por traernos hasta aquí. Por favor, no nos dejes ahora.*

Rut sabía que la verdadera prueba de su fortaleza recién estaba comenzando. Cada día del viaje, Noemí se había vuelto más dependiente de ella. Eso no la molestaba, pero la asediaban las preocupaciones.

¿Qué sería de ellas cuando llegaran a Belén?

TRES

Con Belén tan cerca, Noemí se puso ansiosa por llegar a casa. Se levantaron antes de que saliera el sol y emprendieron el tramo final de su viaje. Las fuerzas de Noemí estaban renovadas. Rut no tuvo que animarla como antes.

—Ahora no estamos lejos. Nada lejos —dijo Noemí.

Con el sol naciente, siguieron de largo por Jerusalén. Todavía era de mañana cuando entraron a la ciudad de Belén. Las mujeres estaban reunidas junto al pozo en el centro del pueblo, hablando y riéndose mientras sacaban agua para las necesidades hogareñas del día. Se fijaron en Noemí y Rut y se acercaron, bajando la voz. Rut percibió la tensión de Noemí.

—Vamos, madre. Quizás haya alguien que conozcas, y yo necesito llenar los odres.

Una mujer, mayor que las otras, se separó de las demás.

—¿Eres Noemí en verdad? —Frunció marcadamente el ceño, inclinando la cabeza como si no pudiera ver bien.

Rut tocó suavemente el brazo de su suegra:

—No se han olvidado de ti. Todavía tienes amigas en Belén.

—¡Es Noemí! —Se acercó a ella con los brazos abiertos—. ¡Noemí, has vuelto!

Las mujeres gritaron de emoción y se acercaron rápidamente hacia su suegra. Rut retrocedió para hacerles lugar y agradeció a Dios en silencio porque

recordaban a Noemí y la recibían tan amigablemente. Quizás la bienvenida emotiva de estas mujeres serviría para levantarle el ánimo a su suegra.

—¡Noemí, te ves como si hubieras viajado cientos de kilómetros!

—¿Dónde estuviste todos estos años?

—Escuchamos que te habías ido a Moab.

—¿Qué te pasó?

Rut vio que la angustia de Noemí aumentaba. Su suegra miraba a un lado y a otro, como si buscara escapar de esta multitud de interrogadoras.

—Recuerdo el día que te fuiste con unas mulas cargadas con tus pertenencias.

—¿Qué te sucedió?

Rut solo podía imaginar lo que estaría pensando su suegra. Noemí estaba en su casa, en Belén, pero era una desamparada. Estaba entre amigas; sin embargo, claramente era objeto de su lástima y de su curiosidad. Dolida por ella, Rut no sabía qué hacer. ¿Debía abrirse camino entre el compacto grupo y tratar de rescatarla, o eso solo empeoraría las cosas? Las mujeres habían formado un círculo cerrado alrededor de Noemí, dándole la espalda a Rut. A decir verdad, no le habían dirigido más que una mirada hostil. Las mujeres no hicieron ningún esfuerzo por ocultar la impresión que les causaba el aspecto de Noemí.

—¿Dónde está tu marido, Elimelec?

—Tan alto y guapo.

Las mujeres presionaban a Noemí incesantemente, haciéndole preguntas que únicamente agitaban el dolor de las recientes tragedias.

—Tenías hijos. ¿Dónde están?

—¡Seguramente no se habrán quedado en Moab!

—¿Dónde están Mahlón y Quelión?

Todas hablaban al mismo tiempo, y su vivo interés se concentraba en las desgracias de Noemí. A Rut no le sorprendía ni le dolía que las mujeres prefirieran ignorarla. Noemí le había advertido que no sería bienvenida: «Mi pueblo te verá como una forastera. Y, lo que es peor, sabrán que eres moabita». Todo en la apariencia de Rut proclamaba su origen. Su vestimenta era inconfundible y su piel era más oscura. No tenía el dinero para cambiar lo primero ni la capacidad de modificar lo segundo. Llevaría tiempo para que estas personas la aceptaran. «No esperes que alguien te invite a su casa —había dicho Noemí—. Un hebreo no puede invitar a un extranjero a su casa sin contaminarla».

—Ay, Noemí —dijeron las mujeres al enterarse de la muerte de Elimelec, Quelión y Mahlón—. ¡Vaya, qué dolor tan difícil de sobrellevar el tuyo!

Parecieron retroceder un poco, avergonzadas, indecisas. ¿Tenían miedo de que la desgracia de Noemí, de alguna manera, pudiera trasladarse a ellas si le ofrecían ayuda? Rut avanzó, abriéndose paso entre las mujeres hasta que estuvo suficientemente cerca de Noemí para que la viera.

—No me llamen Noemí —clamó Noemí—. Más bien, llámenme Mara, porque el Todopoderoso me ha hecho la vida muy amarga. —Empezó a llorar y a gemir—. Me fui llena, pero el Señor me ha traído vacía a casa. ¿Por qué llamarme Noemí cuando el Señor me ha hecho sufrir y el Todopoderoso ha enviado semejante tragedia sobre mí?

Quizás las mujeres habían estado demasiado tiempo distanciadas de Noemí como para compartir su duelo. Aunque le ofrecieron palabras de compasión, parecían no estar preparadas para consolarla. Estaban incómodas, mirándose unas a otras, acongojadas y en silencio. Rut volvió a avanzar y, cuando Noemí se fijó en ella, el rostro de su suegra se llenó de alivio.

—Rut, ay, mi Rut, ven aquí conmigo.

Cuando Rut avanzó, las mujeres se apartaron de ella y se alejaron para que no las rozara al pasar. Ya no la ignoraban; la miraban descaradamente y con desprecio. Las mejillas de Rut se acaloraron. ¿Los moabitas se habrían quedado mirando a Noemí de la misma manera cuando llegó a Kir-hareset por primera vez?

—Ella es mi nuera. Es Rut, la viuda de Mahlón —dijo Noemí, tomando su mano. Rut podía sentir cómo temblaba Noemí. ¿Era este el momento que más había temido su suegra? ¿Presentar su nuera moabita a sus amistades? ¿Se avergonzaba Noemí de ella? Rut era la única prueba que necesitaba esta gente de que, por lo menos, uno de los hijos de Noemí se había apartado de Dios y se había casado con una mujer extranjera. Rut se entristeció ante la idea de causarle más dolor a su suegra.

—Es moabita. —Las palabras salieron como una imprecación.

—De nacimiento —dijo Noemí.

—¿Pretende quedarse aquí? —Rut nunca se había sentido tan incómoda.

Noemí levantó la cabeza y su mano apretó fuertemente la de Rut.

—Sí, se quedará. Ella y yo viviremos juntas.

—¡Pero, Noemí, piensa en lo que estás haciendo!

—Yo no habría sobrevivido sin Rut.

—Estás rodeada de los de tu propio pueblo, Noemí. Dile a la forastera que vuelva adonde pertenece. Tú sabes lo que dice la ley.

Noemí giró ligeramente con el cuerpo rígido.

—Cuando salimos de Egipto, hubo egipcios que vinieron con nosotros.

—¡Y mira los problemas que causaron!

—¡Las mujeres extranjeras están malditas por Dios!

—¡Apartaron el corazón de nuestros hombres del Señor!

—*¡Basta!* —exclamó Noemí—. ¿Debería yo amputar lo que Dios ha injertado? Rut decidió venir conmigo. Le dio la espalda a su padre, a su madre y a sus hermanos y hermanas, a todo lo que conocía, para venir a Belén y adorar a Dios conmigo.

Todas se quedaron calladas por un momento, pero Rut sabía que las palabras no lograrían convencer a estas mujeres de que era digna de ser aceptada. Tendría que vivir una vida ejemplar ante ellas para que creyeran que había preferido a Noemí antes que a sus padres, y a Dios por encima de los ídolos de su pueblo. Tiempo. Llevaría tiempo.

—Regresaste a tiempo para la Pascua, Noemí. Es bueno tenerte de vuelta entre nosotros.

Y habiendo dicho eso, las mujeres comenzaron a dispersarse, dejando a Rut y a Noemí solas junto al pozo.

Rut lloraba suavemente.

—Te he avergonzado. Por mi presencia, tu regreso a casa ha sido más difícil aun de lo que podría haber sido.

—No —dijo Noemí con cansancio—. Ellas recuerdan cómo era yo antes de irme. A mi esposo le iba bien y yo tenía motivos para estar contenta. Podía reír y cantar con ellas. Ahora, mi desdicha las incomoda. Piensan que, si me sucedió a mí, podría sucederles a ellas. No es un pensamiento reconfortante.

—Volverás a reír y a cantar con ellas, madre.

Noemí sacudió la cabeza.

—No esperaba encontrar a nadie —dijo en voz baja—. Pero esto... —Inclinó el cuello mirando fijo el suelo—. Nadie nos ofreció siquiera un poco de pan o un trago de vino diluido.

—Por mi causa.

—¿Cargarás con toda la culpa? Yo residí en Moab durante veinte años. Viví entre adoradores paganos y abrí mi hogar a las mujeres extranjeras con las que se casaron mis hijos. A los ojos hebreos, yo estoy tan contaminada como tú. Tal vez más, porque yo *sabía cómo debían ser las cosas*. —Los ojos de Noemí se llenaron de lágrimas—. Ay, querida mía. Tú eres una bendición de Dios para mí. No seremos bien recibidas en sus casas, Rut. Así son las cosas. Tendremos que valernos por nuestros propios medios. —Las lágrimas se derramaron por sus mejillas—. Y mañana es la Pascua. Se me olvidó. ¿Cómo pude olvidar un día tan importante? El festival más importante de mi pueblo, y yo…

Rut la abrazó. La mantuvo muy cerca y la acarició como si fuera una niña herida, todo el tiempo consciente de que varias mujeres las observaban desde la puerta de sus casas. Cuando Noemí logró dominar sus emociones, Rut siguió abrazándola protectoramente.

—Encontraremos algún lugar donde quedarnos, madre. Todo nos parecerá mejor luego de descansar bien durante una noche.

Rut tomó una moneda del pequeño escondite que tenía en las profundidades de su bulto, pero cuando se la ofreció al mesonero de las afueras del pueblo, él negó con la cabeza. «No hay lugar en la posada para ti».

Cuando Rut se dio vuelta, vio cuán demacrada y abatida estaba Noemí. Realmente, Noemí era «Mara», pues Rut nunca la había visto tan amargada.

—Seguiremos un poco más —dijo Rut—. Habrá otro lugar más adelante en el camino.

Pero no había. Cuando pasó la mañana, Rut se dio cuenta de que no había lugar para ellas en ningún sitio de Belén.

—Hemos dormido bajo las estrellas antes —dijo, tratando de mantener la esperanza por el bien de su suegra.

—El terreno que pertenecía a mi esposo no queda lejos de aquí —dijo Noemí, mientras caminaban más allá de los límites del pueblo—. Por ahí, hay cuevas. Los pastores las usan como rediles para sus ovejas durante los meses invernales, pero en esta época los rebaños no están. Tendrán contratos con los hacendados para pastar en sus campos después de la cosecha.

Las cuevas más grandes todavía estaban ocupadas por miembros de las familias de los pastores. Dejar una cueva abandonada era una invitación directa para que los desamparados se apoderaran de ella. Pero no muy lejos había una cueva que estaba vacía; no era tan grande para usarse como redil, pero lo suficientemente grande para proteger del clima a dos mujeres cansadas y solas. Noemí entró y echó un vistazo mientras Rut desempacaba las esterillas y sus pocas pertenencias.

Los días difíciles del viaje habían terminado, pero Rut se daba cuenta de que el dolor de su suegra era más profundo e intenso ahora de lo que había sido

durante los extenuantes días de su viaje. Su suegra había soñado muchos años con volver a casa, solo para encontrarse en un entorno tan miserable, sin más que la ropa que traía encima y apenas unos artículos de primera necesidad: un brasero, una manta y agua. La noche estaba llegando. Iba a hacer frío. Les quedaba poca comida y ningún pariente que se compadeciera de ellas.

Noemí se metió más adentro de la cueva y se sentó con la espalda apoyada contra la roca, mirando fijo hacia la penumbra. Tenía el rostro colmado de desesperación. Rut se preguntaba si estaría recordando cómo habían sido las cosas antes de que ella, su esposo y sus hijos se fueran de la ciudad. ¿Sentiría remordimientos y culpa, además de afligirse por sus pérdidas?

«Me fui llena, pero el Señor me ha traído a casa vacía...», había dicho en el pozo.

Rut miró hacia afuera y se preguntó cómo habría sido cuando Mahlón era pequeño. Los recuerdos de su esposo la abrumaron. Pobre Mahlón. Era tan joven cuando murió; todas sus esperanzas y sus sueños murieron con él y ningún hijo llevaría su nombre. Pero no podía permitir que esos pensamientos la mortificaran. Solo la debilitarían y así no sería útil para Noemí, quien la necesitaba desesperadamente. Era bueno ser necesaria y útil.

Tomó aliento.

—Es primavera, madre. ¿Sientes el aroma de las flores?

—No tenemos lo necesario para celebrar la Pascua —dijo Noemí sombríamente.

—Volveré a Belén y compraré todo lo que nos hace falta.

—¿Con qué? ¿Mendigarás? ¿Te prostituirás? Ellos no te darán nada. Ya viste cómo te miraron. Sabes cómo se comportaron.

—Nos quedan algunas monedas.

Noemí la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y qué haremos cuando se nos acaben?

—El Señor nos ayudará.

—¡El Señor se olvidó de nosotras! —Noemí recorrió la cueva con la vista—. ¡Se olvidó de mí! —Se cubrió el rostro con el chal y lloró amargamente.

Rut apretó fuertemente los labios hasta que estuvo segura de que no se pondría a llorar con ella. Tenía que ser dulce pero firme.

—Estamos en casa, madre. Estamos de vuelta en tu pueblo. Dios *sí* nos ayudará. Nos ayudó a llegar aquí y nos ayudará a sobrevivir. —Apoyó su mano

sobre la rodilla de Noemí—. Dijiste que debíamos confiar en Dios y eso haremos. Dijiste que debíamos amarlo con todo nuestro corazón, nuestra alma y nuestras fuerzas. Y así lo haremos. —Su voz se quebró suavemente—. Ahora, por favor, dime: ¿qué necesitamos para la Pascua?

Noemí bajó el chal y descubrió su rostro impregnado de lágrimas.

—No puedo ni recordarlo, Rut. Pocos años después de mudarnos a Moab, Elimelec dejó de celebrar los días festivos del Señor. Y yo no pude.

Rut se sentó al lado de ella, le tomó la mano y se la acarició.

—Ya lo recordarás. Dime cómo era en tu niñez.

Mientras Noemí hablaba, se relajó y recordó.

—Necesitaremos una pierna de carnero, hierbas amargas, una cebolla, una vela y grano. El Festival de los Panes sin Levadura comienza al día siguiente. Se necesitará todo lo que...

—Tenemos lo suficiente.

—¿Qué haremos cuando ya no tengamos nada?

—Vivamos solo este día. Dios se ocupará del día de mañana.

Noemí sacudió la cabeza, llorando.

—¿Dónde aprendiste semejante fe?

Rut le sonrió:

—¿Dónde más? De ti.

Rut regresó a Belén, compró lo que necesitaban con las pocas monedas que le quedaban —las monedas que habían adornado su tocado de novia— y volvió. Cuando caminaba por el pueblo, llenó el odre con agua.

El agua era gratis.

***

Al día siguiente a la Pascua, Rut le dio a Noemí lo último del grano tostado.

—Volveré a Belén a comprar algunas provisiones.

—¿Con qué? No tenemos nada.

—Tengo esto. —Se quitó dos brazaletes delgados de oro.

—Oh, no. ¡Mahlón te los regaló!

—Mientras viva, jamás olvidaré a Mahlón. —Besó la pálida mejilla de Noemí—. ¿Querría tu hijo que pasáramos hambre? Ahora, descansa. Volveré lo antes que pueda.

Durante todo el camino, la preocupación atormentó a Rut. ¿Cómo haría para mantener a su suegra cuando el dinero se terminara y no le quedara nada para vender? Mientras caminaba hacia el mercado, oró incesantemente. *Señor, no sé qué hacer. Ayúdame a cuidar a mi suegra.* Rut regateó con cuatro comerciantes hasta que consiguió el precio que quería por sus brazaletes. Luego, regateó más aún para rebajar el precio de unos dátiles, de una tinaja de aceite de oliva, un efa de grano tostado y una manta extra para Noemí, que había tiritado durante la noche. Sus compras le costaron todo lo que tenía.

Sabía que otras mujeres en su misma situación habrían recurrido a la prostitución, pero ella prefería morir que causar semejante humillación a sí misma o a Noemí. ¿No les quedaría otro recurso que sentarse a la puerta de la ciudad a mendigar limosna? Ella era joven y su condición física era buena. Quizás podría venderse como esclava y darle el dinero a Noemí. Pero ¿qué sería de Noemí cuando se le acabaran los veinte siclos? Tenía que haber otra manera.

Señor, ¿qué debo hacer? Haré cualquier cosa que se ajuste a Tu ley por el bien de Tu sierva Noemí. Pero apenas tenemos lo suficiente para mantenernos unos días más. Muéstrame la manera de mantener a mi suegra sin causarle más vergüenza.

Cuando Rut se detuvo junto al pozo para recargar el odre, vio que varias mujeres decoraban las puertas de sus casas. Aunque miraron varias veces hacia donde ella estaba, ninguna la saludó. Rut cambió de mano las cosas que llevaba para poder cargar el odre con agua y emprendió el camino de vuelta hacia la cueva.

—Las mujeres estaban colgando guirnaldas de hojas —le dijo a Noemí cuando llegó.

—Están preparándose para el Festival de la Primera Cosecha.

—¿Hay muchos festivales? —Se preguntó Rut en voz alta. En silencio, se preocupó por cómo proveería lo necesario. *Ay, Señor, Señor, ¿qué debo hacer? Ya estoy derrotada.*

—Siéntate un rato conmigo y te hablaré de las festividades del Señor —dijo Noemí.

Rut se sentó en la entrada de la cueva pequeña, donde podía protegerse del sol.

—Llegamos a Belén en la época que celebramos cuatro festivales del Señor —dijo Noemí—. Hay siete festivales anuales. Ya hemos celebrado la Pascua y ahora estamos empezando los seis días del Festival de los Panes sin Levadura. La cebada

es el primer cultivo que debe ser cosechado y ya está lista para ser recogida; por eso, las mujeres están haciendo los preparativos para el tercer festival, el Festival de la Primera Cosecha. Elegirán hombres para que corten los tallos de cebada para la procesión. Llevarán los tallos al sacerdote, quien los presentará ante el Señor. Cincuenta días después de eso, celebraremos el cuarto festival, el Festival de las Semanas, cuando comenzará la cosecha del trigo. Hornearemos dos hogazas de pan con harina fina y levadura para que el sacerdote los presente al Señor en el lugar santo.

El trigo era muy costoso. Rut desvió la mirada porque no quería que su suegra sospechara su angustia. Noemí no debía saber cuán grave era su situación. Solo le causaría más aflicción.

—Después, habrá tres festivales más para el Señor —dijo Noemí—. El Festival de las Trompetas, el Día del Perdón y el Festival de las Enramadas. —Siguió explicando.

Rut trató de mantenerse atenta y absorber todo lo que Noemí estaba enseñándole, pero era demasiada información para su cabeza, que estaba enturbiada por las preocupaciones. Dentro de cincuenta días, ella y Noemí no tendrían que preocuparse por preparar el banquete porque estarían muertas de hambre. No le quedaba nada por vender, no tenía manera de ganar dinero ni oportunidad alguna de trabajar. No habría trigo para hacer los panes para el Señor, mucho menos para comer.

—La ley guía nuestra vida —dijo Noemí—. Cuando nos alejamos, el Señor nos disciplina. Como he sido disciplinada yo.

Rut quería cubrirse el rostro y llorar. En lugar de eso, se quedó sentada en silencio, mirando hacia afuera y ocultando su agitación interna. *Oh, Señor, Señor…* Ni siquiera sabía cómo orar. Quizás hubiera palabras especiales, abluciones, ofrendas, *algo* que ayudara a que su oración fuera escuchada. *Oh, Dios, ten misericordia. Quiero agradarte. Quiero servir a esta mujer a quien amo y quien Te ama tanto. Por favor, Te lo suplico. Muéstrame qué hacer.*

Noemí extendió la mano.

—¿Ves este campo improductivo? Alguna vez estuvo repleto de trigo. Elimelec lo trabajó con sus propias manos y la tierra prosperó. Recuerdo cómo el viento soplaba suavemente sobre los tallos; parecía que el campo se movía en olas doradas. Teníamos mucho. La vida era muy buena. Durante aquellos primeros años había tanto que a Elimelec no le molestaban los cosechadores. No fue hasta un tiempo después que empezó a no dejarlos venir a trabajar, sino que juntaba cada tallo hasta el límite de su tierra. —Noemí frunció el ceño—. Quizás fue por eso que…

—¿Cosechadores? —Rut se inclinó hacia adelante.

Noemí se recostó contra la piedra.

—El Señor ordenó que nadie cosechara hasta los bordes o las esquinas de su campo. El grano que crece ahí se deja atrás para que lo recojan los pobres. —Volvió a mirar hacia el campo, preocupada y perdida en sus pensamientos—. Cuando todo se hace de acuerdo con lo que indica el Señor, nadie pasa hambre.

Rut cerró los ojos, aliviada, y bajó la cabeza. *Oh, Jehová, realmente eres un Dios de misericordia*. Su corazón se llenó de gratitud y se le cerró la garganta con lágrimas ardientes. No se había dado cuenta de lo asustada que había estado por el futuro hasta este momento, cuando sintió que renacía la esperanza. ¡Dios no las había abandonado! Casi se rio de su ignorancia. Había crecido en una ciudad y no sabía nada sobre las costumbres de los agricultores. Se había criado bajo la sombra de Quemos, un dios falso que recibía y nunca restituía nada. Y ahora, aquí estaba el Dios que amaba a Su pueblo y que proveía para ellos... hasta para los más pobres, los abatidos y los de espíritu quebrantado.

Ciertamente, Jehová, ¡eres un redentor compasivo y un protector benévolo! Debería haber recordado cómo nos protegiste a cada paso del viaje desde Kir-hareset, cruzando las montañas hasta Belén. Perdóname, Señor; perdona a Tu sierva insensata. ¿Cómo pude creer que nos traerías tan lejos solo para dejarnos morir de hambre?

Sonriendo, Rut levantó la cabeza y se llenó los pulmones de aire, con el corazón hinchado de gratitud y de una rara sensación de completa libertad.

***

Y las mujeres decían...

—Pobre Noemí. ¿Recuerdan cómo se reía y se sentía tan segura?

—*Demasiado* segura, si me lo preguntas.

—Elimelec no fue el único hombre que quiso casarse con ella.

—¿Recuerdan lo guapo que era?

—Noemí tiene un año menos que yo y parece tan vieja.

—Y está tan flaca.

—El luto hace eso. Un marido y dos hijos muertos. Vaya.

—Dios debe estar castigándola.

—Lo único que se ganó por estar todos esos años en Moab es esa muchacha que vino con ella.

—Que luce tan extranjera.

—Con esos ojos tan oscuros.

—Han oído de las mujeres moabitas…

—No, ¿qué escuchaste?

Se juntaron más, susurrando, haciendo ruidos de sorpresa, sacudiendo la cabeza.

—Noemí debería enviar de vuelta a esa muchacha a Moab donde pertenece. Aquí no queremos a las de su tipo.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero ¿quién de nosotras acogerá a Noemí?

—Bueno, ¡yo no puedo!

—Yo tengo apenas para alimentar a mi propia familia.

—Yo no tengo lugar.

—Entonces, ¿qué sucederá con ella?

—Dios la cuidará.

***

Al día siguiente del Festival de la Primera Cosecha, Rut se levantó y le pidió permiso a Noemí para salir a los campos a recoger el grano sobrante.

—No todos te recibirán bien, Rut —le dijo Noemí, alarmada.

—Pero la ley permite…

—No todos le hacen caso a la ley. Mi esposo y mis hijos…

—Debo ir, madre. Es la única manera.

—Pero tengo miedo por ti. En los campos hay hombres que intentarán aprovecharse de ti. No verán nada malo en abusar de una moabita.

—Entonces trabajaré al lado de las mujeres.

—Ellas no serán mejores. No sé qué haría si algo te sucediera.

Rut la abrazó y la besó.

—Oraré y le pediré a Dios que me cuide, que Él sea mi escudo protector. —Sonrió mirando a Noemí a los ojos, que evidenciaban su temor—. Tal vez Dios me lleve al campo de algún hombre amable que me permita recoger el grano suelto que dejen sus cosechadores. Ora por eso.

—Tienes que estar alerta.

—Lo haré.

—No le des la espalda a nadie.

—Tendré cuidado.

—Está bien, hija mía, ve —dijo Noemí al fin.

Rut anduvo por el camino y entró al primer campo donde unas recolectoras estaban trabajando, pero no se quedó más que unos minutos. Una recolectora le arrojó una piedra. Rut lanzó un grito cuando la piedra la golpeó en la mejilla. Salió del campo rápidamente a tropezones, mientras escuchaba que las mujeres gritaban: «¡Sal de aquí, ramera moabita! ¡Vuelve a tu tierra!». Conteniendo la sangre que chorreaba de su mejilla, Rut siguió caminando. Las cosechadoras del campo siguiente no fueron más amables.

—¡Ramera moabita! ¡Vuelve con tu gente y no te metas a nuestros campos!

—¡Y mantente lejos de nuestros hombres!

Cuando estaba entrando en otro campo, los obreros la miraron lascivamente.

—¡Ven aquí, bonita! —le gritó un capataz—. Necesito un revolcón en el heno. —Los otros hombres se rieron a carcajadas.

Rut volvió rápidamente al camino con el rostro encendido, mientras los hombres y las mujeres se reían. Siguieron gritándole insultos y haciéndole bromas sobre las moabitas mientras ella se alejaba corriendo.

Caminó y caminó, pasando por campos de trigo que aún no estaban listos para la cosecha. Finalmente llegó a otro campo de cebada, donde los hombres tenían las túnicas aprestadas para el trabajo y ejercían sus guadañas. Las mujeres iban detrás de ellos, juntando los tallos de cebada y atándolos en gavillas. No había cosechadoras. Desalentada, Rut se preguntó si eso era una seña de la actitud del dueño hacia los desamparados. Solo esperaba que la ausencia de cosechadoras fuera por la distancia considerable que había desde este campo hasta Belén. Miró alrededor con cautela. Seguramente el dueño del campo tenía algo de compasión, pues había construido un refugio para que sus trabajadores pudieran descansar. Algunos hombres y mujeres que estaban en el campo cantaban mientras trabajaban.

Tragándose el miedo, Rut se acercó al encargado que estaba de pie cerca del refugio. Era un hombre alto y de complexión fuerte, con un semblante solemne. Con las manos apretadas y la mirada hacia el suelo, Rut se inclinó ante él.

—Mis respetos, señor.

—¿Qué quieres, mujer?

Con el corazón palpitándole fuertemente, ella se incorporó y vio cómo la recorría seriamente con la mirada. ¿Le negaría el derecho a espigar porque era extranjera?

—He venido a pedirle permiso para recoger los tallos que dejan los cosechadores. —Si era necesario, se lo suplicaría.

Frunció el ceño y se quedó callado, considerando lo que le había pedido. Luego, asintió y señaló:

—Encontrarás más grano para ti si recoges en las esquinas y al borde del campo.

Una sensación de alivio recorrió el cuerpo de Rut. Soltó el aliento bruscamente y sonrió.

—¡Gracias, señor! —Se agachó nuevamente—. ¡Gracias!

Él parecía tan sorprendido, que ella se sonrojó y enseguida volvió a bajar la cabeza.

—Mantente alejada de los trabajadores —dijo él cuando ella se iba.

—Sí, señor. —Hizo una reverencia nuevamente—. Gracias por su bondad, señor. — Mientras se alejaba aprisa, sintió que él se quedaba observándola. Las segadoras notaron su presencia cuando se iba apresuradamente al extremo más alejado del campo. Una mujer que recogía las espigas que dejaban los segadores la miró y le sonrió. Nadie la insultó ni le arrojó una piedra. Nadie le gritó propuestas indecentes ni ofensas. Los trabajadores de este campo la dejaron tranquila. Siguieron con sus propias tareas y se pusieron a cantar otra vez.

Aliviada y agradecida, Rut empezó a trabajar. Sin herramientas, tuvo que desprender las espigas de cebada con las manos. Pronto sus dedos se llenaron de ampollas. Trabajó hora tras hora mientras el sol caía, ardiente e intenso. Se sintió mareada por el calor y el esfuerzo y se sentó a la sombra de un árbol cerca del hito de piedra hasta que hubo descansado lo suficiente para volver a trabajar. *Seré como la hormiga, que almacena provisiones de grano durante los meses de la primavera y el verano para tener comida para pasar el invierno,* pensaba, sonriendo mientras trabajaba. Cada hora era importante, y se abocó al trabajo, agradecida de que le hubieran otorgado la libertad para hacerlo.

Las canciones de las segadoras le levantaban el ánimo. «La tierra es del Señor en toda su plenitud… el creador del cielo y de la tierra… soberano sobre todas las cosas… quien nos liberó del faraón… santo es Tu nombre…».

Rut tarareaba mientras trabajaba, y cuando aprendió la letra, cantó con ellas.

***

Booz había revisado el trabajo en todos sus campos de cebada, excepto uno. Iba a caballo por el camino, levantando la mano para saludar a quienes reconocía que supervisaban o trabajaban en los campos. Algunos ancianos sentados junto a la puerta hicieron un gesto con la cabeza al verlo, preguntándose por qué siempre sentía la necesidad de pasar tanto tiempo en los campos con sus obreros. Sus encargados le habían demostrado que podía confiar en ellos. ¿Por qué no dejaba la tarea en sus manos y se sentaba a conversar con los de su posición? Ellos nunca entenderían por qué disfrutaba de ser parte de la cosecha y no se limitaba a aparecer para la celebración al final.

Él había trabajado en los campos de su padre cuando los cultivos se multiplicaron cuatro veces. Y había trabajado en los campos de joven, cuando el hambre azotó el país. De seguro, había sido gracias a la misericordia de Dios que él prosperaba, mientras que otros pasaban días difíciles. Muchos habían vendido sus tierras y se habían marchado a buscar una vida mejor a otras partes. En lugar de arrepentirse y volverse a Dios, cayeron en la desesperación y siguieron adelante, orgullosos y tercos mientras se postraban frente a los baales y Asera.

Elimelec se había ido de esa manera. Booz había tratado de hacerlo entrar en razón, pero el hombre nunca había escuchado a nadie, ni siquiera a un familiar cercano.

—¿Para qué sirve la Tierra Prometida, cuando no produce grano? —El razonamiento de Elimelec no parecía ver que Dios les había dado la espalda porque Su propio pueblo le había sido infiel.

—Deja de postrarte ante los baales y quédate aquí, Elimelec. Piensa qué es lo mejor para tus hijos. Trabaja tu tierra. Seguramente, si le eres fiel, el Señor te bendecirá —lo había exhortado Booz.

—¿Fiel? Le he entregado los sacrificios. Le he dado ofrendas.

—Lo que Dios desea es un corazón contrito.

—¿Por qué debería estar contrito cuando he hecho todo lo que se suponía que debía hacer? ¿De qué me sirvió? Aquí estás, Booz, pensando que eres mejor judío que yo. Lo único que tienes mejor que yo es esa tierra.

Elimelec nunca logró ver sus bendiciones.

Booz no quería pensar en el pasado, pero ahí estaba, removiendo sentimientos olvidados en su interior, sentimientos que creía haber asfixiado a fuerza de trabajar arduamente. Pero eran como el hisopo que crecía de la pared de piedra. ¿De qué le servía repasar las palabras duras que se habían dicho veinte años atrás? ¿De qué le servía revivir el dolor y la frustración de tratar de ayudar a otro antes de que atrajera el desastre sobre sí mismo? Elimelec no pudo reconocer con cuántas riquezas lo había bendecido Dios, aun durante los años del hambre. Había sido poderosamente bendecido, pero estaba ciego para verlo. Booz había tenido charlas extensas y duras con él, y lo único que había conseguido era una relación rota y rencor de parte de su primo. Después de todos los años que habían

pasado, Booz aún recordaba como si hubiera sido esa misma mañana la vez que se quedó parado junto a la puerta de la ciudad, viendo que Elimelec se llevaba de Belén a Noemí y a sus dos hijos.

Ah, Noemí, la dulce y enérgica Noemí…

Él lloró ese día, aunque nadie sabía hasta qué punto llegaba su tristeza.

Desde entonces, el Señor había derramado abundancia de bendiciones en sus manos, tanta abundancia que, naturalmente, rebosó hacia otras personas necesitadas. Los largos años se llenaron de propósito y de gratitud, aunque no de la alegría que él esperaba. Siempre tenía más de lo que necesitaba y sabía que debía agradecérselo a Dios. A pesar de que el Señor le había negado lo único que le había pedido tan fervientemente en oración, Booz alababa Su nombre. Dios era soberano, y no le correspondía al hombre cuestionar ni entristecerse por lo que no podía tener. Booz se contentaba con aceptar su vida tal como era, y le daba gracias a Dios por ella.

Cuando dobló en la curva, Booz vio el campo de grano maduro que se extendía ante él. Los obreros cantaban mientras trabajaban. Booz sonrió, pues quería que sus siervos fueran felices en su trabajo y no que solo hicieran las cosas para recibir el sustento necesario para vivir. La vida debía ser abundante, y él hacía lo posible para que fuera así para quienes trabajaban para él. Ciertamente la satisfacción que los hombres y las mujeres obtenían de la comida, de la bebida y del trabajo de sus manos era un don de la mano de Dios.

Una mujer joven trabajaba en el rincón más alejado de su campo. Nunca antes la había visto, pero por su ropa supo que no era una de las mujeres de su pueblo. Una moabita. La mayoría de las cosechadoras se quedaban a una distancia fácil de recorrer a pie desde la ciudad. ¿Por qué ella había venido tan lejos? Bajó del caballo y lo ató cerca del refugio.

—Buen día, Samas. El trabajo va bien, por lo que veo.

—Así es, Booz. La cosecha es mejor que la del año pasado.

—¿Quién es la muchacha que está allá?

—Es la joven moabita que volvió con Noemí. Esta mañana me pidió si podía recoger grano después de los segadores. Ha estado trabajando duro desde entonces, excepto por unos minutos que descansó ahí en el refugio.

¡La nuera de Noemí! Había oído hablar de ella poco después de que las dos mujeres llegaran a Belén. La gente seguía hablando de la moabita desde entonces.

—Ha recorrido un largo camino para espigar.

—Se veía como si la hubiera pasado bastante mal en otro campo.

Booz lo miró:

—Entonces, hizo bien en venir aquí. —Apoyó su mano sobre el brazo de Samas y sonrió—. Habla con los jóvenes y asegúrate de que nadie la moleste. —Salió al campo, se paró en medio de sus siervos y les habló—: ¡Que el Señor esté con ustedes!

—¡Que el Señor lo bendiga! —dijeron ellos a su vez.

Cuando se dirigió a la joven que estaba en la esquina del campo, ella dejó de trabajar e inclinó la cabeza con respeto. No lo miró a los ojos; más bien, lo saludó como una esclava saludaría a su amo. Le demostró un respeto poco común. El corazón de él se enterneció cuando vio que los tallos de cebada que tenía en la mano temblaban ligeramente.

—Escucha, hija mía —dijo suavemente—, cuando recojas grano, quédate aquí con nosotros; no vayas a otros campos. Mantente detrás de las mujeres que trabajan en mi campo. Fíjate qué parte del campo están cosechando y síguelas. Les advertí a los jóvenes que no te molesten. Y cuando tengas sed, sírvete el agua que sacan del pozo.

Ella levantó la mirada, sorprendida.

—Gracias. —Su sonrisa la volvió muy bella.

Cuando la miró a los ojos, tuvo una sensación extraña en el pecho. *Vamos, ¿qué es esto?* Se sintió súbitamente avergonzado por la atracción que sintió por ella, pues tenía más del doble de su edad.

—¿Por qué es tan amable conmigo? —le preguntó con su dulce voz ronca y con acento—. No soy más que una extranjera.

Y, por lo que podía verse, la habían tratado como tal, porque tenía un moretón y una abrasión en la mejilla.

—Sí, lo sé. Pero también sé sobre el amor y la bondad que le has demostrado a tu suegra desde que murió tu esposo. —Su voz se hizo más profunda con las emociones que surgieron—. He escuchado que dejaste a tu padre y a tu madre y tu tierra natal para venir a vivir aquí, entre gente completamente desconocida. Que el Señor, el Dios de Israel, bajo cuyas alas viniste a refugiarte, te recompense abundantemente. —De seguro, el Señor había mostrado gran misericordia a quienes le pertenecían. Como había sido siempre con Noemí. Y ahora, con esta joven.

Las mejillas de Rut se sonrojaron.

—Espero seguir agradándole, señor —replicó ella—. Me ha consolado al hablarme con tanta bondad, aunque no sea tan digna como sus trabajadoras.

Notando su moretón nuevamente, le preguntó con delicadeza:

—¿Alguien te golpeó?

Ella frunció el ceño y pareció sobresaltarse. Instintivamente levantó la mano para cubrirse la marca y bajó la cabeza como para ocultarla.

—Es solo una piedrita. No me lastimó mucho. Supongo que era de esperarse.

Como si eso justificara semejante forma de tratarla.

—Será mejor que no haya sucedido en *mi* campo —dijo él de manera amenazante.

—Oh, no fue aquí —se apuró a decir ella—. Nadie me ha molestado desde que llegué.

Booz se entristeció de que alguno de sus vecinos la tratara con tanta crueldad.

Quería que se sintiera segura, pero no quería que ella malinterpretara sus intenciones. Era una joven atractiva y, sin duda, habría recibido las atenciones de hombres mucho más jóvenes que él.

—Siéntete cómoda entre nosotros, Rut. Aquí estás a salvo.

La dejó trabajar y, mientras se alejaba, pensó que el joven Mahlón había sido excepcionalmente sabio al elegir a esa muchacha por esposa. No todas las mujeres extranjeras eran una maldición

sobre los hombres hebreos, apartándolos del Dios verdadero para que se dedicaran a la adoración lasciva y pagana. Algunas extranjeras se habían injertado en el pueblo escogido por Dios por medio de su gran fe.

Su madre, Rahab, había sido una de ellas. Había recibido a los dos espías hebreos en su casa en la muralla de Jericó. Desinhibidamente había declarado su fe en Jehová, el Dios de los hebreos. Había arriesgado su vida para alinearse con Dios y con Su pueblo. Uno de esos espías había sido su padre, Salmón. Y Dios había bendecido a ambos padres, porque se habían amado el resto de sus vidas.

Sin embargo, Dios le había advertido a Su pueblo sobre las desgracias que causaba unirse con extranjeros. Con demasiada facilidad, los hombres dejaban que las artimañas de las mujeres los apartaran de Dios. Pero ¿qué significaba ser extranjero? Seguramente esta joven moabita era parte del pueblo de Dios. Había declarado su fe al darle la espalda a la vida en Moab y venir a Belén con Noemí. Esta muchacha era como la madre de Booz, quien había sido una roca firme de fe entre una montaña de gravilla suelta. Booz solía preguntarse si no era la fe —y no solo la sangre hebrea— lo que proclamaba que uno era elegido por Dios. Pues verdaderamente era, y siempre había sido, Dios quien seleccionaba a quienes le pertenecería.

Pero quizás se trataba simplemente de la vieja herida que surgía en su interior, y Booz estaba racionalizando y justificando la elección de su padre. Incluso después de todos los años transcurridos, sentía el dolor del rechazo. ¿Acaso no lo habían rechazado como pretendiente por ser mitad cananeo? Entre los del pueblo

de Dios había quienes creían que el linaje de Abraham era lo único que contaba para ser justo y que la fe era una mera consecuencia de la sangre.

Booz se detuvo un momento al borde de su campo y contempló a la joven que espigaba detrás de sus segadoras. Recogía un tallo aquí, otro por allá, y los sostenía en sus brazos. Su ropa comunicaba que era una joven de ciudad. Sin embargo, estaba aquí en el campo, realizando una tarea agotadora bajo el calor del sol, agradecida de tener la oportunidad de hacerlo. ¿Y para qué trabajaba tanto? Para mantener a su suegra hebrea. ¿Haría alguna de las jóvenes de su propio pueblo semejante acto por alguien que no fuera del linaje de Abraham?

Algo se agitó en su interior, una mezcla de dolor y de placer al mismo tiempo. ¿Cuánto hacía que no sentía este anhelo? Se rio de sí mismo y se dio vuelta.

Qué pena que Rut fuera tan joven y él, tan viejo.

***

Rut escuchó que una voz masculina la llamaba por su nombre. Cuando levantó la mirada, vio a Booz parado frente al refugio, haciéndole señas para que se acercara.

—Ven aquí y sírvete un poco de nuestra comida. Puedes mojar tu pan en el vino si gustas.

Su corazón latió fuertemente mientras cuidadosamente armaba una gavilla con lo que había espigado y lo dejaba donde había estado trabajando. La sorprendía que un hombre de su posición le prestara atención a una extranjera sucia y sudorosa y, mucho más, que la invitara a compartir una comida con sus trabajadores. Antes de entrar en el refugio, se lavó las manos en el agua provista. La cohibían las miradas curiosas de sus trabajadores. Los hombres la examinaron desde el dobladillo de su vestido hasta la punta de su cabeza, mientras las mujeres murmuraban entre ellas.

—¿Puedo sentarme aquí? —preguntó al ver un lugar libre entre las criadas.

La muchacha más cercana se movió.

—¿Podría decir que no, cuando el amo te ha invitado?

Rut se ruborizó. Cuando tomó asiento, notó cómo se movió nuevamente la muchacha, distanciándose más de ella. Mientras Booz bendecía la comida, ella cruzó las manos sobre su regazo, inclinó la cabeza y cerró los ojos. Cuando terminó, los que la rodeaban se pusieron a charlar nuevamente. No hicieron ningún intento por incluirla en su conversación, ni ella esperaba que lo hicieran. La sorprendió ver que el amo les servía personalmente a sus trabajadores. Cuando Booz llegó a ella, le dio una doble ración. Rut levantó la vista, sorprendida, y lo vio fruncir el ceño al observar sus manos. Ella las retiró y volvió a entrelazarlas debajo de la mesa. ¿Había quebrantado alguna norma de buena educación? Cuando se atrevió a levantar la vista, los demás miraron hacia otro

lado y hablaron entre sí. Estaba tan hambrienta que el estómago le rugió fuertemente y se sintió más avergonzada aún. Booz le había dado más que suficiente para satisfacer su hambre. Guardó la mitad de su doble ración de pan en el chal para Noemí, y luego partió una parte de la segunda ración y la mojó en el vino.

Poco a poco, los susurros de curiosidad disminuyeron en la medida que las mujeres a su alrededor charlaban y reían, al igual que los jóvenes que estaban en la otra parte del recinto.

Rut observó discretamente a Booz, quien estaba sentado con su encargado. A pesar de la desigualdad social que había entre ellos, hablaban con la comodidad de los buenos amigos. El encargado era lo suficientemente joven como para ser hijo de Booz. Era un hombre atractivo, fornido, y de cabello y ojos oscuros. Booz era simple. Su cabello y su barba tenían mechones grises; los dos bucles gruesos en sus sienes eran blancos. No era atractivo de ninguna manera que llamara la atención. Sin embargo, su bondad hacía que el corazón de Rut se enterneciera por él. Sus cuidados cariñosos la conmovían en lo profundo de su ser. Cuando él giró brevemente la cabeza y la miró, ella bajó la vista nuevamente. No era apropiado que estuviera observando a ningún hombre, mucho menos a uno que estaba tan por encima de su condición. Cuando desvió la mirada, se dio cuenta de que varios jóvenes la observaban sin disimulo. Uno le sonreía ampliamente. Ella apartó la vista rápidamente para que se diera cuenta de que su atención no era bien recibida.

Después de comer no se entretuvo con los demás, sino que volvió rápidamente al campo, a recoger grano en el rincón alejado donde no pudiera irritar a las criadas ni atraer el interés no deseado de los segadores.

***

Booz llevó a Samas a un costado antes de que los segadores volvieran a los campos.

—Los jóvenes se han fijado en la moabita.

Él rio suavemente.

—Cualquier hombre vivo se fijaría en ella.

—Encárgate de que nadie se aproveche de ella.

La sonrisa de Samas se desvaneció.

—Por supuesto. —Asintió.

Booz apoyó una mano sobre el brazo del encargado.

—Yo sé que no permitirías que la maltrataran, pero hay algunos, incluso entre nuestros trabajadores, a quienes evidentemente los perturba la presencia de una moabita.

—Las muchachas. —Torció la boca.

Booz le quitó la mano del brazo.

—¿Te diste cuenta de que tenía los dedos en carne viva y sangrantes?

Frunciendo el ceño, Samas miró al campo, hacia donde Rut estaba trabajando.

—No tiene las herramientas para este trabajo.

—Precisamente. Cuando me vaya, ve allá y dile que recoja detrás de los obreros. Dale a esta mujer el tiempo y la oportunidad de demostrar lo que vale.

Luego, Booz convocó a los hombres más jóvenes. Cuando se reunieron alrededor de él, miró a cada uno a los ojos.

—Todos han notado a la joven espigadora que está entre nosotros. Se llama Rut y trabaja para mantener a su suegra, Noemí, la esposa de nuestro hermano Elimelec. Déjenla recolectar grano directamente entre las gavillas y no se lo impidan. Y arranquen algunas cabezas de cebada de las gavillas y déjenlas caer a propósito para ella. Déjenla recogerlas ¡y no la traten mal! Cualquier cosa que le hagan a esta joven, me la hacen a mí.

Advertidos de esta manera, los segadores volvieron al campo. Booz montó su caballo.

—Quédate tranquilo en cuanto a la moabita, Booz —dijo Samas—. Todo se hará de acuerdo con tu voluntad.

Booz echó un vistazo a su campo, a los segadores y los cosechadores que cortaban y juntaban las gavillas. Amaba a los suyos, y quería que se comportaran honradamente con los menos afortunados. Rut trabajaba sola.

—Quizás Dios haga brillar Su rostro sobre ella y le dé un esposo joven entre nuestra gente. —Miró a Samas y sonrió—. Que Dios esté contigo, amigo mío.

Samas sonrió.

—Y contigo, Booz.

Mientras Booz se alejaba a galope, mantuvo los ojos fijos en el camino que lo conduciría de regreso a Belén y se negó a sí mismo el placer de voltear para mirar a la joven moabita que trabajaba en su campo. En lugar de eso, le agradeció a Dios la oportunidad de ayudarla y, por consiguiente, de ayudar a otra persona que le importaba muchísimo.

La dulce y alegre Noemí, la muchacha que alguna vez había deseado por esposa.

***

Rut se enderezó y observó a Booz mientras se alejaba a caballo.

—Señor, por favor bendice a este hombre por lo bondadoso que es conmigo y con mi suegra. Hazlo feliz en su vejez. —Sonriendo, volvió a agacharse para espigar.

El encargado vino hacia ella; Rut hizo una pausa en su trabajo e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Debo darte instrucciones de parte de Booz —dijo él—. Espigarás entre los trabajadores. Ellos no te molestarán.

Ella miró a lo lejos el camino por el que se había ido Booz.

—Nunca conocí a alguien tan amable.

—Hay pocos como Booz. —Sonrió levemente—. El Señor te trajo a su campo. Y que el Señor siga guardándote. —Hizo un gesto con la cabeza hacia las demás trabajadoras—. Ve y trabaja con ellas.

Las mujeres cantaban mientras trabajaban. «El Señor es mi fuerza, mi canción y mi salvación. Él es mi Dios, y yo lo alabaré. Él es el Dios de mi padre ¡y lo exaltaré! El Señor es un guerrero; ¡Jehová es su nombre!». Rut asimiló rápidamente las palabras y se puso a cantar con ellas. Las mujeres la miraron sorprendidas. Varias sonrieron. Una a propósito desprendió las cabezas de cebada y las dejó caer para ella. Rut juntó las palmas de sus manos e inclinó la cabeza con profunda gratitud.

Trabajó hasta el atardecer y, entonces, sacudió la cebada. ¡Tenía media fanega de grano!

«Seguramente has sido Tú, Señor, quien me ha dado tanto». Llena de una sensación de alegría y satisfacción, anudó las puntas de su chal y subió el grano sobre su espalda. Se puso en marcha hacia la ciudad de Belén y a la pequeña cueva donde Noemí la esperaba.

***

Y los hombres decían…

—Es la primera vez que veo que Booz se interese tanto en una espigadora.

—Siempre ha sido bueno con las espigadoras.

—Ella tuvo que ser muy valiente para llegar hasta aquí.

—Me parece que debe haber ido a otros campos. ¿Vieron el moretón que tenía en la cara?

—¿Sabían que está espigando para una de nuestras viudas?

—No.

—Probablemente haya un montón de personas que no saben por qué está aquí.

—¿Y eso justifica que le lancen piedras? La ley es clara acerca de los espigadores.

—Y es clara acerca de las mujeres extranjeras.

—La madre de Booz era una extranjera.

—Les sugiero que nos concentremos en nuestro trabajo y nos ocupemos de nuestros propios asuntos.

***

Y las mujeres decían…

—¿Vieron cómo los hombres están cortando tallos y lanzándolos para ella?

—Cuando una muchacha es bonita, los hombres se vuelven serviciales.

—Booz les habló antes de irse. Probablemente les haya dicho que le den más grano.

—Así que hasta el amo está interesado en ella. Miren eso. ¿Lo ven?

—¿Ver qué?

—Simei está mirándola de nuevo.

—Bueno, si no te fijaras en Simei, no lo sabrías.

—Ella no me agrada.

—¿Por qué?

—¿Debo tener un motivo?

—Bueno, a mí sí me agrada.

—¿Por qué?

—A diferencia de algunas que conozco, la muchacha trabaja duro y se ocupa solo de sus asuntos.

***

—¡Cuánto traes! —exclamó Noemí y se levantó, mientras Rut entraba en la morada y descargaba la gavilla de grano de su espalda. La muchacha sonreía radiante, con los ojos resplandecientes—. ¿Dónde recolectaste todo ese grano hoy? ¡Que el Señor bendiga a la persona que te ayudó!

—Vine dando gracias en oración por ese hombre durante todo el camino a casa, Noemí. Su campo está un poco alejado de la ciudad.

Al ver el moretón en la mejilla de Rut, Noemí no le preguntó por qué se había arriesgado a ir tan lejos. Temía saber la respuesta.

—¿Cómo se llama el hacendado?

—El hombre con el que trabajé hoy se llama Booz.

Noemí se llevó una mano a la garganta.

—¿Booz?

—Sí, Booz. —Rut sacó el pan que había guardado y se lo dio a Noemí—. Me invitó a entrar en el refugio donde comen sus criadas y sus segadores al mediodía, ¡y me dio una ración doble! —Le extendió el pedazo de pan—. Nunca supe que un hombre de su posición se rebajara a servirles a sus obreros.

Noemí tomó el pan con dedos temblorosos. No había pensado ni una vez en Booz desde que había vuelto a Belén. Se había olvidado completamente de él. O quizás la verdad era que había sacado deliberadamente al hombre de su mente. El solo hecho de pensar en él la avergonzaba.

Muchos años atrás, él se había presentado ante su padre y había hecho una oferta de matrimonio por ella. ¡Qué escándalo había armado ella ni bien él se fue de la casa! Había llorado y le había suplicado a su padre que, en lugar de él, aceptara a Elimelec.

—¡Pero él ni siquiera ha hecho una oferta por ti! —le había dicho su padre, con el rostro enrojecido por la ira.

—La hará. Su hermana me dijo que ya habló con su padre al respecto.

—Booz es un hombre de virtud indiscutida, hija mía.

Efectivamente, pero no era un hombre que hiciera latir de amor el corazón de una muchacha. Ella quería un esposo alto, rubicundo y apuesto, de mirada risueña y personalidad arrolladora. Quería a Elimelec. Su nombre significaba «mi dios, un rey». Seguramente esa era una señal de su carácter. El amor que veía en los ojos de Booz la abochornaba. Su atención la impacientaba, le causaba rechazo. ¿Por qué no se iba? ¿Por qué no se buscaba otra muchacha, una tan simple como él?

Noemí sabía que ninguna de esas razones convencería a su padre en contra de Booz, sino una sola cosa: algo que él parecía haber olvidado.

—Booz es de indiscutida virtud, padre, pero su linaje es discutible. —Su madre era cananea. Y una prostituta.

Noemí bajó la cabeza y cerró los ojos muy fuerte. *Oh, Señor Dios, ¡que sea Booz, de entre todos los hombres, quien haya sido tan bondadoso!* Cuánta superficialidad le había mostrado a este hombre. Y había menospreciado a su madre, ¡quien había demostrado ser una mujer de una fe tan firme! ¡Inconcebible! ¡Imperdonable! Sin embargo, a pesar de los pecados que Noemí había cometido contra él, Booz había recibido a Rut de buena manera y le había prodigado una bendición doble.

—¡Alabado sea el Señor por un hombre así! ¡Que el Señor lo bendiga! —dijo ella con la voz ahogada por el llanto. Merecía su condena, pero había recibido su compasión. No había reconocido su valor en su juventud, pero la vida le había enseñado lecciones muy duras. Ahora era mayor y mucho más sabia.

Una pizca de esperanza se encendió en su interior.

Levantando lentamente la cabeza, miró a Rut.

—Él está demostrándonos bondad, así como a tu esposo fallecido. —Vio que la mirada de la muchacha era de confusión. Todavía había demasiadas cosas por enseñarle sobre las costumbres hebreas y sobre la ley. ¿Qué respondería Rut si ella le dijera hasta qué punto llegaban las obligaciones de Booz hacia ellas? ¿Reaccionaría Rut de la misma manera que ella misma, tantos años atrás, fijándose solo en el aspecto exterior del hombre y no en su corazón de león? Jamás había conocido a un hombre más resuelto a agradar a Dios que Booz. Lamentablemente, el corazón de una mujer joven rara vez se dejaba conquistar por el carácter de un hombre.

—Ese hombre es uno de nuestros parientes más cercanos, uno de los redentores de nuestra familia, Rut.

—Con razón fue tan benévolo conmigo.

—No —dijo ella rápidamente porque no quería que su nuera entendiera mal—. Booz no es la clase de hombre que limite su bondad a los miembros de su familia, Rut. Siempre fue bondadoso con cualquiera que tuviera necesidades.

—¿Aun con los extranjeros?

—Su madre era cananea. A decir verdad, era una prostituta que vivía en la muralla de Jericó. —Rut abrió los ojos de par en par y Noemí se apresuró a explicar—. Era una mujer de una fe enorme, pero hubo muchas personas que, cuando Booz era joven, lo menospreciaban porque su linaje era mestizo. Era hebreo por parte de su padre y cananeo por parte de su madre. Rahab escondió a los dos espías que Josué había enviado antes de que nuestro pueblo se apoderara

de la tierra que Dios nos había prometido. Ella declaró su fe en Jehová y les salvó la vida a los hombres haciéndolos bajar desde su ventana con una cuerda. Ellos volvieron a rescatarla y la sacaron de la ciudad mientras estaba siendo destruida, y ella vivió entre nosotros desde entonces. Uno de los espías se casó con Rahab.

—Entonces, quizás Booz haya sido bondadoso conmigo en honor a su madre.

Noemí estaba segura de que ese no era el único motivo.

—Él entendería mejor que nadie que Dios llama a quienes escoge. —Si Dios había llamado a Rahab para que formara parte de Su pueblo, también podía llamar a una joven viuda moabita. Se inclinó hacia ella—. ¿Te dijo algo más? —¿Habría preguntado por ella?

—Booz me dijo que volviera y me quedara con sus trabajadores hasta que termine la cosecha.

Noemí se sintió súbitamente aliviada. Seguramente Booz no habría alentado a Rut si mantuviera la animadversión de un pretendiente rechazado mucho tiempo atrás.

—¡Eso es maravilloso! Haz lo que él dice, Rut. Quédate con sus trabajadores toda la cosecha. Ahí estarás a salvo, no como en otros campos.

Mientras comía el pan que Booz le había dado a Rut, Noemí sonrió para sí misma. Observó a su nuera mientras volcaba la cebada en una canasta, con cuidado de no desperdiciar ni una sola semilla del grano. Parecía que no todo estaba perdido, después de todo. Había una puerta por abrir para que Rut la atravesara y tuviera un futuro y una esperanza. Y, si era la voluntad de Dios, la puerta se abriría para ella también.

***

Noemí se despertó cuando oyó que unas piedras caían en cascada fuera de la entrada de la cueva. El sol apenas estaba saliendo y Rut subía por la ladera trayendo un gran odre con agua.

—Te despertaste temprano —dijo Rut, sonriendo.

—Pensaba ir a Belén hoy y hablar con algunas de mis viejas amigas.

Rut volcó el agua del odre en una gran vasija de barro.

—Bien. Estoy segura de que te habrán extrañado y de que tendrán muchas cosas que hablar contigo. —Colgó el odre vacío y volvió a colocarse el chal negro sobre su cabello y sus hombros—. Trataré de volver antes de que oscurezca.

—Que Dios te acompañe, Rut.

Rut sonrió alegremente.

—A ti también, madre.

Noemí se levantó. Envolviéndose los hombros con la manta, fue hacia la entrada de la cueva y miró a Rut, que iba hacia el camino. Noemí estaba maravillada de que Dios la hubiera bendecido con una nuera como ella. Rut había abandonado oportunidades y posibilidades. Le había dado la espalda a un futuro asegurado en Kir-hareset para poder venir aquí, a Belén, y vivir en esta cueva con una anciana acabada, desanimada y quejumbrosa. En cualquier momento, su nuera podría haber vuelto al hogar de sus padres pudientes, pero en cambio salía todas las mañanas a hacer el trabajo de los más pobres. Ni una sola vez había manifestado una queja. Todas las noches volvía sonriente, con grano, buenas nuevas y un corazón agradecido.

Un hombre con el discernimiento de Booz valoraría a una joven con las virtudes de Rut, moabita o no.

Noemí se levantó antes de permitir que sus pensamientos se descontrolaran. No tenía sentido hacer planes para el futuro de Rut antes de reunir toda la información. Noemí no tenía ninguna intención de salir corriendo hacia Belén, buscar a los ancianos y argumentar su caso. No, iría despacio. No había prisa, ahora que Rut y ella tenían un refugio y comida. Se tomaría un tiempo para observar, para dejar que la gente conociera a su nuera... porque ¿quién no la respetaría cuando la conocieran? ¿Había una joven mejor que su preciosa Rut? Sobre todo, Noemí se tomaría el tiempo para orar pidiéndole a Dios que la guiara, aunque seguramente era Dios mismo quien había puesto esta semilla de esperanza en su mente.

Por primera vez desde que había sepultado a su último hijo, Noemí vio que la vida podía depararle un futuro, en lugar de contemplar lo que había quedado en el pasado.

***

Y las mujeres decían...

—Me parece bonita.

—Eso es porque te agrada.

—Estás celosa porque Rimón, Netzer y Tirosh trataban de hablar con ella hoy.

—¿Se dieron cuenta de que nunca trabaja cerca de los hombres?

—Ni siquiera los mira una segunda vez.

—Debe haber amado mucho a Mahlón.

—Sin duda, es muy leal a su suegra.

—Mi madre dijo que Rut viene todas las mañanas muy temprano al pozo y saca agua para llevarle a su suegra, antes de venir a los campos.

—Entonces, debe levantarse mucho antes del alba.

—Samas está pendiente de ella.

—¡Igual que todos los hombres!

—Ninguno se casará con una moabita que ya tuvo marido.

—Me apenaría ver que Rut y su suegra vivieran por el resto de sus días en esa cueva.

—¿Viven en una cueva?

—La que está justo abajo del pueblo, donde los pastores llevan a sus rebaños en el invierno. ¿No lo sabías?

—Pensé que vivían en la ciudad.

—Noemí pasa el tiempo en la ciudad, visitando amistades y haciendo trueques.

—¿Y qué pasó con la casa que pertenecía a su esposo?

—Escuché decir a mi padre que el marido de Noemí la hipotecó, junto con toda la tierra, antes de llevarse a la familia a Moab.

—Todos hablan de ellos.

—Especialmente de Rut, me imagino.

—¡Estás celosa!

—¡No estoy celosa!

—Entonces, ¿por qué te desagrada tanto?

—Las mujeres extranjeras despiertan el peor tipo de interés en nuestros hombres.

—Las mujeres extranjeras no acostumbran ir a la sinagoga.

—¿Estás diciéndome que ahora es una conversa?

—Rut asiste todos los sábados con su suegra y absorbe cada palabra que el sacerdote lee de la ley. Se quedan en la parte de atrás, con las otras viudas. Probablemente sea por eso que no las has notado. Siempre te paras bien adelante, cerca del biombo, para poder mirar a través de él y ver a Netzer.

—Cómo hablas, Tirsa... pero tú no eres mejor, ya que te la pasas mirando embobada a Lahad.

—¿Acaso puedo evitarlo? ¡Es tan guapo!

Las jóvenes entraron juntas a Belén, riendo.

***

—¿No está casado? —dijo Noemí, sorprendida, y sintió una punzada de remordimiento cuando escuchó la información que le daba Sigal, una amiga del pasado—. ¿Qué le pasa a este hombre, que no ha buscado una esposa a esta edad?

—Nada. —Sigal volcó granos de trigo sobre la piedra de molienda—. Probablemente nunca tuvo tiempo de buscar una esposa. Ha dedicado su vida a hacer crecer su hacienda. Booz no es como los demás hacendados. Sale a los campos todos los días. Y cuando no está ahí, es porque está en la puerta de la ciudad ayudando a resolver alguna disputa.

—¿De qué sirve una hacienda si no hay hijos que la hereden?

—Todavía no está en la tumba, Noemí. Aún puede buscar una esposa, si tiene ganas de hacerlo. Créeme, hay muchos padres que le lanzarían sus hijas a Booz si él mencionara el tema del matrimonio. Se ha vuelto el hombre más rico de Belén.

—Y probablemente el más solitario.

Sigal lanzó una carcajada.

—Ese hombre no tiene tiempo para estar solo.

—De todas maneras, es una pena que no esté casado.

—Tal vez esté esperando a la mujer perfecta, alguien hermosa e inteligente, que tenga la fe de su madre. Algunos hombres tienen expectativas tan altas que son inalcanzables.

—Algunos hombres quieren una esposa que los ame.

—Booz es amado y respetado por todos en Belén.

—Quiero decir que podría estar esperando a alguien que se enamore de él.

—Lo dudo. La mayoría de los hombres saben que el amor lleva tiempo. Siempre que la joven respete a su esposo, todo indicaría que se puede esperar un matrimonio feliz.

—Eres una mujer sabia, Sigal.

—Siempre lo fui.

Noemí no podía dejar de hacerse preguntas. ¿Había herido tanto a Booz, que nunca se atrevió a pedirle a otra mujer que se casara con él? Sintió lástima al pensarlo. Seguramente esa no era la razón por la cual permanecía soltero. Booz era demasiado sensato para renunciar al matrimonio solo por causa de una muchacha tonta.

¿Debía preguntárselo ella misma?

Sintió una punzada de dolor en el corazón. ¡No! ¡Nunca! No podía decir una palabra sobre el pasado sin avergonzar a Booz y posiblemente poner en peligro el futuro. Quería subsanar el dolor que le había causado tantos años atrás. Cualesquiera fueran sus motivos para no estar casado, la entristecía pensar que viviría solo hasta el final de su vida. Un hombre no debía estar solo. Y definitivamente, no un hombre como Booz. Dios lo había bendecido con tierras y bienes materiales, pero seguramente era una señal el hecho de que no había bendecido al hombre con lo único que él necesitaba para llenar su vida: una esposa que le diera hijos. El hombre debía tener una familia propia.

—Recuerdo un rumor que escuché hace años —dijo Sigal, mientras seguía moliendo trigo—. Sobre tú y Booz. —Le sonrió a Noemí con picardía.

—Los rumores no valen ni la arena sobre la que caminamos —dijo Noemí. Si el rumor revivía, solo serviría para humillar a un hombre bueno—. Elimelec le pagó la dote a mi padre cuando yo tenía catorce años.

—Todas las jóvenes te envidiaron. Elimelec era muy apuesto.

—¿Me envidiaron cuando él hipotecó la tierra y nos alejó de Belén a mí y a mis hijos pequeños?

Sigal pestañeó, sorprendida.

Noemí hizo una mueca ante su propia aspereza.

—Lo lamento, amiga mía. Aun después de los años que pasaron, todavía recuerdo la amargura de ese día.

Sigal dejó de moler y puso una mano sobre la de Noemí.

—Pensé en ti muchas veces durante estos años.

Los ojos de Noemí se llenaron de lágrimas.

—Anhelé volver a casa cada día que estuve lejos. —Tomó aire y dejó escapar un suspiro contento—. Pero, a pesar de todo eso, el Señor me bendijo con Rut.

—Ciertamente —dijo Sigal—. Te ama como si fueras su propia madre.

—No podría amarla más si fuera de mi propia sangre.

—Dios te ha dado consuelo a través de ella, Noemí. Todos dicen que es una joven virtuosa.

Noemí estaba contenta. Rut ya no era vista como «la moabita». Seguramente el Señor mismo había visto que sus virtudes no habían pasado inadvertidas para los habitantes de Belén.

La pregunta seguía siendo: ¿Las había notado Booz?

CUATRO

Booz pasaba todos los días por el campo de cebada para ver cómo avanzaba el trabajo. Y todos los días observaba prudentemente a la joven moabita, que trabajaba muy cerca de sus segadoras. No le dirigía la palabra, preocupado de que su atención pudiera provocar que sus trabajadores empezaran a rumorear. Cuando se quedaba para compartir una comida con sus obreros, se aseguraba de mantener la vista apartada de la joven. ¡Nunca se había encontrado con algo más difícil de cumplir!

La cosecha de cebada había terminado y la de trigo estaba alta y madura, lista para los segadores. En pocas semanas más, todo el grano estaría cosechado. ¿Habría espigado Rut lo suficiente para que ella y Noemí pudieran pasar el año? Él sabía que vivían en una cueva dentro de los límites de Belén. Elimelec había sido dueño de un campo cerca de allí. Pero ¿habían almacenado lo suficiente para mantenerse hasta la siguiente cosecha?

Booz miró a las trabajadoras que estaban afuera.

—¿Tiene la joven moabita amistades entre nuestro pueblo? —le preguntó a su encargado.

—Todas la miran con respeto y admiración.

Eso no era lo que había preguntado, pero Booz comprendió qué implicaba la respuesta. Admiraban a Rut de lejos, muy parecido a lo que le había sucedido a su madre.

—¿Qué me dices de los jóvenes? ¿Se ha mostrado interesada por alguien en particular?

—Nunca se aparta de la compañía de las criadas. No les presta atención a los hombres. A diferencia de algunas de nuestras jóvenes, nunca vi que Rut hiciera algo para atraer la atención sobre ella. Llega temprano al campo y trabaja hasta tarde. Y parece contenta con el trabajo. La oigo cantar con las criadas. —Samas sonrió—. Siempre me pide que te transmita su agradecimiento. ¿Hay algún motivo por el que no hablas con ella?

—Ya sabes cómo habla la gente. —Booz montó su caballo—. A ti te agrada, ¿verdad, Samas?

—Todos la admiran, Booz. Nunca conocí a una mujer joven más digna de elogio. No he escuchado una palabra en su contra, ni siquiera en la ciudad. —Samas miró a la joven que trabajaba en el campo—. Sería una buena esposa.

Booz sintió un pinchazo de inquietud. ¿Estaría Samas enamorándose de Rut? A Booz no le gustó la sensación de desasosiego en su interior. ¿Debía envidiar la felicidad de otro hombre?

¿Quién mejor que él para saber que un hombre solo a menudo se sentía solitario aunque estuviera rodeado de amigos?

—Una buena esposa vale más que su peso en oro, Samas. Es una corona sobre la cabeza de su esposo. La joven que está allá afuera honraría a cualquier hombre. —Observó que Rut levantaba la vista y desvió su mirada. Booz se sobresaltó cuando se dio cuenta de que Samas se había quedado mirándolo con una sonrisa particular. Frunció ligeramente el ceño e inclinó la cabeza—. Que el Señor te bendiga en tus emprendimientos, Samas.

Samas se inclinó.

—Y que el Señor te conceda el deseo de tu corazón.

Fue una larga cabalgata de vuelta a Belén. Booz dejó su caballo a cargo de un sirviente que lo esperaba y habló con los ancianos en la entrada. Estuvo ocupado con varias disputas y asuntos locales, hasta que vio que las criadas volvían a la ciudad. Cuando vio a Rut entre ellas, su pulso se aceleró. Ella iba por el camino con las muchachas, escuchando y sonriendo por la charla despreocupada, pero sin intervenir. Booz se sobresaltó cuando vio pasar a Noemí. Ella salió de la ciudad para encontrarse con su nuera. Se saludaron con un beso y hablaron brevemente, mientras las otras jóvenes entraban por la puerta a Belén. Cuando Rut y Noemí giraron en dirección a su humilde morada, Rut miró hacia donde él estaba. Le sonrió e inclinó la cabeza respetuosamente. Noemí lo estaba mirando. Booz apartó la vista de ambas mujeres y se obligó a escuchar a los ancianos. ¿Qué punto delicado de la ley habían estado discutiendo? Cerrando los ojos por un instante, simuló estar inmerso en sus cavilaciones cuando, en verdad, estaba tratando de calmar el desenfrenado galope de su corazón.

***

Todos los días, cuando Rut volvía a casa de espigar en los campos de Booz, Noemí analizaba la actitud de la joven. Disfrutaba de cada detalle que Rut le contaba de los ratos que pasaba con las criadas y las segadoras, y esperaba ansiosa por escuchar todo lo que pensaba de Booz. Pero Rut no decía nada sobre el hacendado. Hablaba del trabajo y de las simpáticas criadas. A veces le cantaba las canciones que había aprendido mientras trabajaba entre ellas.

Sin embargo, ahora Noemí tenía una razón para albergar esperanzas. Hoy se había quedado justo dentro de la puerta de la ciudad para esperar a Rut. Booz no se había dado cuenta de que estaba ahí, pero ella había estado bien ubicada para observar al hombre. Ah, cómo había levantado la cabeza cuando regresaban las criadas. Supo en qué momento divisó a Rut.

—¿Va Booz con frecuencia al campo?

—Vino cuatro veces esta semana y tres veces la semana pasada.

¡Oh! Pensó Noemí con una satisfacción cada vez mayor. *¡La muchacha lleva la cuenta de las visitas del hacendado!* Esa era una buena señal.

—¿Habla contigo cuando viene?

Rut sacudió la cabeza.

—No ha vuelto a hablarme desde el primer día, cuando me dio permiso para espigar. Es un hombre muy ocupado.

—¡Ja! No tan ocupado como para no poder mostrarte un poco de cortesía. —Observó atentamente a Rut para ver cómo reaccionaba ante esas palabras y se sintió satisfecha cuando Rut protestó.

—Oh, madre, no. Booz ha sido más que gentil conmigo. ¿Acaso no fue Booz el que me facilitó el trabajo diciéndoles a sus segadores que arrojaran algunos granos para que yo los espigara? Ambas estamos en deuda con él por su bondad. Cada grano de cebada y de trigo que tenemos se lo debemos a su bondad.

—¿Te gusta?

Rut bajó la mirada.

—No más que todas las personas que trabajan en sus campos. —Se sentó en la entrada de la cueva, echando un vistazo al campo improductivo de Elimelec—. Me pregunto por qué nunca se casó, madre. ¿Cómo es que Dios lo bendijo con semejante prosperidad, pero no le ha dado una esposa e hijos?

Noemí sonrió para sí misma. Rut veía más que la sencillez del hombre y apreciaba el corazón de fe de león que latía en su pecho. ¿Por qué no ponerla a

prueba un poquito más para ver si su compasión podía transformarse en un cariño de otra índole?

—Nunca fue físicamente atractivo. —Cuando Rut la miró sorprendida, Noemí siguió hablando aprisa—. Es una lástima que sea tan feúcho.

—No es guapo como era Mahlón, pero no me parece que sea feúcho.

—La primera vez que lo viste, ¿te pareció mínimamente atractivo?

Rut se ruborizó.

—Nunca he considerado... —Negó con la cabeza—. Seguramente no estás diciendo que piensas que Booz es feo.

—¿Podría decir yo que un hombre que pone grano en mis manos es desagradable? ¡Que nunca suceda! Pero tampoco fingiré ser ciega. Booz es un hombre bueno, un hombre que vive conforme a la ley y que no solamente la predica. Pero le falta eso que podría conquistar el corazón de una muchacha.

—Tiene dignidad y buen carácter.

—¿Fue la dignidad y el buen carácter lo que hicieron que te enamoraras de mi hijo? Si Mahlón hubiera sido simple, bajo y delgado, ¿te habría atraído?

—Mahlón tenía algo más que un rostro guapo, madre. Tú lo sabes tan bien como yo.

—No estamos hablando del amor que prospera dentro del matrimonio, querida mía. Estamos hablando de lo primero que pensaste la primera vez que viste a Mahlón caminando por las calles de Kir-hareset. Dios fue misericordioso con mi hijo. Por lo menos Mahlón llegó a conocer el amor de una buena esposa. —Sacudió la cabeza—. Pobre Booz. —Chasqueó la lengua—. No tiene a nadie, y ya es demasiado tarde.

Rut parecía afligida.

—¿Por qué debería ser demasiado tarde?

—Es viejo.

—¡Ay, Noemí! —rio Rut—. Ayer me contaste que Abraham tuvo a Isaac cuando tenía cien años, y Booz no puede tener más de la mitad de esa edad.

Qué joya había recibido Mahlón con esta muchacha. Si tan solo Mahlón le hubiera dado un hijo, Noemí no tendría tantas preocupaciones. Tal como estaban las cosas ahora, el nombre de Mahlón y el de Elimelec desaparecerían. Noemí no podía quedarse de brazos cruzados y dejar que así fuera.

Ay, Elimelec, si hubieras sido más firme en la fe, serían tus hijos los que estarían recogiendo el trigo de ese campo que está allí. Estarías disfrutando la herencia que Dios te dio. Te habrías apoderado de las promesas y habrías vivido según la ley, y hubieras sido bendecido como Booz. En cambio, amado esposo mío, nos alejaste de nuestra herencia y sacrificaste tu vida por tus sueños de riqueza. Y todo lo que tanto te esforzaste por ganar por mérito propio ya desapareció, se gastó, voló como el polvo. Tu vida fue tan improductiva como ese campo baldío que está allá afuera. No hay nada para mostrar de todo el esfuerzo que hiciste. Hasta el fruto de tu simiente ha muerto. No dejaste nada que haya perdurado.

Estoy enojada, muy enojada contigo, Elimelec. Mi propia sangre clama contra ti por haber desaprovechado nuestras vidas. Estoy enojada conmigo misma por haberme dejado convencer por tu rostro apuesto, tu actitud ganadora, tus palabras dulces que se volvieron agrias. Nunca sabrás cuánto dolor causaste porque quisiste tomar el camino más fácil, en lugar de elegir el correcto.

Pero como Dios ha perdonado mis pecados y me trajo de vuelta a casa, yo también te perdono a ti. Porque te amé hasta el fin, a pesar de la clase de hombre que fuiste. Y además, sufriste más que ningún otro por las decisiones que tomaste.

Por mucho que Noemí hubiera amado a su esposo, sabía mejor que nadie que Elimelec nunca había sido la clase de hombre que era Booz. Su esposo había rechazado las promesas de Dios, había abandonado su tierra, había criado a sus hijos en un país extraño. Cuando Elimelec murió en Moab, dejó a su familia varada allí. Sus dos hijos, el fruto de sus entrañas, se casaron con mujeres extranjeras y murieron en Moab. Noemí podía ver la verdad con ojos de amor. Elimelec había pecado contra Dios, le había echado la culpa por las consecuencias de sus propios pecados y, en lugar de arrepentirse, se había ocupado de sí mismo. Elimelec creyó que podía prosperar con sus propias fuerzas.

Ah, la necedad del hombre.

Booz era exactamente lo opuesto. Decidió quedarse en Belén durante los años difíciles, cuando Dios castigó a Su pueblo terco por rendir culto a los baales. Reclamó las promesas de Dios y vivió una vida recta ante el Señor. Y Dios lo había bendecido por su fe firme y constante. Ahora Booz era rico, un hombre sumamente respetado en Belén. Se sentaba a la entrada de la ciudad con los ancianos y tomaba decisiones que afectaban a toda la población. Sin embargo, no se había llenado de orgullo por su posición eminente. La humildad era su atributo principal. Estaba pendiente de los menos afortunados, hasta de una joven viuda moabita.

El lema de Elimelec siembre había sido: «¡Dios nos ha abandonado, así que *yo* proveeré!». La vida de Booz proclamaba: «Dios es mi proveedor, y yo confiaré en él».

Seguramente, la esposa de un hombre así tendría motivos para regocijarse. Noemí deseaba que Rut fuera feliz. Quería que esta niña preciosa, que había renunciado a todo para cuidar a una suegra envejecida, ¡tuviera *alegría*!

Pero había un problema.

Booz no era el único pariente que les quedaba. Durante sus visitas a la ciudad, Noemí se había enterado de que había otro hombre, un pariente aún más cercano a ella que Booz. Un hombre más joven que hacía sonreír a las mujeres.

Un hombre como Elimelec.

***

Rut estaba perturbada por lo que Noemí había dicho sobre Booz. Cuando él llegó al campo al día siguiente, Rut lo observó subrepticiamente y sintió una extraña ternura por él. Todos lo respetaban y le tenían un gran cariño, pero era la clase de afecto que uno podía sentir por un padre o por un hermano mayor.

¿Alguna mujer habría mirado a Booz con amor? Solo con verlo pasar caminando ¿habría despertado pasión en el corazón de alguna mujer, como había sentido ella cuando vio pasar a Mahlón? No podía imaginar algo así, y eso la entristeció. ¿Qué edad tendría Booz? ¿Cincuenta? ¿Sesenta?

Pobre hombre. A pesar de toda su riqueza, ¿qué tenía el hombre que perdurara?

Oh, Señor, Dios de Israel, no dejes que el nombre de Booz desaparezca.

Lo observó conversando con Samas y le pareció muy serio. ¿Alguna vez se reía? ¿Qué hacía cuando no estaba revisando el avance en sus campos, viendo que sus sirvientes estuvieran bien atendidos o sirviendo a la comunidad tomando decisiones importantes en la puerta de la ciudad? Tenía amigos, pero ¿podía hacerles confidencias como lo haría con alguna mujer que lo amara? ¿Cuáles eran sus sueños? Había visto el dolor en sus ojos. ¿Era ese dolor porque no tenía nadie a quien le importara lo suficiente para mirar el espíritu y el corazón del hombre debajo de ese exterior áspero?

Él debió haber percibido que estaba observándolo, porque miró en su dirección. Rut sintió más ternura por él y sonrió, inclinando la cabeza en señal de respeto y rápidamente mirando hacia abajo. Tenía motivos para estar agradecida de que Dios la hubiera guiado a este campo y a este hombre. Cuando levantó la vista, sintiendo que él la examinaba, Booz miró hacia otra parte. Una de las criadas notó el intercambio silencioso y la miró con curiosidad. Cuando le habló a otra que estaba cerca de ella, Rut sintió que el calor subía a sus mejillas. ¿Estarían pensando estas jóvenes que ella mostraba un interés inapropiado en su amo? Después de todo, era un hombre rico. Había mujeres que querrían ser su esposa solo por ese motivo, sin considerar los sentimientos de él.

Perturbada, Rut se concentró en su trabajo el resto del día. No quería que su interés en Booz fuera malinterpretado. Los rumores podían llegar a destruir su reputación y avergonzar a Booz. Mantendría los ojos lejos del hombre y, en cambio, oraría por él.

Oh, Señor, Dios de misericordia, acuérdate de este hombre por su bondad con los menos afortunados.

Que su nombre sea apreciado no solamente por su generación, sino por las generaciones futuras, pues verdaderamente Booz es Tu siervo fiel. Él proclama Tu nombre en toda oportunidad. Es un hombre que desea agradarte y obedecerte. Ah, Jehová-jireh, este hombre solitario ha sido un instrumento de Tu compasión y de Tu provisión. Yo sé que Tú eres suficiente, pero seguramente un hombre como este no debería estar solo. Que te complazca concederle lo que su corazón desee... Oh, Señor, oh, Señor...

Oraba sin cesar por su benefactor. Casi no pensaba en nada más que en Booz mientras trabajaba en su campo.

Y cuanto más oraba por él y pensaba en él, más veía su bondad.

***

Noemí también oraba fervientemente. Dejó de lado el dolor porque amaba a Rut y porque deseaba ver a su nuera establecida en un lugar mejor que esa cueva. Noemí sabía que era hora de dejar de hacer duelo y volver a vivir, sin importar cuán intenso fuera el esfuerzo. Era hora de mirar profunda y firmemente su propia vida, en lugar de seguir ocupándose de los errores de Elimelec. Nada de lo que ella suponía que sucedería sucedió. ¿No se había ido de Kir-hareset con la expectativa de volver sola a Belén? Y Rut había venido con ella. ¿Acaso no había pensado que sería una indigente? Y Rut había trabajado en los campos para mantenerla. ¿Acaso no había pensado que todos sus parientes y amigos estarían muertos o se habrían ido? Y había encontrado a media docena de mujeres a quienes conocía y a Booz, así como también a otro pariente.

Booz se sentía atraído por Rut. Cualquiera que se tomara la molestia de estudiar al hombre se daría cuenta. Además, Noemí lo conocía suficientemente bien para saber que él no diría lo que pensaba ni haría ningún intento para conquistarla. Se volvería canoso y se le caería todo el cabello antes de mostrar abiertamente sus sentimientos.

Y Rut seguiría dedicando su vida a mantener a su pobre y anciana suegra. Trabajaría hasta que se le encorvara la espalda y se le secara el útero. Trabajaría como una esclava hasta que Noemí partiera hacia sus ancestros. Y, luego, ¿qué sería de la pobre muchacha? ¿Debía Noemí quedarse sentada viendo cómo Rut dedicaba su vida a espigar, en lugar de ocuparse de su casa y criar hijos para el Señor? ¿No debía hacer nada por el futuro de Rut? ¿No era acaso el papel de una madre el de avivar un poco el fuego? ¿Quién más sino ella y Dios se preocuparían por el futuro de esta preciosa joven?

Entonces, Señor, ¿qué vamos a hacer por ella? ¿Cómo sacudimos a ese silencioso hombre mayor y hacemos que su sangre se ponga otra vez en movimiento? Si lo esperamos, ¿qué posibilidades hay?

Suponiendo que se le ocurriera un plan que llamara la atención de Booz, ¿estaría de acuerdo Rut con llevarlo a cabo, fuera cual fuera? ¡Rut tendría que estar de acuerdo!

Noemí pasó los siguientes días y noches pensando en el futuro de Rut y en el buen esposo que sería Booz. Cuando estaba terminando la cosecha de trigo, se le ocurrió un plan tan atrevido que, innegablemente, captaría la atención de Booz. El solo imaginar la reacción de Booz hacía reír a Noemí. ¿Pero confiaría Rut en su criterio? ¿Haría caso su nuera del consejo de una anciana que había cometido tantos errores que ese parecía ser su estilo de vida?

En la confusión de sus sentimientos, Noemí no estaba segura de cuáles eran sus motivaciones. Lo único que sabía era que el Señor podía desenmarañar todo y arreglar las cosas. Amaba a Rut como si fuera hija de su propio vientre y quería verla felizmente establecida, pero también quería un nieto que reclamara la herencia de Mahlón y preservara su nombre. Quería compensar a Booz por el dolor que le había causado cuando era joven. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que ofreciéndole una esposa joven y hermosa que tuviera por delante muchos años fértiles?

¿Era justo que le pidiera tanto a Dios cuando ella había pasado la mayor parte de su vida siguiendo los pasos de Elimelec?

Rut y Booz. Booz y Rut. ¿No te parece que son el uno para el otro, Señor? Admito que ella es mucho más joven que él, pero ¿qué mejor bendición que darle a un hombre justo como Booz una aljaba llena de hijos en su vejez? ¡Y qué hijos tendrían! ¡No verás a sus hijos ni a sus hijas adorando baales!

Planteó su caso ante el Todopoderoso y esperó anhelante la respuesta. Qué afortunado había sido Moisés al escuchar la Voz que salía de una zarza ardiente. Noemí había aprendido que era mejor no esperar que Dios le diera una respuesta audible, pero no podía confiarle a ninguna de sus amigas las preguntas que la atormentaban. ¿Era correcto este plan ante los ojos de Dios? Si no lo era, ¿cuál podía llegar a ser el costo para Rut?

Que el costo pese sobre mi cabeza, Señor.

***

Cuando terminó la cosecha, Noemí supo que el plan tenía que ponerse en marcha, ahora o nunca. Booz había tenido tiempo de sobra para tomar nota de las virtudes de Rut, y Rut tenía un gran respeto por él.

—Hija mía, es hora de que busque un hogar permanente para ti, en el cual seas mantenida. Mi intención es buscarte un esposo y hacer que vuelvas a estar felizmente casada.

Rut se rio.

—¿Y quién se casaría con alguien como yo?

—El hombre en quien estoy pensando es Booz.

—*¡Booz!* —Rut derramó una parte del grano que estaba guardando en un recipiente de arcilla y se quedó mirándola—. ¡No hablas en serio!

—Sé que es viejo…

—No es *viejo*.

—Feúcho, entonces. ¿Es por eso que te opones?

—Madre, ¡es el hombre más respetado en todo Belén! ¡Tiene un puesto entre los ancianos de la entrada de la ciudad! ¡Es un hombre rico, con tierras y sirvientes!

—Más razones aún para considerarlo.

Rut sacudió la cabeza, mitad divertida y mitad consternada.

—Yo sé que me amas, madre, pero el aprecio que tienes por la viuda de tu hijo se pasó del

límite. ¿Cómo se te ocurre que yo podría ser digna de Booz? La idea es absurda.

—Fuiste suficientemente buena para mi hijo. Lo eres también para Booz.

Rut volvió a verter grano en el recipiente de arcilla.

—El hombre no se fijaría en mí ni aunque me lanzara a sus pies.

—¿Crees que él no se ha fijado en ti todavía? ¡Ja! Hace mucho tiempo que te presta atención.

—Por su bondad.

—Más que por su bondad. ¿Acaso no tienes ojos en la cara? Te admira. Desde una distancia enorme, pero te admira.

—Te equivocas. No me tiene más en cuenta que a las demás espigadoras que van a sus campos.

—Me he ocupado de analizar la actitud que tiene el hombre hacia ti, Rut. ¿No debería yo velar por tu futuro? Sus ojos dicen todo cuando te ve volver de los campos.

—Me saluda de la misma manera que saluda a todas sus criadas. Que Dios esté contigo, dice.

—¿Te parece que un hombre de cincuenta años podría cortejar a una viuda joven moabita sin poner a hablar a todo el mundo? Las mujeres opinarían que eres una ramera y que él es un tonto. Y los hombres... bueno, no hablemos de lo que dirían los hombres. Booz no se expondría en ninguna circunstancia a menos que fuera la que indica nuestra ley. —Inclinándose hacia adelante, Noemí sujetó las manos de Rut y sonrió de oreja a oreja—. Pero la ley nos favorece a nosotras.

Rut parecía confundida.

—No comprendo.

—Booz es nuestro pariente cercano y ha sido muy bueno al dejarte recoger grano con sus trabajadores. Es un hombre compasivo y se apiadaría de cualquier persona necesitada. Pero, como además es nuestro pariente cercano, puede ser el redentor de nuestra familia.

—¿Redentor de la familia?

—En nuestra ley, Dios proveyó para las viudas. Como redentor de nuestra familia, Booz se casaría contigo y te daría un hijo para preservar el nombre de Mahlón y heredar la porción de tierra de Elimelec que Dios prometió.

El rostro de Rut se puso colorado.

—Después de todo lo que ya ha hecho por nosotras, ¿debo ir a pedirle que me dé un hijo para que continúe el nombre de otro hombre? ¿Qué hay de su propia sucesión?

—¿Cambiaría algo si dejáramos al hombre así? Booz no tiene hijos, Rut. Ni tiene perspectivas de procrearlos.

—¿Y piensas que yo debería...? —Se detuvo, tartamudeó y se sonrojó—. ¡E-es uno de los ancianos! Seguramente ya sabe que le corresponde el puesto de redentor de nuestra familia. No lo ha ofrecido porque no es una responsabilidad que él desee tener.

—Es un hombre demasiado humilde para ofrecerlo. ¿Cómo podría decírtelo, querida mía, Quiero ofrecerte mis servicios...? Ni en un millón de años diría algo semejante, y Dios tampoco lo permite. Conozco a Booz mejor que tú. Recuerdo cómo era hace muchos años, y he escuchado todo lo que me han contado mis amigas de los años transcurridos hasta ahora. Él *nunca* te abordará por este tema.

—¡Porque no merezco ser la esposa de semejante hombre!

—No. Porque te lleva más de treinta años. Y porque, si lo conozco un poco, está esperando que un hombre joven, apuesto y con palabras dulces te proponga matrimonio. —Que Dios no lo permita. Booz se había echado atrás y permitido

que Elimelec se casara con Noemí porque ella estaba deslumbrada por la apariencia física y el carisma. ¿Estaba Booz manteniéndose alejado otra vez a la espera de que otro pariente se diera cuenta de cuánto valía Rut? ¡Incluso podía hacer de casamentero él mismo!— Booz no se propondría a sí mismo, ni aunque su propia vida dependiera de ello. —Lo cual, a la vista de Noemí, era así—. El hombre no quiere arriesgarse a avergonzarte haciendo una proposición no deseada.

Rut desvió la mirada con el ceño fruncido. Cuando volvió a mirar a Noemí, estaba visiblemente desconcertada.

—¿Puedo ayudarte a encontrar un marido, Rut? ¿Podrías estar felizmente casada con Booz?

Rut lo meditó un largo rato.

—No lo sé.

—Que digas que no sabes es mejor a que digas un no rotundo —dijo Noemí, satisfecha—. ¿Confiarás en mí si te digo que Booz podría hacerte feliz? Él haría cualquier cosa dentro de sus posibilidades para asegurarse de eso. —Vio que los ojos de Rut comenzaban a empañarse por las lágrimas. Antes de que su nuera pudiera protestar, Noemí comenzó a explicarle su plan—. Sucede que me enteré de que esta noche Booz estará aventando cebada en el campo de trilla. Mira, haz lo que te digo. Báñate, perfúmate y vístete con tu ropa más linda. Después baja al campo de trillar, pero no dejes que Booz te vea hasta termine de comer y de beber. Fíjate bien dónde se acuesta; después acércate a él, destapa sus pies y acuéstate allí. Entonces él te dirá lo que debes hacer.

Rut se puso pálida y abrió muy grandes los ojos.

—¿Debo hacer algo tan atrevido?

—Confía en mí, hija mía. A menos que le des a entender al hombre que quieres que se case contigo, él seguirá viviendo igual hasta el fin de sus días. ¿Debe descender un hombre como él al Seol sin haber tenido hijos propios?

—¿Y qué me dices de ti?

—¿Yo? ¿Qué pasa conmigo?

—Si Booz se casa conmigo, ¿qué te sucederá a ti? ¿Tendré que dejarte sola en esta cueva?

El corazón de Noemí se enterneció. ¡Qué preciosa niña! Rut era una joya con muchas facetas. Noemí se decidió más que nunca a procurarle un ambiente adecuado.

—Booz te dio una doble ración el primer día cuando te conoció. ¿Te parece que me dejará a la intemperie para que me las arregle sola? —Sacudió la cabeza y

sonrió—. Si todo resulta como pedí en oración, todos tendremos un futuro y una esperanza, Rut. Si el plan sale bien, será porque Dios así lo hizo, y no porque una viuda anciana estuvo haciendo de casamentera.

Rut soltó el aire poco a poco.

—De acuerdo —dijo lentamente e inclinó la cabeza—. Haré todo lo que dices.

Agachando la cabeza, Noemí se quedó un momento en silencio, afectada por la solemnidad de

Rut. Rut estaba en la primavera de su vida; Booz, en su otoño. Noemí comprendía las dudas de Rut, pero estaba convencida de que Booz podría hacer feliz a su nuera. Sin embargo, se preguntaba si era algo que agradaba a Dios, o si ella estaba haciendo sus propios planes, como los había hecho antes.

¿Qué debo hacer, Señor? Muchos son los planes de las mujeres, pero los Tuyos prevalecerán.

Sé misericordioso, Jehová-rafa. Que todos seamos sanados de nuestro dolor y volvamos a conocer el amor. Que los desamparados vuelvan a tener un techo, un hogar donde Tú seas el Amo. Booz le enseñará a mi hija el camino de la vida y la apoyará durante el recorrido. Veo la soledad que hay en los ojos de ese hombre, Jehová-jireh. También veo amor en ellos. Si es Tu voluntad, ablanda su corazón hacia Rut y el de ella hacia él. Si se unen solamente por mutuo respeto y por deber, si Te agrada, Señor, permite que esos sentimientos se conviertan en amor. Enciende en cada uno el fuego que los abrigará para toda la vida.

***

Booz había hecho cargar las gavillas de cebada sobre los asnos y los habían llevado al lugar elevado cerca de Belén que él había convertido en un campo para trillar. Samas y los hombres jóvenes abrieron los fardos y arrojaron los tallos sobre la tierra compactada, donde hicieron dar vueltas en círculo a un par de bueyes que arrastraban un gran trineo de madera. Las piedras ajustadas a la parte inferior del trineo aplastaban los tallos y desprendían el grano. Ajustándose la ropa, Booz se unió a sus servidores en el trabajo. El aire se llenó del olor de los tallos aplastados, de los bueyes, del sol y de la tierra. Cuando el piso quedó repleto de tallos partidos de cebada, sacaron a los bueyes y los hombres empuñaron sus trinches para trillar.

Booz lanzó el grano al aire. La brisa del atardecer atrapó la paja y la cizaña y las levantó, mientras que los granos más pesados de cebada volvieron a caer sobre el campo de trilla. Era un trabajo pesado y caluroso. Una y otra vez, Booz hundió su trinche en los montículos de grano trillado. El sudor empapaba su túnica y brotaba de su frente. Hizo una pausa y se ató un paño alrededor de la cabeza para impedir que la transpiración cayera sobre sus ojos. Inclinándose para hacer su trabajo, entonó una canción de celebración y sus sirvientes se unieron a él.

A medida que avanzaba la trilla, puso a algunos de sus trabajadores a apilar la paja, que sería almacenada y usada durante el año para encender las cocinas y alimentar a los animales. Cuando los restos de paja y cizaña fueron demasiado pequeños para levantarlos con los trinches, los hombres los dejaron a un costado y comenzaron a utilizar palas. Hicieron una pausa para comer y refrescarse, y después volvieron a trabajar. Cuando la brisa disminuyó, algunos de los servidores sacudieron tapetes tejidos para despejar la cizaña de la cebada. Otros trabajadores se pusieron a purificar el grano, tamizándolo. A medida que el grano se colaba, los desperdicios quedaban retenidos en los tamices para luego ser descartados. Quitaban los granos de cizaña, porque si dejaban las semillas de mala hierba y tara, provocaban mareos y enfermedades al ser ingeridas.

La cosecha era tan abundante que el trabajo duraría varios días.

—¡Suficiente por hoy, muchachos! —gritó Booz. Sus cocineros habían preparado deliciosos platos de un guiso de frijol y lentejas. Colocaron bandejas con frutas y una gran cantidad de pan y vino. Los hombres se relajaron, charlaron, cantaron y se rieron mientras las estrellas aparecían.

No encendieron ningún farol, pues el riesgo de incendio era demasiado grande.

***

Rut se había quedado a cierta distancia del campo de trillar, observando a Booz cantar, reírse y beber con sus sirvientes. Cuando aparecieron las estrellas, se acercó más al ver que la celebración iba decreciendo. Cuando Booz se puso de pie, la reunión se terminó. Sus sirvientes se dispersaron y buscaron lugares para taparse con sus mantos para dormir. El trabajo comenzaría otra vez temprano en la mañana. Rut vio que Booz se acostaba junto al montón de grano.

Se mantuvo oculta en un montículo de piedras durante una hora más. Antes de salir de su escondite, quería estar segura de que todos los sirvientes de Booz se habían acomodado y dormían. No podía arriesgarse a que la vieran aquí. El chisme se desparramaría por Belén como un fuego y devoraría su reputación. Ese pensamiento la atormentaba mientras se movía despacio, sigilosamente, hacia el lugar donde dormía Booz. El corazón le latía tan fuerte que se sintió mareada por la tensión.

Cuando finalmente llegó a él, titubeó y estudió al hombre bajo la luz de la media luna, acostado junto al montículo de grano. Tenía un aspecto mucho más joven, ya que el sueño lo había hecho olvidar sus muchas responsabilidades. Dormía con un brazo cruzado sobre la cabeza. Temblando, Rut se arrodilló a sus pies y retiró su manto hacia atrás con cuidado, para no molestarlo. Él se movió inquieto. El pulso de ella se disparó. Rápidamente se acurrucó a sus pies sin hacer ruido y se tapó con el manto de él para que el aire frío de la noche no lo despertara. Luego soltó la respiración lentamente, deseando que su corazón aminorara su ritmo desbocado y errático.

Trató de relajarse, pero ¿cómo podía hacerlo teniendo a este hombre tan cerca que podía escuchar su respiración y sentir el calor de su cuerpo? Podía sentir el

olor del sudor de su cuerpo mezclado con los aromas de la tierra, la paja y la cebada. Recordó cómo los hedores de la enfermedad y del miedo se le habían pegado a Mahlón durante los últimos meses de su vida. El aroma del cuerpo de Booz era de vida: de trabajo arduo, del fruto de su labor, de la tierra que Dios le había dado. Su esencia era provocativa y relajante a la vez.

Rut tragó saliva y cerró los ojos, perturbada por las emociones que este gran hombre le provocaba. Colocó su mano debajo de su mejilla y escuchó el latido acelerado de su propio corazón y el sonido lento y constante de la respiración del hombre que estaba tan cerca de ella que tenía los pies contra su espalda.

***

Booz se despertó en medio de la noche y se quedó quieto, preguntándose qué lo había sobresaltado. ¿Un sueño? No podía recordarlo. Siguió escuchando un rato largo, pero nada se movía. De hecho, había una quietud extraña a su alrededor. Oyó a uno de los hombres roncando ruidosamente al otro lado del montículo de grano y se relajó. Inhalando hondo, cerró los ojos con la intención de volver a dormirse, pero se despertó del todo cuando sintió un aroma dulce en el aire que respiraba. Frunció un poco el ceño, alerta al olor. Tomó aire nuevamente y pensó que nunca había sentido un olor tan delicioso. ¿De dónde venía? ¿Era la brisa nocturna que traía el perfume de las flores? No, era demasiado intenso y evocador. Como si fuera perfume.

Estiró una pierna y rozó a alguien. El intruso era pequeño y estaba acurrucado. Tomó aire bruscamente. Abruptamente retiró su pie, se incorporó y se sacó de encima el manto. ¿Quién más que una ramera se atrevería a venir al campo de trilla?

La mujer se incorporó rápidamente y giró la cabeza hacia él. Estaba demasiado oscuro para que pudiera ver su rostro.

—¿Quién eres? —susurró él bruscamente. No quería despertar a nadie.

—Soy Rut, su sierva.

El corazón de él comenzó a martillear.

—*¿Rut?* —Su voz salió entrecortada y confundida.

La voz de ella sonaba temblorosa:

—Extienda sobre mí el borde de su manto ya que usted es el redentor de mi familia.

Una oleada de calor recorrió todo el cuerpo de Booz, naciendo en el pie que había rozado el cuerpo de ella. Le costaba respirar por lo cerca que estaba y por la petición que le había hecho. En la soledad de sus ilusiones, jamás hubiera soñado con que Rut le pidiera algo semejante. ¿Sabía que él había anhelado tener una esposa a quien amar y cuidar, una mujer que lo acompañara y le diera hijos?

Señor, Señor, ¿cómo me atrevería yo a desear una muchacha como esta? Hay obstáculos. ¿Es esto una prueba? Debo hacer lo correcto, en lugar de lo que quiero. Y Tú sabes que desde la primera vez que escuché sobre esta muchacha mi corazón se ablandó hacia ella. Una mujer así... pero, Señor, seguramente Noemí está al tanto del otro pariente. Debe saber que yo no tengo derecho a cumplir esta función, a menos que... Oh, Dios, dame fuerzas para hacer lo que debo, aunque eso signifique ver que otra mujer que amo se marche con otro hombre.

—¡El Señor te bendiga, hija mía! —Tenía la voz ronca por la emoción. Se alegró de que estuviera tan oscuro para que ella no viera el anhelo y la sorpresa que sentía. ¿Comprendería el cariño que ella estaba mostrándole al venir a él? La cabeza le daba vueltas. Hacía años que había abandonado la esperanza de tener su propia familia alguna vez. Dios era Dios y, por el motivo que fuera, había decidido no bendecirlo con una esposa. Y, sin embargo, ahora, en medio de la noche y envuelta por la oscuridad, unas pocas palabras susurradas por Rut hacían renacer su esperanza de tener una esposa e hijos. Se obligó a pensar, a considerar los actos y las intenciones que la motivaban. ¡Seguramente Rut lo había hecho por Noemí!

—Estás demostrando más lealtad familiar ahora que nunca, por no perseguir a un hombre más joven, sea rico o pobre.

—Usted ha sido más bondadoso conmigo que nadie, Booz. ¿Me cubrirá con su manto?

Escuchó el temblor en su voz y quiso estirarse hacia ella y tranquilizarla. Era descabellado que ella lo amara, pero su corazón se había atado al de ella firmemente desde el primer momento. Nada deseaba más que convertirla en su esposa, pero ¿era esa la voluntad de Dios?

—Ahora, no te preocupes por nada, hija mía. Haré lo que sea necesario porque todos en la ciudad saben que eres una mujer honorable. —*Ninguno más que yo*, deseaba decir—. Pero hay un problema.

—¿Un problema? —dijo ella en voz baja y con un tono angustiado.

—Si bien es verdad que soy uno de los redentores de tu familia, hay otro hombre que tiene un parentesco más cercano a ti que yo.

—¿Otro hombre?

La desilusión en su voz era inconfundible. Cuando se acercó a él, le rozó la pierna con su mano. Rut retrocedió rápidamente, pero no antes de que el cuerpo de él se encendiera. Después de todo, no era un hombre tan viejo. El poder de las sensaciones que ella le provocaba lo estremeció. Miró a su alrededor, preguntándose si alguien los había oído hablar. ¡Qué desastre le sobrevendría a ella si la descubrían aquí, en el campo de trillar! Contra su voluntad, su mente se precipitó pensando en lo ventajoso que sería para él si eso sucedía. El otro pariente tendría motivos para poner en duda la castidad de Rut. Podía llegar a

negarse a cumplir las obligaciones que tenía hacia ella basándose en su reputación dañada. Toda la ciudad se dedicaría a rumorear sobre ella y especularían sobre lo que había sucedido entre ellos esta noche. Sería el tema de conversación durante los próximos años. A pesar de lo mucho que Booz la deseaba, no la deshonraría de esa manera.

¿Podría estar de pie ante el Señor si permitía que algo así le sucediera a Rut? ¿Podría mirarla a los ojos si dejaba que fuera humillada porque él no estuvo atento a hacer lo correcto? ¡No! Él tenía el deber de proteger su reputación, aunque eso significara entregársela a otro hombre. Se le encogió el corazón ante la idea. Apretando los dientes, luchó con su deseo de tenerla para sí. Pero ¿cómo podía ignorar la ley? Sin importar cuánto deseara a Rut, él debía obedecer al Señor.

Tú sabes que la quiero, ¿verdad, Señor? ¿Es por eso que me pones a prueba ahora? Oh, Jehová-tsidkenu, dame la fortaleza para no rendirme a mi deseo de poseerla. ¡Afírmame en Tu camino, porque si me desvío, estoy perdido! Ayúdame a mostrarle a Rut la bondad que me ha manifestado, y a afianzarla.

—Sí —le dijo—. Hay otro pariente que debe ser consultado. Quédate aquí esta noche, y en la mañana yo hablaré con él. Si está dispuesto a redimirte, entonces que él se case contigo. Pero si no está dispuesto, te aseguro tan cierto como que el Señor vive, ¡que yo me casaré contigo! Ahora, acuéstate hasta la mañana. Nadie debe enterarse de que una mujer estuvo aquí en el campo de trillar.

Rut volvió a acostarse a sus pies. Booz sentía su presencia con tanta intensidad que le dolía el estómago. Se preguntó si ella estaría dormida, porque no emitía ningún sonido. Tampoco se movía. Deseaba tocarla, hablar con ella, pero contuvo su mano y guardó silencio.

En lugar de eso, oró.

Ay, Señor, Señor…

Ni siquiera tenía palabras para los sentimientos que se agitaban tan fuertemente en su interior.

Estaba perturbado por su presencia, atravesado por el deseo de que fuera su esposa. ¿Cuántos años habían pasado desde la última vez que había sentido algo así? No desde que creyó que estaba enamorado de Noemí. *¡Más de veinte años!*

La esperanza de amar a Rut lo hizo tener miedo por primera vez en años.

***

Rut se despertó abruptamente cuando una mano le retiró suavemente el cabello de la frente.

—*Shhhh.* —Booz se llevó un dedo a los labios. Estaba apoyado sobre una rodilla, junto a ella, y había luz suficiente como para que pudiera ver su sonrisa.

—Todos duermen todavía —articuló sin hablar. Estaba amaneciendo. Era hora de que se fuera, antes de que cualquiera de los trabajadores se despertara y la viera allí.

—Trae tu manto y extiéndelo —susurró él. Ella lo siguió al montículo de cebada que había sido depurada de todas las semillas de tara—. No puedo mandarte a casa sin un obsequio. —Cargó grano con una pala en su chal hasta que hubo más de una fanega y media. Luego, lo ató y se lo cargó en la espalda—. Para Noemí.

Su generosidad nunca dejaba de asombrarla. No podría haber cargado más que esto.

—Gracias —susurró ella y lo miró. Cuando su mirada se encontró con los ojos de él, sintió el impacto del reconocimiento y conexión. No la veía solamente como mira un hombre a una mujer que le parece atractiva. La miraba como si ya fuera suya. El modo en que estudiaba cada detalle de su rostro le aceleró el corazón. Rut parpadeó, perpleja por la idea de que este hombre, tan superior a su condición social, la quería.

Cuando Booz estiró la mano, ella tomó aire estremeciéndose. Aunque se quedó quieta, esperando que la tocara, él retiró su mano. Su sonrisa se volvió casi paternal; su voz, vagamente reprobatoria.

—Que se haga la voluntad de Dios.

***

Tan pronto como Rut se perdió de vista, Booz despertó a Samas.

—Me voy a la ciudad. No sé cuándo volveré.

Samas comenzó a levantarse.

—¿Hay algún problema?

Booz le apoyó una mano en el hombro.

—Ningún problema, amigo mío. Hay un asunto del cual necesito ocuparme esta mañana. Es impostergable.

—Debe ser importante. Nunca supe que dejaras el campo de trillar.

Booz no tenía intención alguna de explicarle la situación. No quería que nadie especulara sobre la visita que Rut había hecho al campo de trillar. Para cuando terminara el día, ella tendría un esposo. Booz quería hacer todo lo que estuviera en su poder para tener la certeza de que sería él. Su éxito dependía de Dios. Apretó el hombro de Samas.

—Ora por mí, amigo mío. Ora para que lo que yo quiero sea lo que Dios tiene en sus planes.

Samas frunció el ceño, pero se apresuró a responder:

—Que el Señor te dé sabiduría en cualquier circunstancia.

—Dios quiera que así sea.

Booz bajó por el camino a Belén rápidamente. Sus pensamientos volaban con el plan que estaba formándose en su mente.

***

Rut llegó a casa antes de que saliera el sol y se sorprendió al encontrar a Noemí levantada y esperándola.

—¿Estuviste esperándome toda la noche?

—¿Podría haber dormido en una noche como esta? ¿Y bien? ¿Qué sucedió, hija mía?

Riéndose sin alegría, Rut bajó el grano.

—Todavía no está resuelto, madre. Booz me dijo que hay otro pariente más cercano que él. —Mantuvo su mirada hacia otro lado porque no quería que Noemí viera lo mucho que la había afectado esa noticia—. Pero me dijo que no me preocupara; que él se ocuparía de todos los detalles. Dijo que si este otro hombre no quiere casarse conmigo, él lo hará. Booz juró por Jehová que lo haría. —No pudo ocultar el repentino ataque de llanto—. ¿Qué pasará si no puede resolverlo y tengo que casarme con ese otro hombre? ¡Ni siquiera sé quién es!

Frunciendo el ceño marcadamente, Noemí golpeteó sus labios con los dedos.

Rut se secó las lágrimas de las mejillas y se quedó mirándola.

—Tú lo sabías, ¿verdad? ¿Sabías de este otro hombre y de todas maneras me enviaste a Booz?

—Quiero que tengas el mejor hombre de todos.

¿Sabía Noemí algo acerca de este otro hombre que lo hacía indeseable como esposo?

—¿Quién es ese hombre?

—Es un hombre como cualquier otro, pero no el hombre que desearía para ti.

—Ay, madre. ¿Qué importa lo que tú y yo deseemos? Ya no está en nuestras manos. —Rut lloró; las tensiones de la noche estaban afectando su entereza. Deseó no haber aceptado nunca ir al campo de trillar—. ¿No nos estaba yendo bien por nuestros propios medios? ¿Acaso Dios no estaba proveyendo lo necesario para cada día?

Noemí la abrazó.

—Oh, mi dulce niña, no tienes que preocuparte. ¡Booz te quiere!

—¿Cómo puedes saberlo? —Tal vez se había equivocado con lo que creyó haber visto en sus ojos.

—¡Mira todo esto! ¿Crees que el hombre habría mandado tanto grano contigo si le diera igual

el resultado? Solo sé paciente, hija mía, hasta que sepamos qué pasará. El hombre no descansará hasta que haya cumplido con todo esto. Lo resolverá hoy mismo.

***

Booz caminó a zancadas por las calles de la ciudad hasta que llegó a su casa. Varios de sus sirvientes estaban levantados, haciendo sus quehaceres domésticos. La casa estaba en orden; había olor a pan horneándose. «Tráeme agua, Avizemer, y que Ismael me prepare una túnica nueva, un manto y una faja».

Se lavó minuciosamente y se vistió con la ropa limpia. Cubrió su cabeza con su manto de oración y oró nuevamente, suplicándole a Dios que le diera sabiduría y fuerzas para hacer lo correcto. No se apuró para hablar con el Señor, sino que se quedó solo en la recámara hasta que el sol estaba muy alto y estuvo seguro de que estaría en paz con el resultado, fuera cual fuera.

Cuando salió de la recámara interior, sus empleados estaban amontonados, murmurando. Levantaron la vista, preocupados. «Ismael, tengo un encargo para ti. —Booz les sonrió a los demás—. Todo está bien. Vuelvan a su trabajo».

Hicieron lo que les pidió, pero él seguía sintiendo su curiosidad. Su boca dibujó una sonrisa irónica. No era cosa de todos los días que el amo viniera a casa corriendo como lo había hecho hoy. Con razón se habían preocupado. Estaban más acostumbrados a verlo regresar tarde, polvoriento por el trabajo, listo para asearse, comer, orar en calma e irse a la cama. Todos los días tenían la misma regularidad.

¡Pero hoy era distinto!

Le dio a Ismael los nombres de diez de los principales hombres de la ciudad que eran buenos amigos y honestos en su manera de manejar los asuntos con todos.

—Pídeles que se reúnan conmigo en la puerta de la ciudad. —A la mayoría podría encontrarlos fácilmente en la sinagoga. Solían reunirse en la mañana, antes de comenzar sus operaciones comerciales del día. Algunos, quizás, ya estarían sentados en la puerta de la ciudad, escuchando disputas entre los ciudadanos y ayudando a resolverlas—. Tan pronto como hables con ellos, ve adonde Noemí y Rut, la moabita. Viven en una...

—Sé dónde encontrarlas, mi señor.

—Bien. Llévalas a la puerta de la ciudad inmediatamente.

Booz bajó al mercado para buscar al pariente de Rut y Noemí. Conocía más de la fama del hombre de lo que hubiera deseado, pero estaba decidido a no juzgarlo basándose en chismes. Quería exponer el caso de Rut de manera tal que pudiera poner a prueba el carácter del hombre. Caminó entre los puestos hasta que vio a Rishón, hijo de Oved, hermano de Elimelec, hablando con varios jóvenes, mientras que su esposa sacaba cebada de un recipiente de barro y la volcaba dentro de la canasta tejida de una anciana. Las dos mujeres discutían. Con el entrecejo fruncido, Rishón se dio vuelta, le dijo algo a la anciana y gesticuló impacientemente. La mujer se dio vuelta con una mueca de derrota.

Poniéndose tenso, Booz se quedó parado un momento y respiró lentamente, tratando de pensar racionalmente. Lo que acababa de ver no era necesariamente lo que parecía. Necesitaba despejar su mente para la discusión que tenía por delante. Los hijos de Rishón estaban en el puesto, junto con su esposa. Contó tres, incluido el bebé que estaba en los brazos de la madre viuda de Rishón.

—Rishón —lo llamó Booz, sin acercarse. Cuando el hombre más joven se dio vuelta, le hizo señas para que se acercara—. Ven aquí, amigo. Quiero hablar contigo. —Mantuvo relajado su tono de voz, como si quisiera conversar de algo que no tenía demasiada importancia para él.

Rishón se acercó de inmediato, sonrojado y pareciendo ligeramente culpable.

—Supongo que viste a esa mujer. Siempre espera más de…

Booz levantó la mano para frenar el caudal de excusas.

—Es otro el asunto del que quiero hablar contigo.

Rishón parecía notablemente aliviado.

—¿Otro asunto? ¿Qué asunto?

—Ven —dijo Booz, tendiéndole la mano como muestra de bienvenida—. Siéntate conmigo en un lugar más fresco. —Captó el destello de especulación que había en los ojos de Rishón cuando se sentó a la sombra de la puerta de la ciudad. Rishón se sentó con él. Booz llamó por nombre a los diez hombres que se habían reunido en la entrada—. ¿Aceptan ser testigos de cualquier cosa que se decida hoy aquí?

Cada uno estuvo de acuerdo y se sentó en algún sitio cercano para escuchar el caso y actuar como testigo de lo que iba a decidirse entre los dos hombres.

Rishón miró a su alrededor, ceñudo, y luego volvió a enfrentar a Booz.

—¿De qué se trata todo esto, Booz?

Booz miró alrededor y vio a Noemí de pie entre las sombras. El corazón latió fuertemente en su pecho al ver a Rut parada junto a ella. Cuando volvió a mirar a Noemí, ella apoyó las manos entrelazadas sobre su corazón, sonrió débilmente y asintió.

—Conoces a Noemí —dijo Booz, extendiendo su mano hacia ella. Rishón la miró con indiferencia y asintió brevemente con la cabeza como reconocimiento, antes de volver a prestarle total atención a Booz—. Noemí, que volvió de Moab —dijo Booz.

—Eso oí.

Y, a pesar de ello, no tuviste compasión ni consideración familiar hacia ella, pensó Booz tristemente.

—Está vendiendo la tierra que le perteneció a nuestro pariente, Elimelec. —Los ojos de Rishón empezaron a brillar porque era una tierra excelente, cerca de la ciudad—. Sentí que debía decírtelo para que puedas redimirla, si lo deseas. Si quieres la tierra, cómprala aquí, en presencia de estos testigos.

—De acuerdo —dijo Rishón con un suspiro lleno de codiciosa expectación—. La redimiré.

***

Rut nunca había visto a un hombre más apuesto que Rishón. Era mucho más joven que Booz, fornido, rubicundo, con cabello que formaba rizos oscuros y barbudo. Vestía una túnica y un manto elegantes y tenía los modales de un hombre ansioso por sacar cualquier ventaja. Evaluaba prudentemente la reunión de ancianos con una mirada brillante y especulativa. Inclinaba la cabeza con soberbia. Aunque trataba de adoptar una postura de seguridad, ella sentía que estaba incómodo, como si esperara que lo confrontaran por algún error. Desconfiaba de esta reunión con Booz y tenía una actitud deferente hacia el hombre mayor. Rut tenía la sensación de que la actitud de Rishón no provenía del corazón, sino de su mente.

Tampoco le gustó cómo su pariente miró a Noemí. El hombre apenas le dirigió una mirada a su suegra, antes de descartarla de su mente, como si ella no tuviera ninguna relevancia.

Su corazón se desplomó cuando Booz dijo que Noemí quería vender la tierra de su esposo. Apretó el brazo de Noemí, esperando que ella protestara en su favor, pero su suegra se inclinó hacia ella y susurró:

—Booz sabe lo que está haciendo. Confía en él.

—Si quieres la tierra, entonces cómprala aquí, en presencia de estos testigos —estaba diciendo Booz—. Pero si no la quieres, házmelo saber de inmediato, porque yo soy, después de ti, el que sigue en fila para redimirla.

—Está bien, yo la redimiré —dijo Rishón con impaciencia.

—Bien —dijo Booz. Rut sintió que se ponía pálida. ¿Había entendido mal los sentimientos que él le había manifestado, su deseo de casarse con ella? Booz ni siquiera miraba hacia donde estaba ella ni parecía preocuparle que ella pasara a ser propiedad de Rishón.

—Es buena tierra —dijo Rishón—. Qué lástima que no haya sido explotada durante tanto tiempo.

—Desde luego, comprarle la tierra a Noemí también exige que te cases con Rut, la viuda moabita. De esa manera, ella podrá tener hijos que llevarán el nombre de su esposo y mantendrán la tierra dentro de la familia.

La sociabilidad de Rishón se desvaneció.

—¿La moabita? —No hizo ningún esfuerzo por ocultar su desilusión. Miró a Booz y a los ancianos reunidos. Su boca se puso tensa—. Entonces... —Su rostro se ensombreció—. Entonces, no puedo redimirla porque eso podría poner en riesgo mi propio patrimonio.

—Esa es su excusa —le susurró Noemí, disgustada, a Rut.

Rut se preguntó qué le molestaba más a Rishón: ¿tener que cumplir la obligación que tenía con ella y darle un heredero a Mahlón? ¿O correr el riesgo de que cualquier porción de su propiedad pudiera quedar para el hijo que ella podía concebir? Las personas que habían venido a mirar murmuraban entre ellas.

—A su esposa no le gustaría —dijo alguien cerca de Rut.

—Debería cumplir su deber con Noemí.

—Codicia la tierra, pero no le ve sentido a comprarla si tiene que devolvérsela como herencia a la familia de Elimelec.

Rishón miró a los reunidos a su alrededor; parecía molesto. Se desató la sandalia apresuradamente y se la entregó a Booz, validando públicamente la transacción.

—Redime tú la tierra; yo no puedo hacerlo. Cómprala tú. —Se levantó rápidamente y se abrió paso a empujones entre los que miraban.

Noemí apretó fuertemente la mano de Rut.

—¡Lo hizo! —Rio en voz baja, complacida—. Sabía que lo haría.

Rut contuvo la respiración cuando Booz la miró. Aunque su expresión era solemne y respetuosa, sus ojos oscuros tenían una luminosidad que nunca antes había visto. Pareció controlarse, porque pestañeó y desvió la mirada. Se levantó

con la sandalia de Rishón apretada en la mano. Se dirigió a los diez ancianos y a la multitud que se había congregado para ver qué sucedía:

—Ustedes son testigos de que hoy le he comprado a Noemí toda la propiedad de Elimelec, Quelión y Mahlón. Y con la tierra, he adquirido a Rut, la viuda moabita de Mahlón, para que sea mi esposa. De esta manera, ella podrá tener un hijo que continúe con el nombre de su esposo muerto y herede la propiedad familiar que está aquí, en su ciudad natal. Todos ustedes son testigos el día de hoy.

Los diez hombres se levantaron con Booz, luciendo majestuosos con sus túnicas largas y sus mantos de oración y filacterias.

—Somos testigos —dijeron.

—¡Somos testigos! —se sumó la multitud.

Noemí empujó suavemente a Rut hacia los hombres.

—Ve —susurró, con el rostro resplandeciente de emoción—. Ve a él, querida.

El mayor de los ancianos le tendió su mano a Rut. La muchedumbre se dividió mientras ella avanzaba y le daba la mano al anciano. Booz caminó para pararse al otro lado del hombre. El anciano sonrió a Booz y luego inclinó su cabeza hacia Rut.

—¡Que el Señor haga que esta mujer que ahora entrará en tu casa sea como Raquel y Lea, de quienes descendió todo el pueblo de Israel! —Acercó a Rut mientras Booz extendía su mano. Cuando la mano de ella fue colocada sobre la de él, los dedos de Booz se cerraron afectuosamente sobre los de ella. El anciano suavemente puso sus manos encima de las de ellos—. Que seas grande en Efrata y famoso en Belén. Y que el Señor te dé descendientes por medio de esta joven que sean como los de nuestro antepasado Fares, el hijo de Tamar y Judá.

El sirviente que había ido a buscar a Rut y a Noemí se abrió paso apresuradamente entre el gentío y corrió por la calle. La gente clamaba bendiciones para Rut y Booz. En su entusiasmo, hombres y mujeres se apilaban alrededor de ellos; los hombres palmeaban la espalda de Booz, mientras que las mujeres se turnaban para abrazar a Rut y bendecirla fervorosamente. Booz reía y hablaba con todos. Noemí tenía una sonrisa de oreja a oreja y gesticulaba mientras charlaba agitadamente con las amigas que la rodeaban. Rut todavía estaba anonadada por cómo había resultado todo. Booz mantenía su mano cerrada sobre la suya para mantenerla cerca de él mientras las personas revoloteaban alrededor de ellos, bendiciéndolos y felicitándolos. La multitud los siguió por la calle cuando él la llevó a la ciudad y por la calle. Abrumada por el festejo de la muchedumbre que los rodeaba, Rut miró hacia atrás por encima del hombro, con las mejillas encendidas y el corazón latiendo aceleradamente. ¿Dónde estaba Noemí? ¿Venía con ellos?

«¡Rut! —gritó Noemí, abriéndose paso entre los muchos que los saludaban, acompañada por varias mujeres—. Debemos prepararte para la boda —dijo, abrazándola y apartándola a un costado mientras le daba una palmadita alegremente a la mano de Booz—. Tu novia estará lista para ti esta noche. —Rut fue apartada rápidamente por Noemí, sus amigas y las criadas de los campos de Booz, todas hablando al mismo tiempo. Rut apenas podía respirar.

La llevaron a la casa de Abigail, una amiga de Noemí de la infancia. Trajeron agua a una recámara interna, donde le quitaron el vestido gastado. La bañaron meticulosamente, la frotaron con aceites aromáticos y le cepillaron el cabello, largo hasta la cintura, hasta que sus abundantes rizos brillaban.

Una joven criada vino a buscar a Noemí.

—Booz ha enviado regalos para que Rut se los ponga. —Desaparecieron de la habitación y volvieron dentro de poco. Noemí llevaba una caja tallada en marfil.

—Mira —dijo, y la abrió para Rut—. ¡Joyas! Mira cuánto te valora. —Sacó un collar adornado con sardos rojos, esmeraldas, zafiros y diamantes—. Y también envió ropa para la boda.

Noemí le entregó la caja a Abigail y ayudó a vestirse a Rut.

—Parecerás una reina. —Cuando la larga túnica blanca se deslizó sobre su cabeza, Rut suspiró. Nunca en su vida había sentido algo tan suave. También había un vestido para llevar encima, bordado con colores alegres, y una faja tejida con hilos de lino en tonos más finos: dorados, azules, púrpura y escarlata, que dibujaban un motivo complejo. Había brazaletes y aros con piedras de todos los colores del arcoíris y una corona delgada de oro que tenía presillas de cadenas con círculos de oro.

Una de las sirvientas de Abigail trenzó el cabello de Rut con las piedras preciosas que Booz había enviado. Por último, colocaron sobre su cabeza un velo diáfano con bordes decorados con uvas y hojas y gavillas de cebada bordados. La tela tenuemente esfumada le llegaba hasta las rodillas.

—Los hombres llegarán pronto —dijo Noemí, tomando la mano de Rut y besándola. Tenía los ojos brillosos por las lágrimas—. Estoy tan feliz por ti.

Rut aferró la mano de Noemí entre sus dos manos.

—Por nosotras dos.

Noemí le acarició la mejilla.

—No le tengas miedo, querida. No te habría enviado a él si no hubiera estado convencida de que puede hacerte feliz.

Los ojos de Rut se llenaron rápidamente de lágrimas.

—Pero ¿lo haré yo feliz a él?

—Ay, dulce mía. ¿No viste su rostro cuando Rishón le dio la sandalia? El oro y la plata no podrían haberlo complacido más. Tú eres su tesoro, hija mía, un regalo de Dios.

Rut agachó la cabeza y cerró los ojos. Las palabras de Noemí la conmovían. ¿De verdad podía amarla tanto Booz? Seguramente un hombre como Booz merecía ser correspondido con amor. ¿Pero sería ella capaz de darle lo que él más anhelaba en el mundo? ¿Se conmovería su corazón por él como había hecho por Mahlón? ¿Se estremecería cuando él la tocara? ¿Llegaría a anhelar verlo? Admiraba a Booz. Tenía el mayor de los respetos por él. Pero ¿amor? ¿Podría entregarle sin reservas su corazón y su cuerpo? ¿Le respondería de una forma que le causara alegría? ¿O siempre lo vería como un padre bondadoso o un hermano mayor a quien admiraba?

Oh, Señor Dios, no quiero causarle aflicción a Booz. Por favor transfórmame en la mujer que fue destinada para este hombre. He visto el amor incondicional que él tiene por Ti. ¡Por favor, llename con un amor por él de todo corazón! Moldéame para que sea una esposa que embellezca su corona. ¡Preferiría morir a causarle dolor a este hombre!

Sintió sobre su cabeza la mano suave y tranquilizadora de Noemí y oyó que oraba en un susurro suave pero ferviente: «Oh, Dios de Israel, calma los temores de mi hija. Ella te pertenece, al igual que yo. Por favor, bendice a Rut por el amor y la obediencia que me ha demostrado. Y, si no es pedir demasiado, dale un amor por Booz que supere el que tuvo por Mahlón —Su voz se quebró tiernamente—, mi hijo». Besó a Rut en la cabeza.

***

Booz nunca había estado más nervioso. Trataba de ocultarlo, pero notó las sonrisas que intercambiaban sus sirvientes y se dio cuenta de que no estaba lográndolo. Se rio de sí mismo.

—¡Ni siquiera puedo atarme bien esta faja!

Samas se acercó a él.

—¿Me permites? —Booz le cedió la faja, agradecido, y suspiró con alivio cuando su encargado terminó de amarrarla. Otro sirviente sostenía un manto blanco con ribetes púrpuras, azules y rojos. Booz fijó los broches dorados a una cadena de oro para mantener en su sitio el manto. Por último, colocaron sobre su cabeza una corona de oro adornada con piedras preciosas.

Sus amigos se estaban reuniendo y llenando la casa. Algunos disfrutaban burlándose de él, mientras que otros aprovechaban la oportunidad para elogiar a su novia.

—¡Era hora de que te consiguieras una esposa, Booz!

—¡Tuvo que estafar a un pariente para lograrlo!

—Rut es una joven digna de alabanza, amigo mío.

—Ella llenará tu casa de hijos.

—¡Lástima que una muchacha tan bonita tenga que casarse con un tipo tan viejo!

Booz reía con ellos, pero no tenía la seguridad que demostraba. ¿Cómo lo vería Rut? Él no era joven y nunca había sido apuesto. No se le ocurría nada que pudiera enaltecerlo ante una mujer joven y virtuosa. Las dudas lo acometían por todos lados, a pesar del ambiente alegre que lo rodeaba.

—No frunzas tanto el ceño, Booz —dijo Samas—. Asustarás a la pobre muchacha.

Booz se obligó a sonreír. Su casa rebosaba de amigos, incluso los hombres más importantes de la ciudad. Había impartido órdenes para todos los preparativos, lo cual incluía que los menos afortunados tuvieran ropa de fiesta para la ocasión. Todo estaba listo, menos él.

—¿Qué te preocupa, Booz? —dijo Samas.

Booz había elegido a su encargado para que fuera su acompañante en la ceremonia de bodas. A lo largo de los años, Samas había demostrado ser un amigo leal. Booz lo llevó a un costado y le confesó sus preocupaciones más graves.

—La obligué a casarse conmigo. ¿En qué estaba pensando? Debería haber arreglado una pareja mejor para ella que...

—¿Una pareja mejor? ¡No hay una pareja mejor! ¿No es suficiente que la muchacha te respete?

¿Se suponía que esas palabras debían animarlo?

—Deseo más que eso para Rut.

—Muchos hombres empiezan con menos. —Samas sonrió irónicamente—. Además, es demasiado tarde para preocuparse por eso. Tú *eres* su esposo. El pacto entre ustedes fue atestiguado por todos los que estaban en la puerta. Ya anocheció y es hora de que vayas a buscar a tu novia. —Sus ojos se llenaron de compasión—. Rut es una joven sabia, Booz. Me parece que te sorprenderás felizmente con el futuro que Dios ha preparado para ustedes.

Booz rio nervioso.

—Ya estoy felizmente sorprendido, amigo mío. Nunca pensé que tendría una esposa; mucho menos una esposa como Rut.

Antes de irse, Booz se aseguró de que hubieran terminado todos los preparativos para el banquete de la boda. El toldo estaba armado y decorado con flores y ramas verdes y revestido con cojines cómodos. La casa estaba impregnada con los aromas de la carne asada, el pan recién horneado, las especias y las flores. El piso estaba cubierto por alfombras tejidas. Las bandejas ya estaban cargadas, listas para servir a los invitados. Booz contó las vasijas de arcilla que había contra la pared más lejana.

—¿Hay vino suficiente?

—Hay suficiente, mi señor —dijo Samas—, ¡y el mejor de todo Belén!

Booz no había preguntado por la recámara nupcial. Sus sirvientas se habían ocupado de prepararla.

Samas se le acercó.

—Todo está listo, Booz. Si demoras más, Rut podría pensar que cambiaste de parecer.

Booz salió directo de su casa y sus amigos se formaron en fila al lado y detrás de él. La procesión iba serpenteando por las calles de Belén. Sus compañeros cantaban. Algunos tocaban flautas de doble caña, laúdes y liras. Otros danzaban.

Cuando Booz llegó a la casa de Abigail, abrieron la puerta aún antes de que tocara. Noemí se paró frente a él con el rostro transformado. No la había visto sonreír desde que había vuelto de Moab. Parecía casi joven de nuevo, y él recordó el pasado, en la época que quiso hacerla su esposa.

«Vengo a buscar a mi novia», dijo él. Su corazón se detuvo cuando miró más allá de Noemí y vio a las mujeres ataviadas con vestidos de fiesta, trayéndole a Rut, cubierta por su velo de novia. No pudo decir una palabra más. Cuando le ofreció la mano, Rut la tomó. Sintió que sus dedos temblaban entre los suyos mientras la guiaba a su lado. Deseaba poder levantar el velo y mirarla a los ojos. Tal vez así podría sentir lo que ella estaba sintiendo.

Rut y Booz volvieron a quedar en medio del tumulto cuando las mujeres se sumaron a los hombres de la procesión de vuelta por las oscuras calles de Belén. Algunos hombres llevaban antorchas. Las mujeres tocaban panderetas, golpeaban tamborcitos de mano, tintineaban crótalos, agitaban campanillas resonantes y cantaban con los hombres. Muchos llevaban lámparas de aceite para alumbrar el camino.

Cuando Booz entró en su casa, levantó su manto y lo colocó encima de Rut mientras la acercaba a la tarima debajo del toldo. Estaba sorprendido y contento de que ella supiera exactamente qué debía hacer. La acompañó a dar varias vueltas completas para que todos los testigos vieran que ella tenía su cobertura matrimonial. Cuando él se detuvo, ella no dudó. Se quitó el velo y lo acomodó sobre el hombro de Booz, de acuerdo con la costumbre. La gente declaró: «¡El gobierno descansará sobre su hombro!». Noemí sonreía orgullosamente.

Rut se instaló al lado de Booz sobre un almohadón, debajo del toldo.

—Nunca te he visto más bella que hoy, Rut.

Ella lo miró y Booz sonrió. Fascinado, vio que las mejillas de ella se ruborizaban.

—Ni yo a ti —dijo ella y volvió a bajar la cabeza.

Él rio en voz baja.

—Me hacía mucha falta un nuevo plumaje.

Rut tomó la mano de él entre las suyas. El calor de su toque subió por su brazo y se extendió por su cuerpo.

—Que Dios te bendiga por ser bondadoso conmigo.

Booz sintió la garganta apretada.

—Ya lo ha hecho.

***

Cuando los acompañaron a la recámara nupcial y los dejaron solos, Booz se sintió como un joven inexperto parado en medio de la habitación. No sabía qué decirle a Rut. Quería hacerla sentir cómoda, pero ¿cómo podía hacerlo, cuando nunca había estado más nervioso en toda su vida? No estaba preparado para saber cómo complacerla y deseó haber hablado con alguno de sus amigos casados. ¡No había tenido tiempo! Empezó a caminar de un lado a otro y se detuvo. Se pasó los dedos por la barba. Se dio cuenta de su actividad nerviosa y se llevó la mano al costado. Afortunadamente, Rut se había dado vuelta y no había visto su torpeza.

Cuando ella se quitó vestido bordado que cubría su túnica, él se sobresaltó por lo poderoso que eran su deseo.

—Podemos esperar, Rut.

—Es lo que se espera de nosotros.

¿Lo que escuchaba en su voz era resignación o aceptación voluntaria?

—Podemos esperar —dijo otra vez.

Rut lo miró por encima del hombro. Frunciendo un poco el ceño, se dio vuelta por completo para mirarlo. No dijo nada por un largo rato, explorando su rostro con sus ojos castaños de cierva.

Booz quiso esconderse de su mirada examinadora, pero no lo hizo. Rut pestañeó, sorprendida. Entonces se acercó a él y, a cada paso que daba cruzando la habitación, Booz sentía que el dolor le estrujaba más el pecho. Era más vulnerable que cuando había pedido la mano de Noemí, porque no la había amado a ella tanto como amaba a esta joven.

Ella sujetó su mano. Él no podía hablar. Cuando Rut le besó la palma de la mano y la apoyó contra su mejilla, él no pudo moverse.

—No es necesario esperar, esposo mío —dijo ella en voz baja—. Vine a ti sin ninguna obligación.

—Noemí te envió.

Ella lo miró seriamente. Buscó su mirada con una expresión completamente confundida.

—Elegí obedecer. Tenía esperanzas, pero nunca me habría atrevido a creer que tú me considerarías aceptable.

Soltó la respiración bruscamente.

—Yo tenía esperanzas —dijo con voz ronca—, pero todavía no me atrevo a creer... —No pudo terminar. Esta muchacha podía destruirlo con una sola palabra.

Los ojos húmedos de Rut brillaban. Se levantó y tomó su rostro entre sus manos.

—Para que sepas que soy tuya, mi señor. —Le hizo bajar la cabeza y lo besó.

***

Y las mujeres decían...

—Ya era hora de que Booz se casara.

—Y qué muchacha tan encantadora.

—Nunca vi a una muchacha más dedicada a su suegra.

—¡Que yo fuera así de afortunada!

—Rut es mejor que un hijo varón.

—Ya lo sabemos. Un varón se casa y se olvida completamente de su pobre y anciana madre.

—Vaya techo que puso Rut sobre la cabeza de Noemí.

—¡Que yo fuera así de afortunada!

—He estado orando para que mi hijo consiga una muchacha así, pero a él le interesa más el aspecto físico que la integridad de la mujer.

—Qué lástima si Booz no ama a Rut de verdad.

—Un matrimonio por obligación es un frío compañero de cama.

—Que Dios les dé toda clase de felicidad.

Las mujeres estuvieron de acuerdo y cada una se fue por su lado, regresando a sus hogares y a sus propias familias.

***

Y los hombres decían…

—Por la actitud de Booz, supe que se trataba de algo muy importante para él. Estaba muy apurado por resolver el asunto sin demora.

—Rishón no tenía posibilidades.

—Rishón tuvo todas las posibilidades que merecía. Quería la tierra, pero no la responsabilidad que venía con ella.

—No se apuren tanto a arrojar piedras. La esposa de Rishón le dio tres hijas. ¿Ustedes estarían ansiosos por ceder a su primer varón para que sea el heredero de otro hombre? ¿Y si su primera esposa no tuviera ningún hijo? ¿Qué pasaría entonces?

—Al margen de eso, Rishón abandonó el deber que tenía hacia Noemí y Rut.

—Es una muchacha excelente.

—Que Dios le conceda tener muchos hijos.

—Booz se mantuvo todos estos años sin tener esposa. Será una adaptación difícil.

—¡Que yo fuera así de afortunado!

Algunos rieron.

—Ella es muy joven. No me gustaría ver que le rompiera el corazón a mi amigo a esta altura de su vida.

—Tus temores no tienen motivos. Rut es joven, pero ha demostrado tener carácter.

—No dudo de su carácter. Simplemente oro para que lo ame tanto como, evidentemente, él la ama a ella.

—Que el Señor y Dios de Israel llene su corazón de afecto por nuestro amigo.

CINCO

Rut dio a luz nueve meses después de los festejos de la boda. Acomodándose sobre las sábanas para descansar, vio a Noemí tomar al bebé, lavarlo, ponerle sal y envolverlo con cuidado en pañales.

—Es hermoso —sollozó Noemí, abrazándolo—. Muy hermoso. —Lo sacó de la habitación, y Rut giró su rostro hacia la pared y lloró en silencio.

Booz vino a verla más tarde. Rut se había levantado de la cama, se había vestido y estaba sentada junto a la puerta que daba al jardín observando a Noemí, que caminaba con el bebé. Booz acercó un taburete y se sentó al lado de ella.

—Noemí ya no será llamada Mara.

Rut lo miró. Él contemplaba el jardín como ella, pero Rut no podía interpretar la expresión que había en su rostro.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

Él no la miró.

—No me agradezcas por hacer lo correcto. —Su voz era áspera por la emoción.

—Renunciaste a tu primogénito para que sea el heredero de la familia de otro hombre.

—Es nuestra costumbre, Rut.

—No. No fue la costumbre de Rishón. Es tu manera de hacer las cosas, Booz. Has puesto a los demás antes que a ti mismo.

La miró.

—No me alabes tanto, Rut. Estoy luchando entre mi deber y mi deseo. —Desvió la mirada—. Soy un hombre como cualquier otro.

Ella contuvo sus lágrimas, queriendo clamar que él no era nada como otros que había conocido. Ni siquiera Mahlón, a quien había amado tanto, hubiera actuado como Booz.

—¿Quieres que se llame Mahlón? —dijo Booz en voz baja, todavía observando a Noemí, sentada en un banco de piedra debajo de un olivo.

—Que su nombre sea Obed. —Un sirviente.

—Así será. Noemí nunca tendrá miedo a quedarse sola en su vejez —dijo Booz.

—Ni tú.

Booz se levantó. Le tocó la cabeza ligeramente y, luego, se dio vuelta y la dejó sola para que viera a Noemí con el hijo de ambos.

Rut se quedaba con el niño durante la noche y se levantaba cada pocas horas para alimentarlo. Disfrutaba esos momentos, cuando la quietud la rodeaba y tenía cerca a su hijo y sentía que su boca tironeaba de su pecho. Acariciaba su mejilla suave y dejaba que sus deditos apretaran fuertemente el suyo. Las lágrimas brotaban de sus ojos, pero las contenía. Cuando terminaba de amamantarlo, lo retenía junto a ella en la cama. Todas las mañanas, Noemí entraba en la recámara, se inclinaba a saludar a Rut con un beso y se llevaba a Obed en brazos para cuidarlo durante el día; solo se lo entregaba cuando tenía que alimentarse.

***

—Nunca más volverán a llamarme Mara —dijo Noemí, riendo por las expresiones que dibujaba el rostro de Obed—. Nunca más.

—¡Es hermoso! —exclamaban las mujeres, admirando al bebé. Cada etapa del crecimiento de Obed era recibida con proclamas de las mujeres de la ciudad, quienes solían reunirse en la casa de Booz para observar los avances del bebé—. ¡Alaba al Señor, que hoy te dio un redentor para tu familia!

—Que sea reconocido en Israel.

—Que este niño te devuelva la juventud y te cuide en la vejez.

—Indudablemente lo hará, porque es el hijo de tu nuera que tanto te ama.

—¡Rut ha sido mejor para ti que siete hijos varones!

Ah, sí, Rut, su preciosa Rut. Noemí sonrió y apoyó a Obed sobre su hombro para frotarle la espalda, deleitándose en cómo el bebé se arrimaba a su cuello y se entregaba a ella. No recordaba haber vivido algún momento más feliz que el presente, con este niño en brazos. Dios le había quitado todo y ahora estaba reconstruyendo su casa sobre cimientos firmes. Este niño, que había nacido para reemplazar a sus hijos y a su esposo, sería criado por Booz, un hombre de fe que estudiaba la ley con diligencia y pasión, un hombre que se sentaba a las puertas de la ciudad y dirigía a su pueblo con sabiduría y bondad amorosa.

—Ah, mi pequeñito —dijo, levantando a Obed y besándolo debajo de su mentón regordete—. Cuando crezcas, que seas la clase de hombre que es tu padre. —Estaba fascinada por las risitas infantiles de su nieto. Cuando se dio vuelta, vio que Rut la observaba desde la puerta; el deseo materno fue fácil de ver. De pronto, Noemí tomó consciencia del regalo que le había dado de tan buena gana. ¿Había pensado alguna vez en cuánto le costaba a Rut? ¿Y a Booz? Su nuera sonrió y se dio vuelta para hacer alguna tarea dentro de la casa. Noemí frunció el ceño mientras apoyaba a Obed contra su hombro otra vez.

Algo les faltaba. Noemí sabía qué era, pero nada podía hacer al respecto. Por lo tanto, oró y oró y siguió orando sin cesar por aquello que solo Dios podía darles a estos dos que habían renunciado a tanto.

***

Administrar la gran casa de Booz fue para Rut una tarea absorbente, pero estaba agradecida por ese trabajo que demandaba tanto de su tiempo y de su mente. Booz la animaba para que tomara todas las decisiones que involucraban el manejo del hogar, y ella solía pedirle consejos a Noemí mientras se adaptaba poco a poco a su nuevo rol como esposa de uno de los dirigentes de Belén. Aprendió a delegar labores en los sirvientes en lugar de tratar de hacer todo ella misma. Elogiaba el trabajo de ellos y agradecía que se esforzaran cada vez más. Parecían deseosos de complacerla, y ella anhelaba ocuparse de sus necesidades en la misma medida. Se levantaba antes del amanecer para preparar el desayuno para toda su casa y planificar el trabajo diario de los sirvientes. Se fijaba en las

mejores ofertas del mercado y era generosa con los necesitados. Nadie en su casa tenía carencias. Su mano siempre era dadivosa, porque todo lo que Booz tocaba parecía producir abundancia.

Cuando Booz fue a buscarla a la casa de Abigail y la llevó a su hogar, casi dos años atrás, ella había tenido miedo de decepcionarlo, de no poder amarlo como él merecía ser amado. Pero todo eso cambió cuando la trató con tanto respeto y cariño en su noche de bodas. ¿Quién podía no amar a un hombre así? Con el correr de los meses, sus sentimientos por él florecieron y se hicieron aún más profundos, hasta que sucedió un milagro. A pesar de que nunca esperó volver a amar, ahora se sorprendía de estar tan enamorada de él que tenía que recordarse a sí misma que él se había casado con ella solamente para criar a un hijo para su primer esposo.

Rut y Noemí pasaban muchas horas juntas cardando lino y tejiendo telas para coser prendas para los pobres, mientras Obed jugaba en el piso cerca de ellas. Se reían de sus gracias porque era un bebé encantador y feliz. Él las mantuvo ocupadas a las dos cuando empezó a gatear y, después, a dar pasitos por toda la casa, con las manos dispuestas a tocar todas y cada una de las cosas que tuviera a su alcance. A veces Booz venía a casa y lo miraba jugar, pero solo lo cargaba cuando Noemí colocaba al niño en sus brazos. Era como si Booz pidiera permiso para agarrar a su propio hijo.

A pesar de todo lo que tenía que hacer, Rut sentía un vago desasosiego, una soledad dolorosa. Había estado casada con Booz por casi dos años y conocía tan poco cuáles eran sus pensamientos íntimos como el día que lo conoció en el campo de cebada. Era su esposo y, sin embargo, se mantenía distante de ella.

—No creo que sea feliz —le dijo un día a Noemí cuando su suegra casualmente comentó acerca de cuánto tiempo pasaba Booz con los otros ancianos en la puerta de la ciudad.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Se levanta antes que yo, ora solo en el jardín y se va por el resto del día. Pasa más tiempo con los otros hombres que en su propia casa, madre. A veces me pregunto...

—¿Qué te preguntas?

—Si está evitándome.

Noemí se levantó y apresuradamente levantó a Obed antes de que derrumbara una pila de lino seco. Se rio y lo regañó antes de volverse a Rut.

—¿Has hablado de esto con Booz?

—¿Cómo podría atreverme a hablar con Booz sobre algo, madre? Después de todo lo que hizo por nosotras, ¿debería esperar más de él? —Se concentró en su hilado, temerosa de confiarle demasiado a Noemí. Lo último que deseaba era

arriesgarse a causarle dolor a su suegra reconociendo cuánto amaba a su esposo. ¿Sentiría Noemí que le era desleal a su querido Mahlón?

Noemí sonrió apenas, balanceando a Obed sobre su cadera.

—Las cosas han cambiado, ¿cierto?

—¿Cambiado?

—Estuviste de acuerdo en ir a buscar a Booz para que te diera un hijo para reclamar la herencia de Mahlón. Fuiste a Booz para que yo tuviera un techo. Lo hiciste porque yo te mandé.

—Estuve de acuerdo en ir a buscarlo. —Los labios de Rut temblaban. No quería que su suegra pensara que había actuado de manera completamente desinteresada. Si no hubiera admirado a Booz, no habría aceptado ofrecerse al hombre sin reparos. Apretó los labios—. Tú sabes cuánto amé a Mahlón, madre. Lo sabes, ¿verdad?

Noemí pareció desconcertada por un momento y, entonces, se le despejaron los ojos repentinamente y los abrió muy grandes.

—Ay, querida mía. —Dejó a Obed en el piso. Se acercó a Rut y se sentó a su lado—. Fuiste una esposa maravillosa para mi hijo. Yo lo sé mejor que nadie.

Las manos de Rut temblaban cuando las apretó sobre su falda.

—No quiero herirte.

Noemí puso sus manos sobre las de Rut.

—Si estás tratando de decirme que amas a Booz, te aseguro que no lo consideraré una deslealtad hacia mi hijo. A decir verdad, ¡me alegraré, porque es una respuesta a mis oraciones!

—¿En serio? —Examinó el rostro de Noemí y no vio ningún indicio de que estuviera dolida.

Noemí apoyó tiernamente una mano sobre su mejilla.

—Ay, Rut, te amo como si fueras mi propia hija. Quiero que seas feliz. Y Booz es un buen hombre, un hombre muy bueno.

Rut sonrió temblorosa.

—Un hombre maravilloso. —Se sintió aliviada de su culpa, pero eso no cambiaba la disyuntiva en la que se encontraba—. Pero creo que se casó conmigo solamente para cumplir con su deber como nuestro pariente.

—Estoy segura de que te equivocas. Booz te ama. ¿Acaso no te lo dije antes de enviarte a él?

—Casi ni me mira. No me ha tocado desde que… —Sacudió la cabeza, desanimada. Tragó con dificultad y continuó, sin rodeos: —Booz cumplió con llevar a cabo su obligación como pariente nuestro, madre.

—Ah —dijo Noemí, y sus ojos revelaron que había comprendido.

Rut apartó la vista. ¿Qué pasaría con el legado de Booz? Si él moría sin tener más hijos, todo su patrimonio, así como el de Mahlón, sería para Obed. Un hombre bueno y amoroso como Booz merecía perpetuar su propio nombre.

Él se mantenía distante de ella en tantos sentidos, y ella deseaba conocer todo sobre él. Quería compartir sus pensamientos, su dolor, sus luchas, su esperanza. Pero él parecía refugiarse en su trabajo, en sus obligaciones con el pueblo de Belén, en su servicio al Señor, en cualquier cosa y en todo lo que lo mantuviera alejado de su propio hogar… y de su propia esposa. No obstante, ¿cómo podía quejarse? Todos se beneficiaban. Las buenas obras de Booz llegaban a todos, incluso a ella y a Noemí. Él se había dado por completo por Noemí y por ella, sin esperar nada a cambio. Tampoco parecía esperar —ni desear— el amor de Rut.

Rut se sentía confinada, atrapada por el silencio. Estaba tan confundida que sus emociones eran turbulentas. No había sentido tanta incertidumbre al irse de Moab. Vino a Belén contenta de pasar el resto de su vida cuidando a su amada suegra. En vez de eso, Dios la cobijó bajo Su ala poderosa y proveyó para ella a través de la bondad de Booz. ¿Por qué ella, la más humilde entre los humildes de Belén, una extranjera, fue enaltecida ante los ojos de todos y se convirtió en la esposa del hombre más bueno, más generoso y más justo de toda la ciudad? Todos los días se regocijaba por las bendiciones que Dios había derramado sobre ella, aunque cada vez se sentía menos merecedora de ellas.

Entonces, ¿por qué esta aflicción interminable? ¿Cómo se atrevía a pedir más? Sin embargo… ¡anhelaba hacer feliz a su esposo!

¡Oh, Booz, mi Booz!

Se pasaba los días esperando que él volviera a casa. Se derretía cuando le sonreía, aunque no fuera más que una sonrisa paternal. Tan solo el sonido de su voz le hacía vibrar el corazón. Cuando la tocaba, ella temblaba.

Pero Booz estaba cada vez menos tiempo en casa. Y a ella solo se le ocurría una razón por la que podía ausentarse durante tanto tiempo. Él no podía corresponder sus sentimientos y se sentía incómodo con ella. Pues seguramente había notado cuán profundo era su amor por él.

Oraba pidiéndole a Dios que la conformara con pasar el resto de su vida en la periferia de la vida de su esposo, que se contentara con que él estuviera contento. Deseaba ser parte de la vida de Booz, que le confiara sus luchas y sus triunfos; deseaba ser parte de *él*. Pero, al parecer, Booz no compartía su deseo.

—¿Qué pasa, hija mía? —dijo Noemí, sosteniendo la mano de Rut—. ¿Qué te causa tanto dolor?

—Lo amo. Lo amo tanto que me duele. —Lo amaba más de lo que había amado a cualquier otra persona, incluso a Mahlón.

—Y no se lo has dicho.

—No quiero avergonzarlo.

—¿Avergonzarlo? ¿Te parece mejor que piense que te ha fallado como marido?

Rut retrocedió.

—¡No ha fallado!

—Cualquiera puede darse cuenta de que eres infeliz.

—Porque él se aleja, madre. —Se levantó de su telar y se alejó, impaciente—. Porque nunca está en casa.

—Mi amada Rut, un hombre que se casa a una edad tardía conoce muy poco acerca de cómo piensa una mujer; mucho menos, una mujer joven y enamorada. Probablemente se mantenga alejado porque cree que eso te hace feliz.

Rut pestañeó y volvió a mirar a Noemí. Nunca lo había considerado de esa forma.

—Booz es solo un hombre, mi querida, y los hombres no siempre son tan fuertes como se muestran. Me imagino que Booz se ve a sí mismo mucho mayor que su esposa joven y encantadora, demasiado viejo para que ella lo ame. Podrías destrozarle el corazón con una sola palabra.

—Yo quiero hacerlo feliz.

Noemí sonrió.

—Entonces, acepta la bendición de esta anciana, y *hazlo*.

***

Noemí no se conformó con dejar las cosas como estaban. Su nuera había sido atrevida una vez por amor a ella, pero Noemí dudaba de que tuviera la confianza en sí misma para buscar y tomar algo para sí. Noemí salió de la casa poco después de hablar con Rut. Dijo que iba a visitar a una amiga enferma. Se dirigió directamente a la puerta de la ciudad, donde sabía que encontraría a Booz. Él estaba ahí, como de costumbre, y en su lugar habitual. La vio venir y se preocupó más aún cuando ella le hizo señas para que se acercara. Les dirigió una palabra a los demás hombres importantes, se puso de pie y se acercó a ella.

—¿Pasa algo malo?

—Todo está bien —dijo ella.

—Entonces, ¿por qué tienes ese aspecto?

—¿Qué aspecto tengo?

—Como una mujer lista para la batalla.

Era ciego solo cuando se trataba de su joven esposa.

—¿Podemos caminar juntos y hablar en alguna parte donde las personas no escuchen cada palabra que digamos ni observen cada gesto que hagamos?

Con el ceño fruncido, Booz empezó a caminar al lado de ella siguiéndole el paso, mientras se alejaba de Belén. Ella no dijo nada por un largo rato. Que el hombre se cocinara a fuego lento y se hiciera preguntas. Que fuera *él* quien preguntara.

—¿Te envió Rut?

—No, ella no me envió. Vine por mi propia voluntad. Alguien tiene que sacudirte un poco.

—¿Sacudirme?

Ella dejó de caminar y lo miró.

—Hay veces que un hombre puede darle prioridad a su corazón más que a su cabeza, Booz.

Él se apartó nerviosamente.

—¿De qué hablas, Noemí?

—¿De qué te parece que estoy hablando? Tú la amas, ¿verdad? —El color que tiñó sus mejillas era la única respuesta que necesitaba. Se cruzó de brazos y lo miró—. ¿Cuándo piensas decirle que te casaste con ella por otras razones, además de la de honrar tus obligaciones legales?

—Ella lo sabe —dijo él sin entusiasmo.

Noemí levantó los brazos al aire.

—¿Y cómo habría de saberlo? —Caminó de un lado al otro frente a él—. Lograste quedarte en casa los siete días del festejo de la boda, pero luego volviste a sumergirte en tu vida de siempre. Cada hora que estás despierto la pasas supervisando cosas que le pagas a tu encargado para que supervise. Y si no estás

metido en tus negocios, te ocupas de los asuntos del resto de la ciudad. ¡Tratas a Rut como si fuera una invitada en tu casa! ¡Ella es *tu esposa*!

Paró de reprocharle, satisfecha con verlo estupefacto. Se ajustó el chal y le lanzó una mirada fulminante.

—Yo sabía de Rishón, Booz. ¿Te parece que podría haber pasado todo un mes en Belén y no enterarme de cada pariente y cada amigo que seguían con vida? ¡Yo no quería que Rishón se quedara con Rut! ¿La valoraría él como tú? ¿La amaría? Te vi sentado en las puertas de la ciudad y noté cómo mirabas a mi nuera cuando volvía de tus campos. ¡Y alabé a Dios por ti y por los sentimientos que tenías por ella! Por eso envié a Rut hacia ti. Te la mandé porque *la amabas*.

—Sí, la amo —dijo él bruscamente—. Y ahora tienes un hijo que conservará vivo el nombre de Elimelec. ¿Qué más quieres de mí, Noemí? —Se dio vuelta y se pasó una mano por el pelo.

Ella suspiró y se llenó de compasión, así como de un doloroso remordimiento.

—Quiero que seas feliz, Booz. Quiero que aceptes el regalo que te di.

—He aceptado a Rut.

—No, no lo has hecho.

Se dio vuelta y la miró con los ojos apagados por el dolor.

—Su hijo recibirá todo lo que tengo. ¿Eso no es aceptación? ¿No demuestra eso cuánto la estimo a ella, y a ti?

—Rut está enamorada de ti, Booz.

Él la miró fijo.

—¿Qué? —Noemí nunca había visto un hombre que pareciera más sorprendido—. ¿Qué dijiste?

—Dije que Rut... está... enamorada... de... ti —habló lentamente, como si le hablara a un niño lento para entender.

—No puede ser.

—¿Por qué? —Aunque le dolería, tenía que hablar claramente—. ¿Porque yo fui ciega a tu belleza? Y eres bello, Booz, bello en todas las cosas importantes, en todo lo que perdura. Rut te ve más claramente que yo a su edad, mi queridísimo amigo. Ahora, eres tú el que debe abrir los ojos y ver a la muchacha con la que te casaste.

—¿Debería creer en lo imposible?

—¿Hay algo imposible para Dios? Yo oré para que esto sucediera. Conozco a una docena de personas que también oraron. ¡La mitad de Belén ora por ti y por Rut! ¿Acaso Dios no escucha nuestras oraciones? ¿Tienes idea de cuántas personas en Belén vigilan y esperan que el Señor traiga la mayor de las bendiciones sobre ustedes dos? *El amor*. Y ahora, Él lo ha hecho.

—No puedo creerlo.

—¿Lo dices con la misma boca que alaba al Dios que hace milagros? Sé de lo que hablo. Hace apenas un rato, cuando me fui, la dejé llorando.

—¿Llorando?

—Porque nunca estás en casa, donde deberías estar.

Él se quedó quieto por un instante, callado, y después rio fascinado.

Era tan bueno escucharlo reír, mejor aún ver cómo se le iluminaban los ojos con una luz que nunca había visto brillar con tanta intensidad.

La sonrisa se suavizó y los ojos de Booz buscaron los suyos.

—Es raro, ¿verdad, Noemí? Alguna vez, yo te amé a ti.

—Y yo fui una muchacha desconsiderada y superficial. —Se acercó y le puso una mano en el hombro—. Ahora soy tu suegra —dijo con una sonrisa pícara. Le dio una palmada juguetona en el brazo—. Así que muestra un poco de respeto por una anciana. Ve a casa, *hijo mío*. Ve con mi hija, Rut, quien bendice el suelo por el que tú caminas.

Booz se inclinó y la besó en la mejilla.

—Que Dios te bendiga, Noemí —dijo con voz ronca.

Noemí lo observó irse a zancadas. Sacudió la cabeza asombrada de que Booz y Rut pudieran tener tan poca confianza en sí mismos. Ah, pero tenían una fe decidida en Dios. Y eso era bueno. No, era lo mejor de todo. Porque Dios nunca los decepcionaría.

Dándose vuelta, Noemí contuvo las lágrimas mientras contemplaba los campos cosechados. Pensó en Elimelec. Pensó en Quelión y en Mahlón, y sintió dolor por sus pérdidas. Y, sin embargo, también le dio gracias a Dios porque, después de todo y a pesar de los muchos pecados de su marido y de sus hijos, así como de los suyos propios, los nombres de Elimelec, Quelión y Mahlón no se perderían.

***

Booz tenía la garganta cerrada y el corazón le palpitaba fuertemente cuando entró en la casa.

—¿Rut?

—¡Aquí estoy! —Sonó sorprendida. Cuando él entró en la recámara principal, vio que ella se levantaba y salía de atrás de su telar, tensa y con los ojos bien abiertos—. Booz. —Se sonrojó—. Viniste temprano a casa.

—¿Te molesta?

—Oh, no. Por supuesto que no.

Caminó hacia ella examinando su rostro. Las mejillas de Rut estaban más sonrosadas de lo habitual. Ella abrió más los ojos a medida que él se acercaba. Agachó la cabeza. ¿Estaba incomodándola? Ella estiró la mano y toqueteó el material que estaba tejiendo; luego, puso su mano rápidamente a su costado. Nunca la había visto tan nerviosa. Por otra parte, no estaba más nerviosa que él.

—¿Has hablado con Noemí? —La voz de Rut sonaba raramente estrangulada.

—Sí, aunque me cuesta creer lo que me dijo.

Levantó la mirada hacia él.

—¿Qué te dijo?

Booz tuvo miedo de haber hablado de más, por eso dijo con cautela:

—Dijo... que querías hablar conmigo. —Esta vez, no cabía duda de lo coloradas que estaban las mejillas de Rut—. Te pido disculpas. Te he avergonzado. Me parece que Noemí malinterpretó, o lo hice yo, o...

Ella interrumpió:

—No. Tenía la esperanza de que hablara contigo.

Él la miró fijamente.

—Solo tienes que decir qué deseas, Rut. Obed puede tener mi parte.

—Tienes tierra suficiente para muchos hijos, Booz.

Su corazón comenzó a palpitar.

Rut sonrió con timidez luego de decir algo tan atrevido. Pero no había terminado. Se acercó unos pasos y lo miró a los ojos.

—Te daría tantos hijos e hijas como tú y Dios lo permitieran.

—Oh, mi amor. —En los ojos de Rut vio un destello de sorpresa y luego se llenaron de tanta esperanza que él no tuvo más dudas de sus sentimientos. Rio tiernamente—. Cuando escuché a la gente hablar de ti, cuando tú y Noemí apenas

llegaron, supe que eras muy especial. Y después, cuando viniste a mi campo... me dio que pensar que un hombre de mi edad pudiera emocionarse tanto.

Rut se abrazó a su cintura y apretó su cuerpo contra él, llorando. Perplejo, la contuvo contra su pecho. Ella temblaba y lloraba. ¿Qué había dicho él para afligirla tanto? Respirando el incienso de su cabello, pensó en la noche que ella fue a buscarlo al campo de trillar. En ese momento usaba perfume, pero él la prefería como era ahora. Olía como la primavera y lo hacía sentir joven otra vez.

—¿Qué puedo decir o hacer para que seas feliz?

—¡*Soy* feliz!

—Pero estás llorando.

—Sí, estoy llorando, ¿verdad? —Miró hacia arriba y rio, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¡Nunca he sido más feliz! Quiero reírme y danzar, todo porque me amas.

Rio con ella, disfrutando su derroche de emociones.

—Habría hablado antes, si me hubieras dado una mínima señal de tus sentimientos.

—¿Cómo podía hacerlo, cuando estaba convencida de que te apenaría?

—Entonces, ¿vas a decirme ahora que te enamoraste de mí a primera vista?

—No, pero te admiré desde el primer día cuando fuiste tan amable conmigo.

—Como un padre —dijo él secamente.

—Solo porque tú insistías en llamarme hija.

Tiernamente, tomó su rostro entre sus manos.

—Todos los días tenía que recordarme a mí mismo que era demasiado viejo para ti, y que no

era nada apropiado que sintiera lo que sentía.

—Por eso tuve que ir a ti y proponerte matrimonio en el campo de trillar.

—Y no lo habrías hecho si Noemí no te hubiera obligado a hacerlo.

—Me alegro de que lo haya hecho. ¡Que el Señor la bendiga para siempre por eso! —Rut sacudió la cabeza y suspiró silenciosamente, con una sonrisa tierna—. Nunca pensé que podía amar a otro como había amado a Mahlón, y lo que siento por ti ahora es muchísimo más. ¡Ay, Booz, Dios es tan misericordioso! Es bueno

y generoso. —Las lágrimas se derramaban por sus mejillas mientras lo miraba con ojos embelesados.

Booz le tomó el rostro con ambas manos y se inundó del amor que veía en sus ojos.

—El Señor es todo eso y mucho más, mi amor. —*Oh, Señor Dios, ¡Tú me sorprendes! Nunca me habría atrevido a soñar con tener un tesoro como este.*

Inclinándose, Booz besó a Rut con todo el amor que había almacenado durante toda su vida.

***

Y las mujeres decían…

—Antes me parecía bonita, pero ahora me parece aún más bonita. ¿Alguna vez vieron a alguien más hermosa que Rut?

—Es el amor lo que hizo eso.

—Es la ropa. Tiene que ser la ropa. Cualquiera puede ser bonita cuando se casa con el hombre más rico de la ciudad.

—Aunque le pusieras harapos, igual resplandecería.

—Es una lámpara en un atril.

—¿Vieron cómo mira a Booz?

—¿Vieron como *él* la mira a *ella*?

Las mujeres soltaron risitas.

— Que yo fuera así de afortunada.

—Noemí debe estar orgullosa de haber formado esa pareja.

—Una palabra por aquí, un empujón por allá.

—Booz no necesitó demasiada insistencia.

—¿Existe alguien que lo merezca más? ¿Hay alguien que haya sido más generoso con los pobres que Booz?

—¿Alguna se ha dedicado más a su suegra que Rut?

—Ah, pero es Dios quien ha derramado su bendición sobre ellos.

—Bendito sea el nombre del Señor.

***

Y los hombres decían…

—¡Me alegro por la felicidad de nuestro hermano!

—¡Como todos nosotros, hermano!

—Booz esperó mucho tiempo para que el Señor contestara su oración.

—Una buena esposa es más preciosa que los rubíes.

—La belleza no dura.

—Es cierto, pero Rut es una joven que teme a Dios y respeta a su esposo.

—Y lo ama. Cualquiera que tenga ojos puede verlo.

—Que sea sumamente elogiada.

—Que crezca la familia de nuestro hermano.

—¡Que sus hijos sean como Booz, y sus hijas como Rut!

—Que así sea.

Y todos los que estaban reunidos en la puerta, dijeron:

—¡Amén!

EPÍLOGO

Este es el árbol genealógico de Booz, comenzando por su ancestro Fares: Fares (cuya madre fue Tamar), Hezrón, Ram, Aminadab, Naasón, Salmón, Booz, Obed, Isaí y David, quien llegó a ser el rey de Israel. Y del linaje del rey David vino el Cristo, el Ungido de Dios, Jesús, nuestro Salvador y Señor.

Querido lector:

Usted acaba de leer la historia de Rut según la percepción de una autora. ¿Es esta la verdad completa sobre la historia de Rut, Noemí y Booz? Jesús dijo que el que busca encuentra las respuestas que necesitamos para la vida. La mejor manera de descubrir la verdad es ¡que la busque usted mismo!

Esta sección «Busque y encuentre» está diseñada para ayudarlo a descubrir la historia de Rut según está registrada en la Biblia. Consiste en seis estudios cortos que usted puede hacer de forma individual o con un grupo pequeño.

Podría sorprenderlo descubrir que esta historia antigua tiene aplicaciones para su vida en la actualidad. No importa dónde viva ni en qué siglo, la Palabra de Dios es la verdad. Es tan relevante hoy como lo fue en el pasado. En ella encontramos un futuro y una esperanza.

Peggy Lynch

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

En los días en que los jueces gobernaban Israel, un hambre severa azotó la tierra. Por eso, un hombre de Belén de Judá dejó su casa y se fue a vivir a la tierra de Moab, junto con su esposa y sus dos hijos. El hombre se llamaba Elimelec, y el nombre de su esposa era Noemí. Sus dos hijos se llamaban Mahlón y Quelión. Eran efrateos de Belén, en la tierra de Judá. Así que cuando llegaron a Moab se establecieron allí.

Tiempo después murió Elimelec, y Noemí quedó sola con sus dos hijos. Ellos se casaron con mujeres moabitas. Uno se casó con una mujer llamada Orfa y el otro con una mujer llamada Rut. Pero unos diez años después murieron tanto Mahlón como Quelión. Entonces, Noemí quedó sola, sin sus dos hijos y sin su esposo.

Estando en Moab, Noemí se enteró de que el Señor había bendecido a su pueblo en Judá al volver a darle buenas cosechas. Entonces Noemí y sus nueras se prepararon para salir de Moab y regresar a su tierra natal. Acompañada por sus dos nueras, partió del lugar donde vivía y tomó el camino que las llevaría de regreso a Judá.

Sin embargo, ya puestas en camino, Noemí les dijo a sus dos nueras:

—Vuelva cada una a la casa de su madre, y que el Señor las recompense por la bondad que mostraron a sus esposos y a mí. Que el Señor las bendiga con la seguridad de un nuevo matrimonio.

Entonces les dio un beso de despedida y todas se echaron a llorar desconsoladas.

—No —le dijeron—, queremos ir contigo a tu pueblo.

Pero Noemí respondió:

—¿Por qué habrían de continuar conmigo? ¿Acaso puedo tener más hijos que crezcan y sean sus esposos? No, hijas mías, regresen a la casa de sus padres, porque ya soy demasiado vieja para volverme a casar. Aunque fuera posible, y me casara esta misma noche y tuviera hijos varones, entonces, ¿qué? ¿Esperarían ustedes hasta que ellos crecieran y se negarían a casarse con algún otro? ¡Por supuesto que no, hijas mías! La situación es mucho más amarga para mí que para ustedes, porque el Señor mismo ha levantado su puño contra mí.

Entonces volvieron a llorar juntas y Orfa se despidió de su suegra con un beso, pero Rut se aferró con firmeza a Noemí.

—Mira —le dijo Noemí—, tu cuñada regresó a su pueblo y a sus dioses. Tú deberías hacer lo mismo.

Pero Rut respondió:

—No me pidas que te deje y regrese a mi pueblo. A donde tú vayas, yo iré; dondequiera que tú vivas, yo viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. Donde tú mueras, allí moriré y allí me enterrarán. ¡Que el Señor me castigue severamente si permito que algo nos separe, aparte de la muerte!

Cuando Noemí vio que Rut estaba decidida a irse con ella, no insistió más.

RUT 1:1-18

Hay muchos momentos decisivos en la vida. Enumere todos los momentos decisivos que encuentre en el pasaje anterior.

¿Cuántos de estos hechos fueron consecuencias de las decisiones de Noemí?

¿Cuál es la respuesta de ella a esos acontecimientos?

¿Qué aprendió usted sobre las nueras de Noemí?

¿Qué decisiones tomaron?

¿Con quién se identifica usted?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Qué momentos decisivos ha experimentado en su vida?

¿Quién lo ayudó a superar dichos eventos?

¿Qué clase de consejo recibió?

Noemí y Rut necesitaron sabiduría para tomar sus decisiones. En el siguiente pasaje, compare la sabiduría de este mundo con la sabiduría de Dios:

Si ustedes son sabios y entienden los caminos de Dios, demuéstrenlo viviendo una vida honesta y haciendo buenas acciones con la humildad que proviene de la sabiduría; pero si tienen envidias amargas y ambiciones egoístas en el corazón, no encubran la verdad con jactancias y mentiras. Pues la envidia y el egoísmo no forman parte de la sabiduría que proviene de Dios. Dichas cosas son terrenales, puramente humanas y demoníacas. Pues, donde hay envidias y ambiciones egoístas, también habrá desorden y toda clase de maldad.

Sin embargo, la sabiduría que proviene del cielo es, ante todo, pura y también ama la paz; siempre es amable y dispuesta a ceder ante los demás. Está llena de compasión y del fruto de buenas acciones. No muestra favoritismo y siempre es sincera. Y los que procuran la paz sembrarán semillas de paz y recogerán una cosecha de justicia.

SANTIAGO 3:13-18

AGUARDE Y REFLEXIONE

Con base en la comparación de sabiduría que hizo sobre el pasaje que acaba de leer, ¿qué clase de sabiduría busca usted? ¿Qué clase de sabiduría imparte a otros?

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

De modo que las dos siguieron el viaje. Cuando entraron a Belén, todo el pueblo se conmocionó por causa de su llegada.

—¿De verdad es Noemí? —preguntaban las mujeres.

—No me llamen Noemí —contestó ella—. Más bien, llámenme Mara, porque el Todopoderoso me ha hecho la vida muy amarga. Me fui llena, pero el Señor me ha traído vacía a casa. ¿Por qué llamarme Noemí cuando el Señor me ha hecho sufrir y el Todopoderoso ha enviado semejante tragedia sobre mí?

Así que Noemí regresó de Moab acompañada de su nuera Rut, la joven moabita. Llegaron a Belén a fines de la primavera, al comienzo de la cosecha de la cebada.

RUT 1:19-22

Cuando Rut y Noemí llegaron a Belén, ¿cómo fueron recibidas?

¿Cuál es la actitud de Noemí? ¿A quién le echa la culpa de sus desgracias?

Lea el siguiente pasaje:

Había en Belén un hombre rico y muy influyente llamado Booz que era pariente de Elimelec, el esposo de Noemí.

Un día Rut la moabita le dijo a Noemí:

—Déjame ir a los campos de cosecha a ver si alguien en su bondad me permite recoger las espigas de grano dejadas atrás.

Noemí respondió:

—Está bien, hija mía, puedes ir.

Así que Rut salió a recoger espigas detrás de los cosechadores, y resultó que lo hizo en un campo que pertenecía a Booz, el pariente de su suegro, Elimelec.

RUT 2:1-3

Describa el plan de Rut para encargarse de su suegra.

¿De quién era el campo en el que ella trabajaba? ¿Quién era él?

Lea el siguiente pasaje:

Booz se acercó a Rut y le dijo:

—Escucha, hija mía. Quédate aquí mismo con nosotros cuando recojas grano; no vayas a ningún otro campo. Sigue muy de cerca a las jóvenes que trabajan en mi campo. Fíjate en qué parcela están cosechando y síguelas. Advertí a los

hombres que no te traten mal. Y cuando tengas sed, sírvete del agua que hayan sacado del pozo.

Entonces Rut cayó a sus pies muy agradecida.

—¿Qué he hecho para merecer tanta bondad? —le preguntó—. No soy más que una extranjera.

—Sí, lo sé —respondió Booz—; pero también sé todo lo que has hecho por tu suegra desde la muerte de tu esposo. He oído que dejaste a tu padre y a tu madre, y a tu tierra natal, para vivir aquí entre gente totalmente desconocida. Que el Señor, Dios de Israel, bajo cuyas alas viniste a refugiarte, te recompense abundantemente por lo que hiciste.

—Espero continuar siendo de su agrado, señor —respondió ella—. Usted me consoló al hablarme con tanta bondad, aunque ni siquiera soy una de sus trabajadoras.

RUT 2:8-13

¿Qué le ofreció el hacendado y por qué?

¿Cuál es la respuesta de Rut?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Cuando usted enfrenta las desgracias de la vida o, incluso, las «calamidades» cotidianas, ¿cómo reacciona?

¿A quién le echa la culpa? ¿Por qué?

¿Se identifica con Rut o con Noemí? ¿Por qué?

Lea el siguiente versículo:

Trabajen con entusiasmo, como si lo hicieran para el Señor y no para la gente.

EFESIOS 6:7

Rut aceptó las circunstancias que la pusieron en una posición humilde y servil. ¿Qué dice Efesios 6:7 acerca de servir?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Lea nuevamente Efesios 6:7. ¿Qué clase de siervo es usted?

LA REPUTACIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Mientras estaba allí, llegó Booz de Belén y saludó a los cosechadores:

—¡El Señor sea con ustedes! —les dijo.

—¡El Señor lo bendiga! —respondieron los cosechadores.

Entonces Booz le preguntó a su capataz:

—¿Quién es esa joven que veo allá? ¿De quién es?

Y el capataz le contestó:

—Es la joven moabita que volvió con Noemí. Esta mañana me pidió permiso para recoger grano detrás de los segadores. Desde que llegó no ha dejado de trabajar con esmero, excepto por unos momentos de descanso en el refugio. [...]

Después, a la hora de comer, Booz la llamó:

—Ven aquí y sírvete de la comida. Puedes mojar tu pan en el vinagre.

De modo que Rut se sentó junto a los cosechadores, y Booz le dio a comer grano tostado. Ella comió todo lo que quiso y hasta le sobró.

Cuando Rut regresó a trabajar, Booz ordenó a sus trabajadores:

—Déjenla recoger espigas aun entre las gavillas, y no se lo impidan. Además, arranquen de las gavillas algunas espigas de cebada y déjenlas caer a propósito. ¡Permítanle recogerlas y no la molesten!

Así que Rut recogió cebada todo el día y cuando la desgranó por la tarde, llenó toda una canasta. Luego la cargó de vuelta al pueblo y la mostró a su suegra. También le dio el grano tostado que le había sobrado de su comida.

—¿Dónde recogiste todo este grano hoy? —preguntó Noemí—. ¿Dónde trabajaste? ¡Que el Señor bendiga al que te ayudó!

Entonces Rut le contó a su suegra acerca del hombre en cuyo campo había trabajado. Le dijo:

—El hombre con quien trabajé hoy se llama Booz.

—¡Que el Señor lo bendiga! —le dijo Noemí a su nuera—. Nos muestra su bondad no solo a nosotras sino también a tu marido que murió. Ese hombre es uno de nuestros parientes más cercanos, uno de los redentores de nuestra familia.

Entonces Rut dijo:

—Es más, Booz me dijo que volviera y me quedara con sus trabajadores hasta que termine la cosecha.

RUT 2:4-7, 14-21

En la lección anterior leímos que Booz era «un hombre rico y muy influyente». ¿Qué evidencia encuentra en este pasaje que respalde esa descripción?

¿Qué informe sobre Rut recibió Booz de su capataz?

¿Qué le ofreció Booz a Rut y por qué?

¿Por qué piensa que Booz les dio órdenes específicas a los hombres jóvenes en cuanto a Rut?

¿Cómo reaccionó Noemí a lo que Booz les proveyó?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Qué significa para usted tener buen carácter?

Las situaciones difíciles de la vida dejan al descubierto nuestro verdadero carácter. ¿Qué clase de informe podrían llegar a dar de usted?

¿Qué oportunidades ha tenido de animar a personas menos afortunadas que usted? ¿Cómo las trató?

Lea el siguiente pasaje:

Amados hermanos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe si no lo demuestra con sus acciones? ¿Puede esa clase de fe salvar a alguien? Supónganse que ven a un hermano o a una hermana que no tienen qué comer ni con qué vestirse y uno de ustedes le dice: «Adiós, que tengas un buen día; abrígate mucho y aliméntate bien», pero no le da ni alimento ni ropa. ¿Para qué le sirve?

Como pueden ver, la fe por sí sola no es suficiente. A menos que produzca buenas acciones, está muerta y es inútil.

Ahora bien, alguien podría argumentar: «Algunas personas tienen fe; otras, buenas acciones». Pero yo les digo: «¿Cómo me mostrarás tu fe si no haces buenas acciones? Yo les mostraré mi fe con mis buenas acciones».

SANTIAGO 2:14-18

De acuerdo con este pasaje, ¿cuán importantes son sus actos con respecto a las personas que tienen necesidades?

AGUARDE Y REFLEXIONE

«Pues tuve hambre, y me alimentaron. Tuve sed, y me dieron de beber. Fui extranjero, y me invitaron a su hogar. Estuve desnudo, y me dieron ropa. Estuve enfermo, y me cuidaron. Estuve en prisión, y me visitaron. [...]

»Y el Rey les dirá: Les digo la verdad, cuando hicieron alguna de estas cosas al más insignificante de estos, mis hermanos, ¡me lo hicieron a mí! ».

MATEO 25:35-36, 40

¿Qué diría el Rey de usted?

LA COLABORACIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Un día Noemí le dijo a Rut:

—Hija mía, es tiempo de que yo encuentre un hogar permanente para que tengas un porvenir asegurado. Booz es nuestro pariente cercano, y él ha sido muy amable al dejarte recoger grano con las jóvenes. Esta noche estará aventando cebada en el campo de trillar. Mira, haz lo que te digo. Báñate, perfúmate y vístete con tu ropa más linda. Después baja al campo de trillar pero no dejes que Booz te vea hasta que termine de comer y de beber. Fíjate bien dónde se acuesta; después acércate a él, destapa sus pies y acuéstate allí. Entonces él te dirá lo que debes hacer.

—Haré todo lo que me dices —respondió Rut.

Así que esa noche bajó al campo donde se trilla el grano y siguió las instrucciones de su suegra.

Después de que Booz terminó de comer y de beber y estuvo de buen ánimo, se acostó al otro extremo del montón de grano y se durmió. Entonces Rut se acercó sin hacer ruido, le destapó los pies y se acostó. Alrededor de la medianoche, Booz se despertó de pronto y se dio vuelta. Entonces se sorprendió, ¡al encontrar a una mujer acostada a sus pies!

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Rut, su sierva —contestó ella—. Extienda sobre mí el borde de su manto ya que usted es el redentor de mi familia.

—¡El Señor te bendiga, hija mía! —exclamó Booz—. Muestras aún más lealtad familiar ahora que antes, pues no has ido tras algún hombre más joven, sea rico o pobre. Ahora, hija mía, no te preocupes por nada. Yo haré lo que sea necesario, porque todo el pueblo sabe que eres una mujer virtuosa. Pero aunque es cierto que yo soy uno de los redentores de tu familia, hay un pariente más cercano que yo. Quédate aquí esta noche, y por la mañana hablaré con él. Si está dispuesto a

redimirte, muy bien; que se case contigo. Pero si no está dispuesto a hacerlo, entonces, ¡tan cierto como que el Señor vive, yo mismo te redimiré! Ahora acuéstate aquí hasta la mañana.

Entonces Rut se acostó a los pies de Booz hasta la mañana, pero ella se levantó muy temprano, antes de que hubiera suficiente luz para que una persona pudiera reconocer a otra; pues Booz había dicho:

—Nadie debe saber que estuvo una mujer aquí en el campo de trillar.

Luego Booz le dijo:

—Trae tu manto y extiéndelo.

Entonces él midió seis medidas de cebada sobre el manto y lo colocó sobre las espaldas de ella. Después él regresó al pueblo.

Cuando Rut volvió a donde estaba su suegra, Noemí le preguntó:

—¿Qué sucedió, hija mía?

Rut le contó a Noemí todo lo que Booz había hecho por ella y agregó:

—Me dio estas seis medidas de cebada y dijo: No vuelvas a tu suegra con las manos vacías.

Entonces Noemí le dijo:

—Ten paciencia, hija mía, hasta que sepamos lo que pasa. El hombre no descansará hasta dejar resuelto el asunto hoy mismo.

RUT 3:1-18

Según este pasaje, ¿qué le preocupa a Noemí acerca de Rut?

Describa el plan de Noemí.

¿Qué evidencia encuentra de que Rut confió en el consejo de su suegra?

¿Qué le pidió Rut a Booz cuando él descubrió que estaba acostada a sus pies?

¿Cuál fue la respuesta de Booz, y qué reafirmó sobre Rut?

¿Qué información sorprendente le dio Booz a Rut, y qué planeaba hacer al respecto?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Qué preocupaciones tiene usted por sus seres queridos?

¿Qué planes ha tratado de concretar para ellos? ¿Cómo resultaron?

¿Cómo ha manejado las situaciones incómodas con sus seres queridos? ¿Cuál fue la respuesta de ellos?

Comparta de qué manera ha cumplido promesas especiales.

AGUARDE Y REFLEXIONE

Confía en el Señor con todo tu corazón; no dependas de tu propio entendimiento. Busca su voluntad en todo lo que hagas, y él te mostrará cuál camino tomar.

PROVERBIOS 3:5-6

¿Quién dirige su camino?

LAS OBLIGACIONES

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Booz fue a la puerta de la ciudad y allí se sentó. En ese momento, pasó por ese lugar el redentor de la familia que Booz había mencionado, así que lo llamó:

—Amigo, ven, siéntate aquí. Quiero hablar contigo.

Así que se sentaron juntos. Enseguida Booz llamó a diez líderes del pueblo y les pidió que se sentaran allí como testigos. Entonces Booz le dijo al redentor de la familia:

—Tú conoces a Noemí, la que volvió de Moab. Está por vender el terreno que pertenecía a Elimelec, nuestro pariente. Pensé que yo debía hablar contigo para que pudieras redimir la tierra si deseas hacerlo. Si quieres la tierra, entonces cómprala ahora en presencia de estos

testigos. Pero si no quieres la tierra, házmelo saber ahora mismo, porque, después de ti, soy el pariente más cercano para redimirla.

El hombre respondió:

—Muy bien, yo la redimo.

Entonces le dijo Booz:

—Por supuesto, al comprar tú la tierra de Noemí, estás obligado a casarte con Rut, la viuda moabita. De esta manera ella podrá tener hijos que lleven el nombre de su esposo y así conservar la tierra para su familia.

—Entonces no puedo redimir la tierra —respondió el pariente redentor— porque esto pondría en peligro mi propia herencia. Redime tú la tierra; yo no lo puedo hacer.

En esos días era costumbre en Israel que cualquiera que transfiriera un derecho de compra se quitara la sandalia y se la entregara a la otra parte. Esto hacía válida la transacción de una manera pública. Entonces el otro redentor de la familia se quitó la sandalia mientras le decía a Booz:

—Compra tú la tierra.

RUT 4:1-8

Según este pasaje, ¿adónde va Booz y qué hace?

Inicialmente, ¿qué le dice Booz al familiar más cercano? ¿Cuál es la respuesta del pariente?

¿Qué información retiene Booz al principio?

¿Qué excusa pone el pariente para cambiar de parecer?

¿Qué le dice finalmente el pariente a Booz?

¿Cómo se formalizaba una transacción de este tipo?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Cómo hace usted para tomar las decisiones más importantes?

¿De quién recibe apoyo y consejos sabios?

¿Qué excusas pone usted cuando no quiere hacer algo?

¿Cómo diría la verdad en amor? Dé un ejemplo.

AGUARDE Y REFLEXIONE

No imiten las conductas ni las costumbres de este mundo, más bien dejen que Dios los transforme en personas nuevas al cambiarles la manera de pensar. Entonces aprenderán a conocer la voluntad de Dios para ustedes, la cual es buena, agradable y perfecta.

ROMANOS 12:2

¿Ha permitido que Dios lo transforme a usted?

LOS FESTEJOS

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Entonces Booz les dijo a los ancianos y a la gente que estaba alrededor:

—Ustedes son testigos de que hoy le compré a Noemí toda la propiedad de Elimelec, Quelión y Mahlón. Además, junto con la tierra adquirí a Rut, la viuda moabita de Mahlón, para que sea mi esposa. De este modo ella podrá tener un hijo para que el nombre de la familia de su difunto esposo continúe y herede aquí, en su pueblo natal, la propiedad de su familia. Hoy todos ustedes son testigos.

Entonces los ancianos y toda la gente que estaba en la puerta respondieron:

—¡Somos testigos! ¡Que el Señor haga que esta mujer que va a ser parte de tu hogar sea como Raquel y Lea, de quienes descendió toda la nación de Israel! Que prosperes en Efrata y que seas famoso en Belén. Y que el Señor te dé descendientes por medio de esta joven que sean como los de nuestro antepasado Fares, el hijo de Tamar y Judá.

Así que Booz llevó a Rut a su casa y la hizo su esposa. Cuando se acostó con ella, el Señor permitió que quedara embarazada y diera a luz un hijo. Entonces las mujeres del pueblo le dijeron a Noemí: «¡Alabado sea el Señor, que te ha dado ahora un redentor para tu familia! Que este niño sea famoso en Israel. Que él restaure tu juventud y te cuide en tu vejez. ¡Pues es el hijo de tu nuera que te ama y que te ha tratado mejor que siete hijos!».

Entonces Noemí tomó al niño, lo abrazó contra su pecho y cuidó de él como si fuera su propio hijo. Las vecinas decían: «¡Por fin ahora Noemí tiene nuevamente un hijo!». Y le pusieron por nombre Obed. Él llegó a ser el padre de Isaí y abuelo de David.

Este es el registro genealógico de su antepasado Fares:

Fares fue el padre de Hezrón.

Hezrón fue el padre de Ram.

Ram fue el padre de Aminadab.

Aminadab fue el padre de Naasón.

Naasón fue el padre de Salmón.

Salmón fue el padre de Booz.

Booz fue el padre de Obed.

Obed fue el padre de Isaí.

Isaí fue el padre de David.

RUT 4:9-22

Booz está sentado con los ancianos, y el pariente ha rechazado todo derecho a la propiedad de Noemí. ¿Qué les anuncia Booz a los ancianos reunidos?

¿Qué otra declaración amplía con respecto a Rut?

Los ancianos responden diciendo: «¡Somos testigos!». ¿Cuál es la bendición que le dan a Booz?

Finalmente, Rut y Booz se casan. Cuando tienen un hijo varón, ¿cómo reaccionan las mujeres del pueblo? ¿Cómo bendicen a Noemí?

¿Quién sería el nieto de este bebé?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Lea el siguiente pasaje:

Luego dijo Jesús: «Vengan a mí todos los que están cansados y llevan cargas pesadas, y yo les daré descanso. Pónganse mi yugo. Déjenme enseñarles, porque yo soy humilde y tierno de corazón, y encontrarán descanso para el alma. Pues mi yugo es fácil de llevar y la carga que les doy es liviana».

MATEO 11:28-30

¿Quién ha ofrecido darnos descanso de las cargas que nos cansan?

El yugo se usa para ayudar a los bueyes a compartir una carga. ¿Qué clase de yugo ofrece Jesús?

¿Cuál es el peso de la carga que Jesús nos dará?

¿Cuál es la naturaleza del carácter de Jesús?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Jesús le contestó: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie puede ir al Padre si no es por medio de mí».

JUAN 14:6

¿Está usted unido a Jesús? Si no es así, ¿qué se lo impide?